

DYLAN
MARTINS

*Hugo
Sanz*

MANU
PONCE

TRES JEFES PARA UNA TRIBU



TRES JEFES PARA UNA TRIBU

DYLAN
MARTINS

*Hugo
Sahy*

MANU
PONCE

Primera edición.

Tres jefes para una tribu.

© 2020, **Hugo Sanz.**

© 2020, **Dylan Martins.**

© 2020, **Manu Ponce.**

Imágenes de Adobe Stock y Pixabay.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Agradecimiento

A Sol Taylor ...

No, no podías faltar aquí en esta aventura de la que formas parte. Es más, eres la jefa de los jefes de la tribu, así te llaman tus tres chicos.

Promoción, ilustración... ¡Eres su tándem perfecto!

Primero fue con Dylan, hace casi dos años, cuando estaba solo en este mundo en el que era nuevo, donde no hablaba apenas con nadie y buscaba una ayuda para promocionar y que se le hicieran las portadas de las novelas... Ahí estuviste tú para ayudarlo en el camino.

Un año después fue Hugo que, aunque había estado antes en este mundo, nunca había coincidido contigo y por una recomendación llegó hasta ti. Le ayudaste en este camino que comenzaría de segundas y solo, pero con muchas de sus seguidoras anteriores, por lo que fuiste vital para arrancar con más fuerzas que nunca.

Y hace tres meses te pidió ayuda Manu, un chico que se estrenaba en la escritura, con temores, con miedo a publicar lo que con tanto amor había escrito, con pavor a exhibirse al público, pero con la gran fortuna de encontrarte a ti. Ahí comenzó a dejarse llevar y disfrutar de todo esto que era novedoso para él.

Y aquí están los tres para presentar su primera locura juntos, aunque en relatos independientes, pues aún no se atreven a hacer algo conjunto. Pero yo estoy segura de que lo harán algún día, ahora hablo por mí y pensaréis... ¿Quién es esta?

Soy **Jenny Del** y hago el agradecimiento desde la voz de los chicos.

Todo pasa por algo...

Si tuviera que echar la vista dos años atrás cuando comencé en este mundo, me vendrían muchos nombres a la cabeza. Pero por una razón u otra, los que a bote pronto me resuenan son los de **María José Valiente**, **Reme Martínez**, **Mercedes Muñoz**, **Raquel Álvarez** y **Rosa Martínez**. Cada una de ellas saben lo agradecido que les estoy y que siempre tendrán un lugar en mi corazón. ¡Os quiero mucho!

Luego vinieron muchas otras que iré nombrando a lo largo de mis próximas publicaciones, pero ahora, siendo fiel a mis principios, las tengo muy presentes como esas luces que iluminaron mi camino y que siempre estuvieron y siguen estando ahí.

A Sol ya le agradecemos a través de las palabras de Jenny Del, pero como ahora me toca a mí, quiero decirte que mi trayectoria en este mundo hubiera sido muy difícil sin ti, que gracias por todo y que, aunque a veces nos saquemos de quicio para entendernos con la portada, siempre serás para mí la mejor. ¡Te quiero, bonita!

A Manu y Hugo, sois de lo mejorcito que me he encontrado por el camino... ¡Sois la bomba!

A **Janis Sandgrouse**, mi loquita, la loquita de todos, esa que aparte de letras, tiene un gran corazón, gracias por todo. Gracias por aceptar sin pensar hacer el prólogo de esta tribu ¡Eres adorable!

Y ahora, cómo no, a todas mis **chicas de la tribu**, las que llegasteis antes, después o ahora. Todas habéis sido el motor para que se forjara este grupo en el que las locuras son más bonitas si se hacen en vuestra compañía y cada paso es más fácil teniéndoos en nuestro día a día. Estoy seguro de que de aquí saldrá algo maravilloso, que perdurará en el tiempo ¡Os llevo en mi corazón!

Gracias a todos y cada uno de vosotros por llenar de color mis días más grises.

Dylan Martins

La vida es bella...

Mi tribu, mis princesas, mi familia virtual: una vida escribiendo sin confianza en mí. De haber sabido que encontraría tanto cariño y apoyo, no lo hubiera pensado. Mil gracias, por tanto, porque no solo me leéis, sino que me habéis convertido en parte de vuestras vidas. Un día con vosotras, es un milenio en el paraíso.

A **Alma Fernández**, amiga incondicional, una persona como pocas, mi lectora cero y una de las principales que me dio el empujón para animarme a publicar. Sin ti hoy no sería lo que soy.

A **Ariadna Baker**, que fue una de las primeras en abrirme su corazón y una de mis heroínas de la romántica.

Y por supuesto a mis compañeros y amigos, Dylan y Hugo, que me ayudaron, brindaron su apoyo y consejos, y me hicieron parte de su familia.

En un mundo donde todos miran por sus intereses, vosotros me pusisteis a vuestra altura.

¡Gracias por tanto, gracias por todo!

Manu Ponce

La magia de perderme entre vosotras...

Bueno bueno...después de la formal dedicatoria de mis compañeros y amigos pues ahí va la mía...

Holaaaaa, preziozotas (se escribe así Dylan)

Hace unos meses volví a este mundo que por diferentes motivos tuve que abandonar...

Tengo muchas personas a las que agradecer la acogida recibida, pero al primero al que quiero dar las gracias es a Dylan...

Él fue quien me pegó ese empujón (no penséis mal) para salir de mi cueva y le estoy muy agradecido porque ese fue el primer paso y el más importante.

Me apoyó y dio la cara por mí sin tener que hacerlo y eso solo pasa cuando tienes la suerte de cruzarte con una persona que es puro corazón.

A partir de ahí solo me queda estar agradecido a todas y cada una de vosotras. Por cada me gusta, por cada comentario, por cada sonrisa, por cada momento en el que conseguís que, sin hacer una mueca, mi cuerpo sonría.

Luego apareció nuestro Manu. Tímido, cortado, un poco distante, no entiendo aún el motivo...viendo la formalidad de Dylan y la mía. Pero detrás de esa timidez y esa sonrisa se esconde una grandísima persona.

Para terminar, quiero agradecerlos a todas/os el increíble trato que recibimos por vuestra parte.

Y que muchos son dichosos disfrutando del poder de lo material, pero mi felicidad es la de ir cada noche a mi cama sabiendo por vosotras que os hemos sacado una sonrisa...esa es la razón de ser de esta aventura llamada escritura.

GRACIAS TRIBU.

HUGO SANZ

/

Prólogo

¡¡¡Hola, hola, tribu!!!

Aquí voy, con esta petición que el jefe, Dylan Martins, me hizo a modo de reto (qué le gusta un reto a este hombre, oye).

¿Y por qué nos llamamos tribu? Fácil y sencillo, ocurrencias del señor

Dylan una mañana en un post que puso...

Bueno, un momento, que empiezo por el principio.

Todo empezó con una invitación por parte de tres hombres, tres escritores que se juntaron en un grupo y la liaron parda no, lo siguiente.

Dylan Martins, Manu Ponce y Hugo Sanz administran el grupo de Facebook “Amor, Erotismo y Libros” y mandan invitación para unirse a todas las chicas que encuentran en su lista de amistades (que no son pocas, ya os lo digo yo), y allá que vamos aceptando una tras otra y ¡¡que empiece la locura!!

Viernes por la noche, primera quedada facebookiana multitudinaria en un post donde, el que más o el que menos se va perdiendo al seguir los comentarios (no va por nadie en especial, o sí, quién sabe jajaja).

Entre risas, chupitos de zumo de piña, licores y tonterías varias pasamos unas horas de aquel primer viernes. Pero no acabó con esa noche, ¡no!

El sábado seguimos la locura, y claro, al final Dylan nos pone los buenos días diciendo que después de ese fin de semana ya somos una tribu. Ojo que el gif que puso de gente bailando como si fuera la danza de la lluvia no tenía precio, creo que me vi por ahí danzando jajaja.

Pues así comenzó todo, con una invitación, una primera ronda de risas y de ahí el camino rodado.

Dylan y Hugo llevan el arte en la sangre, gaditanos puros ellos (yo soy medio andaluza, será por eso por lo que estoy un poquitín loca y que me pidió que hiciera esto), y Manu, según dice, es hombre de Mundo porque ha estado en varios lugares (culo inquieto, que se llama jajaja).

¿He dicho ya que a Dylan Martins le gustan los retos? Y parecía un angelito, con esa carita de no romper un plato nunca... Pues le gustan (prueba de ello es que esté yo escribiendo este prólogo) y se le ocurrió hacer otra quedada de viernes, concretamente el 15 de mayo de 2020, por eso de que era día festivo, y aunque estuviéramos en casa por el confinamiento había que volver a darlo todo.

“Viernes, 22 horas, os pongo reto”. Este Dylan...

Y claro, después de eso que el jefe sabe hacer como nadie, lanzar el post y dejarnos pensando, las chicas de la tribu, esas loquitas que nos sacan la sonrisa a tod@s, empezaron a preguntarse (yo incluida) qué se le estaría pasando por la cabeza al jefe Dylan para retornos el viernes.

Y... ¿qué se le ocurrió? Fotos de calcetines, sí, sí, leéis bien. Cal-ce-ti-nes.

En el post, que acompaña con un banner donde vemos una foto de los que ellos tres llevan puestos, propone que todas subamos una de los calcetines que llevamos, o que nos vamos a poner, para hacer el reto y, si llega a las 50 fotos, él junto a los otros dos jefes, Manu y Hugo, hacen un libro con un relato cada uno para todas las chicas de la tribu, y pusieron un margen de diez días

para escribirlo y publicarlo.

Y ¿a que no sabéis qué hicimos las chicas?... Pues aquí tenéis el resultado jajaja.

Foto de los piecitos con nuestros calcetines, alguna puso más de una y eso llevó a que Hugo dijera que no valía, pero en ese texto de petición había algunos vacíos que no especificaban bien jajaja (ojo, que veíamos que no llegábamos y yo me vine arriba y mandé una con 18 pares de calcetines bien surtidos y colocados para catálogo), y al final llegamos al reto, ¡vaya si llegamos! Como que lo superamos y con creces, que si nos ponemos a contar los calcetines de aquel post...

Fue una locura de Dylan pero que nos hizo reír a tod@s (insisto, había quien se perdía por los comentarios y claro, teníamos que ir poniendo GPS).

Ese viernes empezamos con las risas y el sábado estábamos tod@s con la resaca calcetinera pero no perdimos ni la sonrisa, esa que nos gusta tener bien puesta, ni las risas que siguieron todo el fin de semana.

Y así día sí y día también, sonriendo y riendo con las locuras que allí compartimos porque, como bien hemos dicho al principio, somos una tribu.

Una en la que los jefes son la caña, con ese desparpajo tan suyo y que cuando sueltan alguna te hacen llorar de la risa (juro que no me he reído nunca tanto como en el poquito tiempo que tiene de vida el grupo).

Y las chicas de la tribu, loquitas mías todas que siguen las ocurrencias de los tres Reyes Magos, o los Tres mosqueteros, o como se nos ocurra llamarles un día así porque sí. Pero también las mías y las de cualquiera de ellas que ponga un post para dar los buenos días, las buenas tardes o simplemente respondiendo a nuestros comentarios.

Chicas, sois muchas y no me daría el día para nombraros a todas (eso lo dejo para los jefes jajaja que hay que darles trabajo y guerra ¿verdad?), pero sabéis que la tribu es tan vuestra como de nuestros tres jefes, a quienes les pido en este pequeño espacio que me brindan que no pierdan nunca, jamás, esa sonrisa, la alegría y sobre todo que sigan escribiendo, que con cada aventura que sale de esas cabecitas nos hacen reír a carcajadas (mis gatos me miran mal pero ya están acostumbrados) en el sofá de casa, en la cama, en la cocina o donde sea que estemos leyendo.

Dylan, Manu, Hugo, creo que hablo en nombre de todas las chicas de la tribu cuando os digo **GRACIAS**, sí, así, con mayúsculas, negrita y subrayado, por esos ratitos que nos hacéis pasar cada día y que valen millones, como vuestras sonrisas.

Y mis gracias particulares por pedirme que hiciera este prólogo, que contara un poquito los inicios de nuestra tribu (por cierto, habrá que ponerle nombre, ¿no? ¿Cómo lo veis, jefes? ¿Y vosotras, chicas? Yo ahí lo dejo, voy aprendiendo de ellos, lanzo la cuestión y me voy jajaja), unos inicios que han traído risas a estos días desde que empezamos y que espero, y deseo, que sigan siendo más, muchos más, y que vosotros tres, los más loquitos de la tribu, no cambiéis nunca.

Y ahora pasamos a los relatos, a ver con qué nos sorprenden, que lo han tenido bien calladito mientras escribían, ni una pincelada han dado, que no soltaban prenda ellos. Eso sí, se lo han currado porque ¿recordáis que el reto era que lo tendrían escrito y publicado en diez días? Pues nos enseña Dylan la portada unos días después de lanzarlo y nos dice que lo van a sacar antes de lo esperado. Si es que... con ellos no faltan las sorpresas, oye.

Os dejo con las locuras que aquí han escrito los jefes y me voy a leerlos.

Nos vemos en el grupo, tribu.

Besitos de esta loquita. **Janis Sandgrouse**

La tribu y los celos ¿Una combinación peligrosa?

Hugo Sanz

Capítulo 1

—¿Violeta? —acababa de llegar a casa y escuché una sonora risa de las tuyas, de esas que lo envolvían todo.

Resoplé y conté hasta diez. Ya me había vuelto mal pensado por sistema y, siendo justos, no era plan. No tenía nada que temer, seguramente estaría hablando con su amiga Dory, que una chispita metomentodo y cizañera me había parecido siempre; pero era mejor que lo otro. En cualquier caso, de ella se había encargado el karma, que mucho “Dory para arriba y Dory para abajo”, pero se llamaba Dorotea. Sí, sí, tal como suena.

Mi chica se llamaba Violeta y sí, hacía honor a su nombre, porque de ese color solía ponerme últimamente. Para ser más exactos y justos, me ponía de un color que abarcaba todas las tonalidades entre el malva y el morado cuando la descubría una y otra vez delante del móvil.

¿El motivo? De la noche a la mañana se había convertido en miembro de “La tribu”, y no debía ser un miembro normal, sino uno honorífico, porque el móvil era ahora su mejor aliado. Por Dios, ¡pero si me había planteado incluso regalarle un *Satisfyer* con tal de que estrenara juguetito y se olvidara del dichoso teléfono!

Sí, sí, ya me estaba calentando, y no solo por la visión de mi chica con el *Satisfyer*, que también; sino por la mala baba que me entraba cada vez que pensaba que ya estaba de nuevo enganchada a su nueva afición favorita.

A ver, lo de “La tribu” puede sonar muy idílico y hasta con un toquecito salvaje que pone. Uno tampoco es de piedra e imaginar a mi chica corriendo ligerita de ropa a lo “Supervivientes” con otro grupo de bellezas, como que podría desatar mis bajos instintos, pero no iban por ahí los tiros.

Entonces, ¿no era yo un privilegiado? Pues no, ni nada parecido. Más bien me sentía un pringado porque “La tribu” a la que pertenecía mi chica era una digital, de esas a las que se accede con solo encender tu móvil.

De esa forma, Violeta solía estar a un clic de sumergirse en aquel seductor mundo que la alejaba irremediabilmente de mí. En ese universo paralelo e imaginario, en el que yo no tenía ni idea de lo que se cocía, existían tres especies de dioses a los que adorar, a los que yo tenía aborrecidos a muerte, si he de ser sincero.

¿Tribus, dioses? ¿De qué demonios estoy hablando? Pues de tres escritores que dejaban a su paso una legión de seguidoras entre las que destacaba mi chica, que para eso mi Violeta siempre había tenido alma de líder.

En ese escenario, y de un tiempo a esta parte, yo me sentía corneado digitalmente, esa es la única verdad verdadera. ¿Y pueden existir los cuernos digitales? Yo opino que sí, otra cosa es que le rogara al destino que no fuera yo el “afortunado” ganador de esa cornamenta digital y que lo suyo fuera simple idolatría, que para eso era ella muy bibliófila. En otras palabras, siempre había sentido pasión por los libros, lo malo es que por primera vez yo tenía la duda de si aquella pasión iba ahora dirigida a esos tres chicos llamados Dylan, Hugo y Manu.

Entré en nuestro dormitorio y sus risas me indicaron lo peor. Dory no era tan divertida; es más, para mí era más sosa que un pan sin sal, por mucho que Violeta la adorara porque fueran inseparables desde los tres años.

Por tanto, tuve que claudicar, dicen que “blanco y en vasija, leche fija”. En resumidas cuentas, que ya podía seguir mordéndome las uñas a la altura de los codos porque la maquinaria de mi

mala leche volvía a ponerse en marcha. Y encima ¡ojito! No te cueles, Mario, que si dices algo ya eres un celoso empedernido y blablablá...

¿Lo era? ¡¡¡No!!! Al menos, no más que cualquier hombre que siente amor del bueno por su pareja. Por las barbas de Neptuno, yo jamás había sacado los puños con ningún otro tío ni nada que se le pareciera por celos...

Bien pensado, estaba muy lejos de esa imagen del machito ibérico que mea alrededor de su hembra para marcar territorio. Tanto es así que en mil y una ocasiones me había sentido tremendamente orgulloso cuando Violeta, siendo como era una preciosidad, destacaba allí donde íbamos y atraía las miradas por doquier.

En momentos así, yo me sentía el más afortunado de los mortales y le guiñaba un guiño a Cupido, sabiendo que lo tenía de mi lado. Y es que el mismo día en que conocí a Violeta él estaba ojo avizor con su arco y nos lanzó un saetazo que nos ensartó al mismo tiempo.

Sin embargo, en las últimas semanas, yo estaba descubriendo a marchas forzadas lo que era sentirse celoso. Y no hablo de unos celos de esos graciosillos que encienden la chispa en la pareja y que suelen terminar en carrusel sexual con todo incluido en la cama, no. Me estoy refiriendo más bien a esos celos que te hacen sentir que la sangre te hierve en las venas y que te hacen coger complejo de cafetera porque echas humo por las orejas.

Sospechas confirmadas. Violeta tumbada en la cama y móvil en mano. Eso sí, las dos manos a la vista, que, si una hubiera estado escondida en aquellas zonas que solo a mí me pertenecían, me hubiera quedado muerto en la piedra. Solo faltaba, ¿hasta dónde volaría la imaginación de mi chica con aquellos tres a los que ya considerabas mis enemigos?

Nuevo hervor de sangre y aquella presión que me entraba en la cabeza. Estaba apañado, porque cuando no me sentía cafetera, era porque me consideraba la viva reencarnación de una olla exprés. Todo me daba vueltas y ya volvía a estar más negro que el carbón. Y digo bien, el carbón, que un desliz en las letras de esa palabra podría convertirme en justo aquello que más miedo me daba. No quiero hacer el juegucito no sea que llame al demonio, pero creo que se entiende...

—¡Mario, no te había escuchado entrar! —Violeta me miró sin demasiado entusiasmo.

—¿No? Debían ser tus risas, ¿estás viendo un meme gracioso o algo?

Última oportunidad, miré al techo de nuestro ático como si del cielo se tratase y le pedí a lo que quiera que hubiese allá arriba que fuera eso. Total, igual me había vuelto un poco malpensado...

—¿Un meme? ¡Qué va! Me río con las de “La tribu”, que esta noche los chicos nos tienen preparado un reto y estamos de lo más emocionadas.

Bueno, al menos había dicho “emocionadas”, porque si llega a decir “excitadas” me pinchan y no me sacan ni una sola gotita de sangre.

—Ah vale, ¿pero será algo cortito? Mira que es noche de viernes y yo tenía planes...

—¿Planes? ¿Desde cuándo haces tú planes la noche de los viernes? Siempre has dicho que te gusta estar en casa esa noche y has sido de salir más los sábados—se quejó.

—Bueno, pues igual desde ahora. No sé, lo mismo nos estamos encasillando y es hora de cambiar un poco nuestras rutinas...

—¿Y tiene que ser precisamente hoy? Imposible, ya me he comprometido a participar en el reto y, además, es que ardo en deseos de hacerlo.

¿Había dicho “ardo”? Por Dios bendito, ¿qué le ardía? A mí la cabeza, eso ya era un hecho constatado.

—Bueno, había pensado que por qué dejar para mañana lo que pudiéramos hacer hoy...

—Mario, si llevamos años esperando, ¿qué más da una noche más? Además, he pasado por el super y te he comprado los gambones esos que tanto te gustan para que los hagas a la plancha y nos podemos tomar un vinito...

Ajo y agua, eso era lo que me tocaba. De tonta no tenía Violeta un pelo; a sabiendas de que me iba a cabrear más que un mico, se aseguraba de agasajarme con una cena apetecible. Y sí, mucho me temía que lo más sabroso que iba a degustar esa noche eran las cabezas de los gambones, porque si había reto, del sexo nos olvidábamos...

¡Ay, señor! ¿Me lo tendría merecido? Bien mirado, yo no había sido un chorro de alegría desde que la conocí. Demasiado responsable, me había volcado tela en sacar adelante la asesoría laboral que monté con mi amigo Epi cuando ambos acabamos los estudios. Sí, mi amigo se llamaba Epi, de Epifanio. Igual era otra jugarreta del karma por meterme con el nombre de Dorotea.

Con la vista retrospectiva, quizás hubiéramos dejado atrás muchos viajes sin hacer, muchos conciertos sin acudir y muchas risas sin echar, por culpa de las montañas de papeles entre las que yo me encontraba siempre. Querer triunfar en mi trabajo en parte había supuesto descuidar a Violeta hasta el punto de que sus expectativas sobre la relación hubieran cambiado.

“Por mi culpa, por mi culpa, por mi real culpa...” pensé, como cuando iba de chiquitillo a la iglesia con mi abuela. Y mira que me aburría en misa. Si yo había aguantado aquel muermo, ¿querría ahora Dios compensarme para que recuperara a la que consideraba la mujer de mi vida?

Yo tenía una baza a mi favor. Si algo podía ilusionar a Violeta por los siglos de los siglos, era vestirse de blanco y celebrar un bodorrio de esos de leyenda.

En cuanto a mí, esa idea siempre me había producido una especie de piel atópica de lo más molesta, pero por una vez en la vida iba a tener que dejar de ser un plasta de categoría y empezar a complacerla.

Era eso o perderla. Y no, Violeta era mi máspreciado bien, aunque no siempre hubiera apreciado lo suficiente aquel tesoro de formas voluptuosas, cabellera dorada, mirada turquesa y ristra de perlas por dientes.

¡Como Mario que me llamaba que iba a sacar la artillería pesada! Solo esperaba estar todavía a tiempo. De camino a la cocina la escuché trastear entre sus cajones.

—¿Qué buscas, amor? —le pregunté.

—Unos calcetines chulos, que el reto va de calcetines.

Menos mal que iba de calcetines y no de tangas. Aquello me demostraba que todo era susceptible de empeorar y que no debía perder la esperanza.

—¿Te voy poniendo un vinito? —le pregunté con mi sal y mi pimienta.

—Vale, que ahora voy—me contestó un poco salerosa, vaya igual la había contagiado.

Entró en la cocina con su pijama primaveral de Minnie, ese que yo le había regalado por su cumpleaños, y aquellos monísimos calcetines rosas y blancos a juego.

—¿Ya estás ataviada para la ocasión? Pareces un caramelito. —Me acerqué a ella y la besé.

No mentía. Embutida en aquel sexy pijama, Violeta se me antojaba como un dulce Solano de los de fresa y nata. Al besarla, corroboré mi teoría. Nadie en el mundo me podía saber mejor.

—Sí, ¿qué te parezco? —Hizo un gesto gracioso.

—Deliciosa, cómo me vas a parecer...

—Me sorprendes, ya hacía un tiempito que no me decías esas cosas—observó.

—Cierto, creo que he estado demasiado volcado en el curro, ¿crees que podrás perdonarme? —Busqué su mirada de aprobación.

—Claro, si me sirves una copa de vino y preparas tú los gambones. —Me sacó la lengua.

Pese a que no pasáramos por nuestro mejor momento, era un amor. Eso sí, pronto comprobé que “mi gozo, a un pozo” porque Violeta volvió a coger su móvil y a evadirse en ese mundo ficticio que debía reportarle mayores satisfacciones que yo, pues se había convertido en su prioridad.

—¿Crees que terminarás pronto el reto y que podríamos hacer algo juntos esta noche? Se me ocurren un par de ideas—le sugerí con sonrisa ladina.

—¿Esta noche? Va a ser que no, tenemos cachondeo para rato, no sabes cómo está el ambiente.

Y no, no lo sabía, lo único que sabía es que de nuevo sentía ese resquemor amargo que ni siquiera me dejaría disfrutar del sabor de los gambones...

Capítulo 2

—¡Epi, me tienes que ayudar en la gran empresa de mi vida! —le dije a modo de saludo el lunes.

—¿Y qué llevo haciendo esos últimos años? Aquí la tienes. —Señaló a nuestro local.

—No me refería a esa, pazguato, sino a otra que te voy a contar mientras te invito a desayunar.

—Vamos, vamos, entonces...

Ya había dicho las palabras mágicas. Si un defecto tenía Epi, a quien yo quería con toda mi alma, era el de ser más agarrado que una pelea de enanos. Seguramente, la clave estuviera en que perteneciera a la “Hermandad de la Virgen del Puño” o algo parecido. Total, que a él cualquier invitación le sonaba a música celestial.

—¿A qué debo este honor? —me preguntó.

—¿De qué honor hablas? Si siempre logras que te invite día sí y día también, no tengo ni idea de cómo te las ingenias...

—Arte que tiene uno. —Me sonrió.

—Para ti, lo de desayunar gratis debe ser una especie de reto, aunque de retos mejor no me hables—gruñí al sacar el temita de marras.

—¿Y eso? Cuenta, cuenta, que me voy a meter un desayuno entre pecho y espalda que no se lo va a saltar un galgo...

—Eso, eso, tú no escatimes en gastos. —No tenía guasa la cosa, a veces pensaba que se tomaba unos desayunos de película a mi costa para no gastar más en todo el día.

—Al grano, que te dispersas. ¿Qué es eso de los retos?

—Pues Violeta, que se pasó toda la noche del viernes con las chicas de “La tribu” porque estaban participando en un reto en el cual debían subir fotos de calcetines, igual que los escritores.

—¿Te refieres a esos tres que te llevan por la calle de la amargura?

—Y a quiénes si no, desde que ellos están en su vida, parece que yo he pasado a un segundo plano—resoplé.

—Yo creo que te lo tomas muy a pecho todo, pero tú mismo...

—Ya, bien se nota que a quien le duele la muela es quien se la saca, como tú no ves el plan...

—Pero ¿es para tanto o estás haciendo una montaña de un granito de arena?

—Pues mira, yo no sé qué parte de mis celos pueden tener fundamento y qué parte ser fruto de mi imaginación; pero lo que tengo claro es que, para empezar, el viernes me dormí más caliente que el palo de un churrero a cuenta de la dichosa tribu...

—Bueno, bienvenido al club, Marián no deja que la toque ni con un palo desde que ha nacido el niño, si te sirve de algo. —Ellos habían sido padres hacía tres meses.

—Pues de poco, porque esa parte ya me tocará cuando nazcan los míos, pero a ti no es una tribu la que te deja sin echar un buen polvo.

—No, no, un poco surrealista sí que es, pero tampoco es que la cosa estuviera para tirar cohetes antes. Recuerda que tú decías que estabas un poco de capa caída.

—¡Maldita sea mi estampa! Ni me lo recuerdes. Es verdad, algunas veces me ha sugerido que nos fuéramos para la cama y no para rezar una novena... Y gilipollas de mí he preferido quedarme adelantando trabajo.

—Y ahora otros pueden haberse convertido en su prioridad, pero eso no quiere decir que hayan hecho ese trabajo por ti...

—Joder, eso ya lo supongo. No jodas, lo que pasa es que el simple hecho de imaginármela coqueteando con algunos de ellos hace que roce el cielo con las manos...

—O con los tres—añadió Epi mientras le echaba medio bote de mermelada a la tostada.

—Eso, tú dame ánimos, no te jode. Con amigos como tú, no sé quién necesita enemigos...

—¡Aguanta el genio! Que te veo venir y voy a pagar yo el pato de tu ataque de cuernos. ¿En qué has pensado?

—Pues en sacar los carros de combate y en plantar batalla a las chicas de “La tribu” con todo el arsenal...

—¿El arsenal de...? Porque si piensas que te la vas a llevar a tu terreno con un mosqueo épico la llevas cruda. Que Violeta a las buenas es muy buena, pero no quiero imaginármela a las malas.

—No, no, a las malas me manda a hacer gárgaras y con razón. No iba por ahí. Hablaba de pedirle matrimonio, ¿cómo lo ves?

—¿De echarte la soga al cuello? De locos, pero tú mismo.

—¿Y me lo dices tú que acabas de ser padre? Joder, pues sí que tienes una doble vara de medir interesante.

—Ya, pero un hijo no es un contrato. A mí lo de los papeles no me va, es mi opinión.

—Marián debe estar encantadita contigo, entre lo espléndido que eres y lo romántico... —Me reí porque de veras no lo consideraba un gran partido, por mucho que yo me partiría la cara por él, por hacer otro juego de palabras.

—Pues está mal que yo lo diga, pero sí, otra cosa es que el niño la tenga ahora un poco acaparada...

—Ya, ya, pues lo dicho. Que tú lo puedes pintar como quieras, pero un hijo sí que es un hipotecón y para los restos. Lo otro puede tener fecha de caducidad, aunque yo no me caso con esas miras, que yo de Violeta estoy enamorado hasta las trancas.

—No, no, si eso lo sé. Pues nada, lo dicho, ponte las pilas y a ver qué te dice.

—¿Cómo? —Lo miré extrañado.

Un escalofrío me recorrió hasta el punto de que sentí que me estaban dando corriente, a lo Recio en “*La que se avecina*”. Tal posibilidad, la de que se lo pudiera pensar, no había pasado por mi cabeza hasta ese momento.

Ok, ok, que yo me había tomado mi tiempo para pedírselo y que tampoco es que hubiera sido el colmo del romanticismo con ella; pero de ahí a que pudiera dejarme sentado de culo con una negativa por respuesta, iba un abismo.

Negué con la cabeza como si de ese modo desapareciera tal posibilidad. “Adiós” pensamientos negativos y “hola” a ponerme manos a la obra. Tenía que prepararle alguna sorpresa con sortija incluida que la dejara boquiabierta y que la volviera a hacer sentir loca de amor por mí.

Lo haría en cuestión de un par de semanas. Me tomaría un viernes libre y le diría a Violeta que dejara listo su trabajo como *copy* el jueves, para que pudiéramos disfrutar de tiempo en algún destino de los que ella tenía en su lista de “los que tienes que visitar al menos una vez en la vida”.

Ni que decir tiene que, conociendo sus gustos, había uno que destacaba sobre el resto. No en vano, Venecia y mi chica parecían estar hechos el uno para el otro y yo lo sabía. En más de una ocasión, Violeta había soñado despierta con que íbamos recorriendo sus incomparables canales en góndola con el mítico “*O Sole Mio*” como música de fondo.

Ella se merecía de sobra que yo planeara para ambos una escapada a la que probablemente fuera la ciudad más romántica del planeta, un imprescindible en lo que a viajes para amantes se refiere. Sin duda que allí yo conseguiría que recobráramos la chispa. Y, en ese escenario, Dylan, Hugo y Manu pasarían a la historia, ¡escritores a mí!

Autoconvenciéndome de aquel modo, logré que el oxígeno volviera a entrar en mis pulmones como era debido, que de un susto de aquellos palmaba un día.

—¿Estás bien? Mi rostro debió competir con la blancura del Ariel porque hasta Epi se alarmó y eso que él tranquilo era un rato largo.

—Sí, tengo que ir a buscar un anillo. —Solté de golpe el nudo que me aprisionaba la garganta en forma de tapón.

—¿Quieres que te acompañe? Mira que me estás asustando un huevo de pato...

—No, no. Tú abre y yo luego, si eso, ya vuelvo.

Era la primera jodida vez desde que teníamos la asesoría que no estaba yo como un clavo entrando por la puerta a la hora de abrir. Si hubiera sido tan entregado con Violeta como lo fui con el negocio, otro gallo me hubiera cantado.

Fuera como fuese, no me quedaban más narices que apechugar y rogar a todos los santos, en esos que tanto creía mi abuela, que no fuera demasiado tarde para que mi Violeta me mirara de nuevo como lo hacía en los comienzos de lo nuestro, cuando la pillaba a baba caída. Y no como ahora, que a quien dedicaba tan intensas miradas era a su móvil.

Camino de la joyería de mi primo Alejandro, decidí llamarla por teléfono, algo que tampoco hacía ya desde el año de la polca.

—¿Dónde está lo más bonito? —le pregunté cuando por fin lo descolgó, después de múltiples pitidos.

—¿Mario? No esperaba tu llamada.

—¿Y no puede llamar un hombre enamorado a su chica para saber cómo ha arrancado el día? —Bien se notaba que no la esperaba.

—Claro, claro, pues muy bien. Estaba aquí, descansando media horita mientras desayuno y organizando la siguiente con las de “La tribu”.

¡Jodida tribu! Ya estaba tardando en salir a la palestra y eso que no había hecho más que comenzar el día.

—¿Y eso, cariñete? —Me hice el interesado como si por dentro no me estuviera acordando en todas las castas del que inventó Internet, las redes sociales, los grupos, los canales y todo lo que no fuera un papel y un lápiz.

—Guauuu, porque no sabes la que tenemos montada desde el viernes. La liamos parda y nos estamos divirtiendo de lo lindo con los comentarios que se generan todavía. Cada vez somos más...

—Suenas de lo más seductor. —Utilicé ese adjetivo aposta, con retintín porque me salió del alma. A Violeta solo la seducía yo y punto redondo.

—Bueno, ya sabes que una aventura sí que es. Yo estoy de lo más ilusionada, cada vez hay más movimiento y...

Hice un reseteo mental porque no me apetecía escuchar más. “Aventura”, “ilusionada...” ¿En qué momento esas palabras que antes eran para mí se las dedicaba a un grupo constituido en torno a tres tíos que me caían como el culo y a los que no podía ver ni en pintura?

Yo me cagaba en el oportunismo y en la madre que lo echó al mundo. Al oportunismo digo, que a ellos no quería ofenderlos por mucho que si los tuviera delante les diría de todos menos

bonitos...

Ya notaba de nuevo la cornamenta digital esa que me acompañaba como si fuera una tiara, pero ¿era acaso yo una princesita para llevarla puesta? Revolucionándome como un coche de carreras, así estaba. En mala hora había llamado a Violeta y encima tocaba disimular antes de que me leyera la cartilla.

—Ya te daré yo a ti aventura—le contesté en plan libidinoso y al menos logré que se riera.

—¿Qué mosca te ha picado a ti hoy? —me respondió un tanto desconcertada.

Mejor querría decir qué no me había picado. Porque el fin de semana nos lo habíamos pasado a pan y agua. Sí, porque después del reto del viernes, ella se enganchó al móvil en cuanto volvimos de cenar el sábado. Total, que cuando se metió en la cama yo ya estaba en los siete sueños. Y el domingo pasó sin pena ni gloria, mientras yo intentaba aguantar la mala leche contenida, y no penséis mal que me refiero a la mental. Aunque el dolor que había acumulado en mis partes nobles también era digno de un capítulo aparte.

—No sé, estaré un poco tontorrón. —Salí por la tangente, que ya veía la puerta de la joyería.

Después de saludar a mi primo le dejé muy clara la idea. Tenía que tratarse de una joya a la altura de Violeta y me daba igual si le tenía que dejar allí un riñón, un pulmón o cualquier cosa de la que tuviera dos, siempre que no mirara a mi entrepierna.

Dicho y hecho, media hora y un tremendo sablazo después, salí de allí con aquella exclusiva sortija que iba a hacer las delicias de la mujer de mi vida. Que se preparara Violeta.

Capítulo 3

¡Que le dieran morcillas a la asesoría esa tarde! Más a gusto que un arbusto, y con mi anillo de compromiso a buen recaudo en la oficina, me la iba a tomar libre e íbamos a salir de paseo, que para eso el sol lucía radiante y a mi chica le entusiasmaba coger un poquito de color.

—¿Qué haces todavía aquí? —me preguntó al verme repanchingado en el sofá después del almuerzo.

—Pues que hoy me declaro en huelga, ¿te parece mal? —le respondí con la mirada clavada en aquellos ojos turquesa en los que me perdería para siempre.

—No, es simplemente que me sorprende. Te noto un poco cambiado estos días.

—Espero que para bien...

—Sí, supongo que sí. —Se encogió de hombros.

—¿Tenías algún plan para esta tarde? Había pensado que podíamos ir a tomar un helado a esa heladería nueva que han abierto en el centro.

—Me han dicho que son de esos morrocotudos, vaya de los que tienes que subir a las redes sociales casi por obligación. —Rio y pensé que había pasado demasiado tiempo sin apreciar las sutiles notas de aquella preciosa melodía que era su risa.

—Pues no se diga más...

—Vale, así estreno la falda que me compré el otro día, esa de colores...

—Ni idea, pero seguro que te sienta como un guante. No hay falda que se resista a adornar esas caderas de guitarra que tiene mi chica. —La tomé por ellas y le di un beso, sentándola sobre mí.

—¿Cómo que ni idea? —Frunció el ceño y temí que se avecinara tempestad—. Te la enseñé la otra noche, ¿o es que me haces el caso de la pared?

Ay, Dios, ahí me había pillado y ahora me las iba a dar todas juntas.

—¡Me declaro culpable por despistado! —Yo tenía mis faltas, pero me consideraba muy honesto.

—Mira, te perdono porque no quiero amargarme el helado, que me pienso poner hasta las cejas; pero que me haces menos caso que a la pared, eso es un hecho.

—Ya será menos, mujer. ¿Y si te la pones y me haces un pase de modelos de esos que echo de menos?

—Será porque quieras, no has vuelto a pedírmelos. Y no te lo mereces, que lo sepas, pero en el fondo soy todo corazón. —Me sacó la lengua y corrió hacia el dormitorio.

Multicolor, alegre y viva. Parecía una criatura celestial cuando apareció cinco minutos después con aquella falda de punto de Desigual que recorría el arcoíris completo, su top rojo y unas altas cuñas de esparto que hacían más esbeltas aún sus piernas, si es que eso era posible.

—Absolutamente deseable. —Le dediqué un pícaro silbido según la vi aparecer por el comedor.

—¿Nos vamos ya? —me preguntó sonriente.

—No tengas tanta prisa, anda, que quiero comprobar la textura de la falda—le solté insinuante.

—Pues yo diría que es suave, agradable...—Se fue acercando hacia mí coqueta y, conforme se colocó sobre mis piernas, levanté su falda, dejando su minúsculo tanga en contacto con mi miembro, cuya súbita inflamación me indicaba que deseaba unirse al juego.

—Tus labios sí que son suaves, dámelos. —Me dediqué a besarlos con lentitud evadiéndome

en aquellos besos.

El movimiento de Violeta haciendo que nuestras partes más erógenas se encontraran en forma de fricciones, me hizo soltar todo el aire contenido en los pulmones.

La finura de su top dejaba entrever sus redondeados senos que comencé a amasar por encima de la tela con ahínco, para a continuación levantar sus brazos y despojarla de él. Su delantera levantaba a un muerto de tres días. Generosa y bien colocada, su firmeza incitaba al pecado, por lo que mandé a paseo su sujetador y me recreé en aquellos pezones duros, mientras sus gemidos resonaban en toda la estancia como si de un hilo musical envolvente se tratara.

—Hacía mucho que no te notaba así—me susurró jadeando al oído, erizando cada uno de los vellos de mi piel.

—Entonces, tengo mucho por lo que compensarte...

Decidido como lo tenía y con ella excitaba hasta decir basta, mientras mi lengua seguía encargándose de sus senos, mis dedos lo hicieron de aquel sobresaliente botón del placer que se encendió de inmediato por debajo de su cintura.

Un súbito color nos recorrió *ipso facto* y, notando que las mejillas de Violeta iban a estallar, soplé, añadiendo aire fresco a su acalorado rostro. Lo extremo del gemido que soltó en aquel momento, me indicó que su sexo se había acelerado hasta el punto de ofrecerle un primer e intenso orgasmo, que yo esperaba que no fuera el último de aquel asalto.

Con la falda aún puesta, que levanté, tapándole la cara para que en la oscuridad se potenciara el resto de sus sentidos, dejé atrás su ombligo para seguir bajando. Y es que no estaba dispuesto a que el dulce néctar procedente de su interior quedara desaprovechado. Disfrutando de él, me dispuse a que ella emanara más antes de entrar en un cuerpo ardiente que yo moría por poseer.

Mi lengua deslizándose por aquella entrepierna vibrante me obligó a contener un deseo al que daría rienda suelta tan pronto como un nuevo orgasmo asomara a...

¿Y aquel foganazo? No, vale que yo estaba dispuesto a que entre nosotros saltaran fuegos artificiales, pero figurados. Y aquella luz me había acertado en plenas retinas. Era el móvil de mi chica, que no se había percatado, pues solía tenerlo en silencio, ya que decía que la desconcentraba.

No pude evitar echar un vistazo a la pantalla. Vive Dios que jamás antes se me había ocurrido, pero sucumbí a la tentación. Es más, quería pensar que no es lo mismo coger el móvil de tu pareja para darle un buen repaso, que echar una miradilla rápida si lo tenías delante de tus narices.

Juro y perjuro que hasta me mareé. Aunque en el fondo no pudiera evitar que el fantasma de los celos que sentía hacia los tres escritores me asaltara, yo quería confiar en ella. Violeta no era de esas, estaba hecha de otra pasta. Además, uno no piensa que tales cosas le puedan ocurrir, ya que todos estamos acostumbrados a escuchar que le han puesto los tarros al vecino. Y al final, nuestro egocentrismo nos convence de que esas son cosas hechas para el prójimo, qué leches para nosotros...

No obstante, ahí está el karma, ese gran olvidado que a veces se levanta con el pie izquierdo y viene directo a inyectarte un dardo envenenado donde más te duele. ¿Lo que había visto? Muy sencillo y conciso.

Un mensaje de Dylan, que no sabía ni por dónde venía, porque yo desconocía los grupos por los que hablaban y no me dio tiempo a verlo bien. El caso es que contenía un escueto: “Déjame enamorarte, Violeta” No pude ver nada más, solo el nombre de aquel levantavias con un mensaje que, no por corto, me resultaba menos hiriente. ¿Se lo habría dicho en privado o cómo iba eso? Es que yo de Facebook entendía bien poco, era antiredes declarado.

“¿Déjame enamorarte?” Había que joderse, yo sintiéndome mal por pensar mal de la niña y ella jugando a doble banda con su novio formal y el tío por el que debía beber los vientos. ¿O no? ¿Y si solo era un juegucito por parte de él? Lo mismo se trataba de otro reto, pero este personal. Por el amor del cielo, yo lo había visto con mis propios ojos. Jamás pensé que dos miserables palabras, que en otro contexto podían sonar a música angelical, me provocaran tales arcadas.

—¿Qué pasa? — Violeta notó que se me había cortado el punto. Bueno, en realidad se me debía haber cortado hasta la digestión, que de los daños colaterales ya hablaríamos.

—No sé, parece que me ha dado una punzada muy fuerte. —Disimulé porque una punzada sí que me había dado, pero no en la entrepierna, a la que había señalado; sino en el mismísimo centro del corazón.

Comprobar que la traición duele más que ser marcado con hierro candente fue cosa de un segundo. Lo que me pedía el cuerpo era montar en cólera en aquel momento y preguntarle que a qué estaban jugando. Sin embargo, pensé que aquello podía ser un arma de doble filo.

¿Y si por hacerlo al final ella me bajaba del caballo ese llamado cólera y me mandaba a tomar por saco? Al fin y al cabo, si no había participado en aquella conspiración en mi contra, estaría libre de culpa y yo no sería nadie para reprocharle nada.

Otra cosa sería que ambos estuvieran juntos y encima se estuvieran riendo a mandíbula batiente a mi costa. Por si sí o por si no, se habían esfumado mis ganas de provocarle aquel segundo orgasmo que iba a quedar en lo que habían quedado mis ganas de fiesta; en agua de borrajas.

—Pero cariño, ¿cómo puede ser? —Se acercó y salté como un gato.

Su tacto, que habitualmente me cautivaba, de repente me repelía. Consumido por los celos, traté de escudriñar algo en su turquesa mirada, pero todo intento cayó en saco roto. No encontré ninguna respuesta a mi amarga pregunta en los ojos de Violeta.

Tenía que pensar y debía hacerlo apresuradamente. Cuando el móvil cayera en sus manos, ella vería el mensaje y, si yo seguía con aquel comportamiento extraño, no tardaría en sumar dos y dos. Debía cambiar de táctica y hacerlo de inmediato.

—No tengo ni idea amor. —Traté de cambiar el gesto, escondiendo la ira y sacando un aparente tono de normalidad que me sirviera de coartada para hacer mis pesquisas.

—Si no estás bien lo dejamos, no te preocupes.

Por favor, que se estuviera refiriendo a la fiesta y no a la relación, que yo ya veía fantasmas por todos lados, con sábanas y cadenas incluidas.

—¿Te refieres al sexo? —le pregunté un tanto conmocionado.

—Claro, cariño, toma aire y ahora te traigo un vaso de agua...

Y lo tomé, lo tomé de un golpe, asustado por la idea de que mi vida se fuera a la mierda en un segundo.

Mientras la veía salir en dirección a la cocina, le imploré al universo que Violeta no hubiera participado en aquel complot para arrancarme el corazón. Del tal Dylan ya me encargaría yo, que a ese le iba a poner las peras al cuarto, pero Violeta... Ella no... Yo la quería demasiado y me quedaban muchos años por delante para recordárselo.

¿Y si hacía un pacto con el universo? Si él me sacaba de aquella y me demostraba que mi chica estaba limpia de polvo y paja... Por Dios, ¿no se me había podido ocurrir otra expresión? Que lo estuviera, que lo estuviera, que me iba a salir el hígado por la boca de pensar en lo que no debía. Nuevo mazazo mental y cinco puntos para Dylan. Eso no se iba a quedar así, como Mario que me llamaba. Bueno, que, si el universo me sacaba ileso de aquella, yo pactaba con él que la tendría entre algodones todos los días de mi vida.

Un rato después y haciendo de tripas corazón, salí a la calle con Violeta. Si mi chica veía el móvil y actuaba como si tal cosa, probablemente indicara lo peor... Que ella estaba en el ajo. Recé para que no fuera así y me lo contara cuando lo viera, demostrándome su inocencia. Aunque cabía una tercera posibilidad, que no fuera a entrar en el juego de Dylan, pero se encargara de cortarle el rollo por su cuenta y riesgo, sin decirme nada para no encenderme. Y eso sin saber que yo encendido estaba ya más que los *ninots* de las Fallas de Valencia.

Al final de la tarde, y después de que Violeta se hubiera comido un helado como una catedral de grande mientras revisaba su móvil, sus labios seguían sellados. Ya solo quedaban dos: o lo iba a poner ella en su sitio o entre los dos me iban a nombrar rey de los vikingos, adornándome la cabeza.

¿Cómo iba a salir de aquella sin perder la cordura? Lo tenía francamente jodido, para qué nos íbamos a engañar...

Capítulo 4

“*Qué noche la de aquel año*”, como cantaría Miguel Ríos. El amanecer del día siguiente me pilló con los ojos como un búho. Por mucho que yo hubiera rogado, por las alturas debían estar la mar de entretenidos, porque Violeta seguía sin soltar prenda del dichoso mensajito.

—¿Te preparo un café? —me preguntó cantarina aquella mañana.

—No, gracias, ya desayuno con Epi—le contesté disimulando mientras pensaba que el café ese día lo pediría solo, pues la dosis de mala leche ya la pondría yo.

¿Por qué demonios cantaría? ¿Acaso tendría algún plan entre manos que potenciara su euforia? Yo seguía sin saber si veía fantasmas donde no los había o si es que nuestro ático se había convertido en una mansión tenebrosa de esas de peli de miedo, donde las almas en pena vagaban por doquier.

A decir verdad, almas en pena no sé si habría por allí, pero eso es lo que parecía yo. Lo comprobé cuando me miré en el espejo.

—Amor, parece que tienes mala cara, ¿te notas fiebre? —Violeta acercó su mano a mi frente, solícita.

—No, no creo, gracias. —Saqué fuerzas de flaqueza para esbozar una ligera sonrisa que no empeorara las cosas, poniéndola en alerta.

—Pues parece que llevaras toda la noche corriendo delante de un toro de Miura, no veas las ojeras que me llevas.

Todavía ignoro cómo no me partí de risa y es que me había hecho una gracia tremenda, dicho sea con toda la ironía, que sacara el dichoso temita de los toros, por aquello de los cuernos. No podía haber sido más oportuna...

—Cierto, no ando muy fino desde la punzada de ayer—le contesté.

—Vaya, pues si esta tarde sigues igual deberíamos acercarnos al médico a que te eche un vistazo y salimos de dudas—me sugirió.

De nuevo su don de la oportunidad que salía a relucir. Si yo pudiera salir de dudas se me pasarían todos los males de golpe, a no ser que todo apuntara a que mi chica me la estaba colando a base de bien. Prefería no pensarlo porque, de ser así, me iban a tener que poner la camisa de fuerza.

No podía evitarlo, cierto que yo no tragaba al tal Dylan, igual que me sucedía con los otros dos; pero si al final me ganaba la batalla y se llevaba a mi chica, quizá yo también habría tenido parte de culpa por descuidarla.

Aquella idea me azotaba que era un gusto. Necesitaba ver a Epi que, aunque a veces tenía ideas de bombero retirado, otras veces me daba buenos consejos.

—¡¡Wow!! —escuché chillar a Violeta desde su despacho.

¿Qué la ponía tan contenta ahora? Me daba la impresión de que cuanto más me hundía yo en la mierda, mejor le iban a ella las cosas.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunté en otro intento de aparentar normalidad.

—Pues que este fin de semana por fin se va a celebrar el congreso ese de *copys* que se aplazó el mes pasado. Me voy a Madrid, tendrás que arreglártelas sin mí, ¿podrás? —Llegó a lo justo hasta la puerta, por la que yo estaba saliendo, igual pronto me quedaba atascado por los pitones.

Me cagué en todo lo que se meneaba, pues aquella noticia me iba a terminar de dar el día.

¿Justo ahora se tenía que ir de viaje y lo había tomado como si le hubiese tocado la lotería? Nuevo escalofrío al canto, yo no había visto el supuesto mail que acababa de recibir. ¿Y si era una excusa para pasar el fin de semana con Dylan?

—Podré, podré. —A duras penas acerté a decir esas palabras y me despedí de ella hasta la hora del almuerzo.

—¡Qué bien te veo! —exclamó Epi, que ya me esperaba para desayunar, con gastos pagados, claro.

—Déjate de cachondeo que se está rifando una ensalada de leches y no vaya a ser que te toque a ti, en todo o en parte.

—¡Joder, qué carácter! Invítame a desayunar y me cuentas.

—Sí, capullo, no vaya a ser que tú te arruines. ¿Tienes ya más pasta que el tío Gilito o estás en ello?

—Muy gracioso, desembucha—me dijo mientras nos sentábamos.

—Ayer leí un mensaje que Dylan le envió a Violeta diciéndole que quería enamorarla, ¿cómo se te queda el cuerpo?

—Joder, ¡qué marrón! Pero ¿en esas estamos, espiándole el móvil?

—No, yo estaba en plena faena y ella con los ojos cerrados cuando llegó el mensajito cortapuntos.

—Pues qué envidia.

—¿Envidia de que otro te levante a la novia? Tú no estás bien de la azotea desde que eres padre.

—No, envidia de estar en plena faena. Yo, o le doy solo al manubrio o no hay nada que hacer, que Marián está de mírame y no me toques.

—Sí, a ver si te crees que yo después de semejante descubrimiento rematé una faena de dos orejas y rabo, no te jode. Aquello se vino abajo y no se levantaba ni con una grúa.

—Imagino. Seamos prácticos, ¿ella sabe que tú estás al tanto?

—Ni de coña, en eso juego con ventaja.

—Bien hecho, toca que se ponga en marcha el FBI del amor.

—¿Qué puñetas es eso? No me toques la moral, que no está el horno para bollos.

—Tranqui, no te embales. Tienes que indagar en la cuestión porque el hecho de que el tal, ¿cómo se llama, Dylan?

—Sí, mismamente, que hasta el nombre lo tiene bonito, no se podía llamar Eustaquio, el muy desgraciado....

—Vale, pues el hecho de que Dylan le haya lanzado la caña no quiere decir que tu adorable pececilla haya mordido el anzuelo.

—Espero que ni el anzuelo ni nada, porque como me equivoque, al escritorcito le voy a dar puñetazos hasta en el cielo de la boca.

—Pues sí que te has levantado fuerte, menos mal que no has desayunado todavía.

—Si es que encima ahora me viene ella esta mañana con que se va de congreso el fin de semana y yo he desarrollado una inventiva sobre la marcha que ni Spielberg, oye.

—No te taladres tú solo, tienes que infiltrarte, esa es la solución, lo veo claro.

Ni que fuera la Bruja Lola el tío, qué fácil es ver los toros desde la barrera.

—¿Infiltrarme dónde?

—Pues en “La tribu”, ¿dónde va a ser? Mira, si están liados, no es que vayan a soltar en público todas sus intimidades, pero esas cosas se terminan oteando en el ambiente.

—Yo lo único que huelo es a tragedia, se masca en el ambiente...

—Tú ahora tienes que demostrar nervios de acero, y reconoce que no es mala idea.

—Pues, sin que sirva de precedente, no creas que no voy a darte la razón.

—Claro, métete tipo mosquita muerta, para que te cuenten todos los entresijos y ya verás cómo enseguida están deseando ponerte al día de todos los cotilleos.

—Necesito un nombre, piensa.

—Jimena, que es muy literario...

—¿Jimena? ¿Esa no era la mujer del Cid?

—La mismita, pero es que ese nombre está otra vez de moda, panoli, que no entiendes nada. Marián lo barajó por si el bebé era niño, antes de que viéramos en la ecografía que era un niño; eso o que venía con un trípode...

—Venga, pues nada, Jimena...

—Te llamas Jimena, tienes veintidós añitos y el corazón hecho jirones porque un novio cabrón te ha corneado hasta convertirlo en un colador...

—¿Y no puede estar jodida por otra cosa? Que estoy muy sensible con los cuernos, hombre...

—Nada, nada, tiene que ser eso. Ya verás cómo la integran y le dan calor entre todos en un plis plas...

—Calor me está entrando de escucharte, pero bueno...

—¿Y qué sabes del grupo por el que hablan y tal? Espero que estés al día...

—Pues absolutamente nada, le tendré que preguntar a ella, como quien no quiere la cosa.

—En el almuerzo de hoy, no hay tiempo que perder.

Cada hora de aquella mañana pesó sobre mí como una losa. A las dos y con más nervios que un muñeco de nieve con calentura llegué a casa.

—¿Ya lo tienes todo preparado para tu viaje, amor? —Le di un beso y le pregunté como si tal cosa. Al final iba a servir para actor, lo veía venir.

—Sí, ya he sacado el billete. He cogido un chollazo, me voy el viernes en avión.

—Ok, este fin de semana te vas a perder el reto del grupo, te van a echar de menos...

—¿Qué dices? “La tribu” se viene conmigo allá donde vaya, en mi teléfono.

—Verdad, qué tonto. Oye, que yo estoy más perdido que el barco del arroz, ¿y estas cosas cómo se hacen? Supongo que abris un grupo para hablar con los chicos y estar ahí todos juntos, ¿no?

—¿Vas a hacer uno con tus amigos? Mira que no va a ser lo mismo, te lo advierto, como “La tribu” nada...

—No, Dios me libre de meterme en esos líos, ya sabes que no soy mucho de redes...

—Y aun así me pescaste a mí en su día. —Seguía estando de muy buen humor y con ganas de hacer chistes.

—Eso parece, no sé si por dominar esas artes o por casualidad...

—*Fifty fifty*, diría yo...—bromeó mientras servía la ensalada, que en su caso era de hojas verdes y no de leches, como la que yo rifaba—. Bueno estas cosas se hacen por grupos sí, anticuado, el nuestro se llama “Amor, erotismo y libros”, ¿tiene o no tiene glamur?

—Tiene, tiene—le respondí pensando que tenía glamur y guasa también, una combinación de todo.

En cualquier caso, ya tenía la información que necesitaba y la vapuleada Jimena iba a entrar en acción en cuanto llegara a la oficina por la tarde, porque yo no podía esperar ni un día más.

Caminé hasta ella con la intención clara y en ese instante descubrí que los astros se habían

aliado para cachondearse de mí, tal como suena.

—Menos mal que has llegado, estás en Babia, te he llamado al móvil un montón de veces...— dijo Epi al verme.

—Perdona, Violeta ha terminado pegándome la costumbre de ponerlo en silencio...

—Sí, muy Zen sois vosotros, ¿tú entraste en el baño antes de irnos? Me parece recordar que sí...

—Pues es verdad, con los nervios me paso todo el día cambiándole el agua al canario, socio...

—Pues la has liado, pero bien...

—¿Por? —No quería pensar en que fuera cierto lo que me estaba imaginando.

—Porque se cierra el grifo después de lavarse uno las manitas, por eso. Por Dios santo, Mario, ¿en qué estabas pensando?

Los bomberos estaban achicando agua del local, suerte que se trataba de una planta baja y que ningún vecino había resultado afectado.

—Pues no sé...—Cierto que no sabía ni qué decir, yo siempre había estado de lo más centrado, hasta ahora, que habían cambiado las tornas.

—Te lo diré yo, estabas pensando en una tribu que va a hacer que nos duela la cabeza tela, a los dos. Pero vamos, que por la cuenta que me trae yo te voy a ayudar a descubrir qué se cuece en el caldero de esta tribu, porque si no, veo que vamos a acabar los dos como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando.

Yo no sabía de dónde sacaba este hombre esas frases, pero siempre tenía una en la punta de la lengua. Casi me río, pero su cara de malas pulgas actuó como un perfecto disuasorio.

La tarde iba a estar completita y teníamos desagüe para largo, así que nuestra labor de Sherlock Holmes digital iba a tener que esperar todavía un día más; o, mejor dicho, un suplicio más.

Con ganas de saber, por un lado, y con más miedo que siete viejas, por otro, volví a afrontar una segunda noche en blanco en la que los fantasmas entraron y salieron de nuestro dormitorio como Pedro por su casa. Mientras, Violeta dormía a pierna suelta, ¿con quién estaría soñando? Aviso a navegantes: si en algún momento de la noche se le escapaba un “Dylan”, me pegaba un tiro.

Capítulo 5

Como alma que lleva el diablo, así llegué a la oficina el miércoles.

—¿Nos vamos a desayunar? —me preguntó Epi, todavía contrariado por el incidente del día anterior.

—¡Y una mierda! Hoy he comprado por el camino sándwiches para los dos, que nos vamos a meter ahora mismo en el dichoso grupo de marras.

—Pues anda que te has estirado...

—No, si encima te vas a quejar. Perdona por no traerte el buffet del marajá de Persia para que desayunes como es debido, que me tienes hasta la punta del pelo...

—Sí, sí, calla, que también me tienes contento con tus despistes. —Señaló al baño y comprendí que yo estaba más mono con la boca cerrada.

Con una foto de una chica estupenda que el mequetrefe de Epi me proporcionó, él sabría su procedencia, nos pusimos al lío y creamos un perfil. A renglón seguido, solicitud de amistad al grupito “Amor, erotismo y libros” y a orar para que hubiera suerte y la aceptaran pronto.

Y si, la hubo. Al menos para que me aceptaran, otra cosa iba a ser seguir el hilo a aquellas interminables conversaciones. Porque, dado que eran una tribu, yo habría preferido que escribieran en suajili a tener que meterme en aquella maraña de mensajes que me iba a llevar horas y horas leer. Bueno, el que algo quiere, algo le cuesta, así que empezaría por el final.

Envié un mensajito de agradecimiento por haberme aceptado, y enseguida noté la calurosa acogida esa de la que hablaba Epi, ¡Dios quisiera que allí el calor que se dieran no fuera real!

Varias chicas me saludaron y Manu me dio la bienvenida al grupo. Como era la hora de su desayuno, tampoco tardó en aparecer y saludarme Violeta y yo me sentí como quien está cometiendo un delito; pero, qué demonios, igual la adúltera era ella, no era yo quien tenía que sentirme mal.

Una de las integrantes del grupo me preguntó si estaba enamorada y yo me despaché a gusto, hablando mal de los cuernos y contando la historia de mi supuesto novio infiel, poniéndolo verde. Y el que se pica, ajos come, por si alguno se daba por aludido.

Poco después, entre risas y cháchara, vi que Violeta envió la canción de Dani Martín, “Emocional” y el alma se me cayó a los pies.

¿De verdad que no podía ser otra? Violeta era súper fan de Dani Martín. Yo mismo me había encargado de sorprenderla más de una vez con entradas para sus conciertos. Y es que sabía que eso la hacía inmensamente feliz, además de que en parte me sentía en deuda con aquel tío, que me caía bastante bien. No en vano, con “Emocional” nos besamos la primera vez, por lo que nosotros la considerábamos nuestra canción.

¡Maldita sea! Aquello tenía que ser una especie de regalo encubierto también para Dylan. Seguro que tenían un código que solo ellos sabrían descifrar, para disfrutar de lo suyo a la vista de los demás sin que nadie se diera cuenta. Vamos que sí, que yo tenía más cuernos que un venado.

Cerré el móvil y a punto estuve de estamparlo contra la pared. A continuación, abrí el cajón donde guardaba el anillo de compromiso y, con los ojos inyectados en sangre, se me pasó por la cabeza tragármelo y dar por zanjado el asunto. Rápido la abandoné, no fuera a ser que el pedrolo que incluía se resistiera a salir y encima acabara en urgencias.

—No te veo muy contento. —Epi acababa de atender a un cliente mientras yo investigaba.

—Hasta cancioncitas le está poniendo al tío ese, ¿cómo lo ves? Pero no una cualquiera, sino la nuestra; ahí, para que duela más...

—Huy, huy, huy... Tienes que seguir investigando, que igual te estás montando una película y todo esto tiene una explicación.

—Sí, que me voy a quedar solo como la una, te lo digo yo...

—Con esa actitud no te vendes, ya puedes espabilar, te lo advierto. —Volvió a salir porque el tintineo de la puerta indicaba que acababa de entrar otro cliente.

Hecho un flan volví a meterme en el grupo. Otras chicas estaban emulando a Violeta y ponían canciones románticas. Aquello era más empalagoso que Pablo Alborán comiéndose una caja de ensaimadas rebozadas en miel.

Por Dios, ya volvía a intervenir Violeta, ¿cuánto le daba de sí a mi chica el desayuno? Y lo peor estaba por llegar, que, en su afán de que todo el mundo se sintiera cómodo, quiso integrarme y se refirió a mí preguntándome por mi canción preferida.

—Epi, corre, suelta una canción romanticona que te guste...—Ya se había quedado solo de nuevo y entró en mi despacho.

—A mí me gusta “Abrázame”, que ya sabes que soy mucho de Julio Iglesias—me soltó y se quedó tan campante.

—Desgraciado, me refiero a una de este siglo, que es para ponerla en el grupo de Facebook no en el libro de memorias de Tutankamon.

—No, si encima voy a pagar yo el pato, verás...

—Dime una que le guste a Marián, cenutrio—resoplé.

—Ah, pues ella es más de Manu Carrasco, la de “Antes de ti” la está siempre canturreando.

—Vale, vale, eso ya está mejor.

Salvado por la campana, porque yo de música romántica como que estaba más verde que una pera. No obstante, Violeta se había empeñado en que a mí la mala leche me rebosara por las orejas y comenzó a poner algunos fragmentos de poesías de los que también me enviaba a mí al comienzo de la relación.

Definitivamente, era el caos. No hacía falta ser un lumbreras para saber que si estaba repitiendo con otro el mismo ritual amoroso que conmigo cuando me conoció, era porque yo ya le importaba un comino.

No quise leer más, ¿para qué? Cada comentario, cada fragmento, la canción... Cielos, ¿cuánto tiempo hacía que no estaba conmigo así de melosa? Claro que yo me lo merecía de sobra y ahora era otro quien la tenía eclipsada.

Pese a que en el fondo de mi corazón pudiera entenderlo, no podía soportar que ella estuviera viviendo una nueva ilusión más callada que en misa. Yo siempre había pensado que, si algún día nuestra relación se terminaba, el que tomara la decisión sería franco con el otro. Craso error.

—Esto va de mal en peor, amigo. Se te está poniendo una cara que da miedo, firmame que me quedo con tu parte del negocio si te vas para el otro barrio—bromeó Epi, aunque ese era capaz de pensarlo en serio.

—No tengo pensamiento de leer más, no me voy a torturar así. Si quiero hacerme pupa de verdad, me pongo un silicio en el muslo para purgar mis pecados, Epi, pero esto no está pagado. Me va a dar un síncope...

—Tienes razón, yo no te había visto nunca así...

—Es que yo nunca había sabido que la quería tanto hasta ahora que la estoy perdiendo.

—Suele pasar, es un tónico...

El resto de la mañana pasó a cámara lenta. Triste y apesadumbrado, me costaba hasta tener los ojos abiertos. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Violeta era un monumento de mujer, estaba cantado que si yo no le daba las atenciones que merecía, tendría un séquito de moscones a su alrededor. Y ya sabíamos quién se había llevado el premio gordo.

La idea me dolía tanto que incluso creí estar febril, pues la frente me ardía. Epi se portó, atendiendo él a los clientes y entrando continuamente a verme a mi despacho. ¡Si hasta fue a por dos cafés al bar y los pagó él! Por una vez en su vida, parece que tenía suelto, pues esa era la excusa diaria para que pagara yo...

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó cuando iba siendo la hora de irnos a almorzar.

—No lo sé, pero por casa no puedo aparecer con este careto. Además, tengo sentimientos encontrados con Violeta, no sé si quiero verla...

—Ponle un WhatsApp y dile que no vas a comer a casa. Así ganamos algo de tiempo para pensar. Yo haré lo mismo con Marián.

—Vale.

Malditas las ganas que pudiera tener yo de probar bocado, pero menos aún de aparecer por nuestro ático. Lo que estaba pasando me generaba una tormenta mental que debía ser de esas de arena del desierto, porque era incapaz de ver nada claro.

Pero para tormenta, la que estaba por avecinarse...

—Yo paso de querer saber nada más—le confesé a Epi mientras almorzábamos algo al lado de la oficina, en un bar en el que a veces nos quedábamos cuando el trabajo apretaba.

—Pues yo de ti le sacaba todavía más jugo a la tal Jimena, es la nueva del grupo y como que creo que puede ayudarte a saber si Violeta te está siendo de verdad infiel o no...

Petrificado, así me quedé cuando escuché su voz.

—¿Jimena? ¿Tú eres Jimena? —me preguntó Violeta que acaba de llegar a nuestra altura.

—Cariño, yo... Bueno, puedo explicártelo... No saques conclusiones precipitadas, por favor...

—¿Precipitadas? Sé muy bien lo que he escuchado, ¿qué es eso de que te soy infiel?

Pasé de cero a cien en un segundo. Cierto que Violeta nos había pillado con las masas en la masa y que me sentía ridículo haciéndome pasar por una chiquilla en su grupo, pero ¿y ella?

—Lo sabes muy bien. Y yo también, estoy al corriente de lo tuyo con Dylan. —Me aventuré a soltarle.

—¿De lo mío con Dylan? Por Dios bendito, Mario, ¿a qué te refieres?

Tampoco era nada mala como actriz, pues estaba disimulando que era un gusto...

—A lo de vuestro idilio, o al menos, a sus intenciones para contigo...

—Pero Mario, ¿de qué diantres estás hablando?

—No te hagas la tonta, Violeta. Cuando menos, si no tenías idea de estar con él, deberías haberme comentado que el menda te estaba tirando los tejos...

—Me voy a sentar antes de caerme en redondo, porque no tengo ni la menor idea de lo que me estás hablando...

—Lo sé todo, Violeta. Lo vi la otra tarde, mientras estábamos liados en el sofá, te llegó un mensaje al móvil... Y era de Dylan.

—¿Qué mensaje? Mario, Dylan jamás me hubiera enviado un mensaje subido de tono. Somos amigos y yo le admiro por su trabajo, pero de ahí a...

—¿Y no es subido de todo decirte “Déjame enamorarte, Violeta”?

—Vale, de ahí la famosa punzada, que en realidad veo que para ti era una cornada. Estás tonto

de remate, pero que sepas que esta vez sí que la has cagado, pero bien. Le pregunté por el título de su último libro y él me contestó. Quería descargármelo aquella tarde, cuando te fueras a trabajar, y no lo recordaba.

—¿Su último libro se llama “Déjame enamorarte”?

—Puedes comprobarlo cuando quieras. Pero te advierto que no tienes que hacerlo ahora. Creo que vas a tener mucho tiempo libre a partir de hoy. Tendría muchas cosas que decirte Mario, pero las voy a resumir en dos palabras “hemos terminado”.

Joder, otro binomio de palabras maldito que ponía a mi corazón al límite del sufrimiento.

—Violeta, no creo que sea para tanto. No puedo negar que me haya dado un ataque de celos, pero...

—Mario, las cosas no es que marcharan sobre ruedas en los últimos meses y tú lo sabes. Creo que he sido muy comprensiva y he entendido que antepusieras tu trabajo a todo, incluido a mí. Pero lo que jamás hubiera imaginado es que fueras a mirar mi móvil, a sacar tus propias conclusiones, a dudar de mí y a inventarte un perfil falso para espiarme en las redes. No me lo merezco.

—Quizás en lo del perfil falso he tenido yo más culpa que él—reconoció Epi, intercediendo en mi favor.

—No creo que le hayas puesto un puñal en el pecho. Él solito se ha metido en la boca del lobo... Mario, pasado mañana me voy de viaje, como sabes, mientras dormiré en casa de mi hermana. A la vuelta, hablaremos de cómo planteamos la cuestión del ático y todo lo demás.

Con lágrimas como puños deslizándose por sus mejillas, Violeta giró sobre sus talones y nos dio la espalda. Jamás hasta ese momento, me había sentido tan mezquino...

Capítulo 6

Triste y solo, como los de la tuna cantaban que se quedaba la universidad de Fonseca, así me quedé yo mientras la veía marchar.

—A mí me ha parecido totalmente sincera, creo que hemos hecho bien el candado estos días, debemos habernos equivocado por completo...—dijo Epi.

—Maldición, era el título de un libro. Y yo pensando que Dylan quería levantarme a la novia. Joder, ¿se puede ser más patán?

—Se puede, se puede, pero tendrás que ensayar un montón.

—Gracias por los ánimos, estoy apañado. —Me desmoroné y a punto estuve de echarme a llorar allí mismo.

—Mario, no puedes trabajar así. Tómate la tarde libre y yo abro. Vete a casa, date una ducha, intenta pensar cómo puedes ganártela y descansa un poco, que pareces un Simpson; te has vuelto amarillo desde que te ha dicho todo eso.

—No recuerdo ni el camino que recorrí, solo sé que llegué a casa y ella había sido rápida como el viento, porque ya no estaba. Faltaban su maleta de cabina y unas cuantas prendas. Lo justo para salir como las balas y no darme la posibilidad de ir a su encuentro.

En un vano intento por arreglar las cosas, me dispuse a llamarla y me di cuenta de que me había bloqueado por todos los lugares posibles. Lo que me parecía una pesadilla estaba ocurriendo y a toda pastilla; Violeta se estaba yendo de mi vida.

Me di una ducha y, mientras el agua caía sobre mi cabeza, me eché a llorar. Yo no había estado a la altura, debí preguntarle, confiar en ella, no jugar sucio... Tampoco Dylan merecía la ensarta de improperios mentales que yo le lanzaba cada día, por mucho que nunca los hubiera verbalizado.

Temblando como una hoja, abrí el móvil y me dispuse a comenzar a leer las conversaciones de los días anteriores, en busca de un hilo del que tirar, de un resquicio por el que volver a colarme en el corazón de Violeta. Igual no lo merecía, pero si había alguna posibilidad de recuperarla, yo me iba a dejar la piel en el intento.

Lo que leí me fue demostrando más por momentos que yo había sido un mentecato de tomo y lomo, además de un malpensado, un chafardero y un montón de piropos más que prefería no dedicarme.

A raíz de los últimos libros de Dylan, Hugo y Manu, que destilaban romanticismo en clave de humor, las chicas habían iniciado un debate sobre los asuntos del corazón. Aquella mañana, Violeta les había propuesto comenzar a subir aquellas canciones o fragmentos que para ellas hubieran significado algo en su vida. Como una daga punzante y certera, me dolió leer lo que parecía ser un himno a nosotros como pareja, pues, aunque yo, que la conocía, podía detectar algo de melancolía en sus palabras; ella me definía como el amor de su vida y como un pilar fundamental en ella.

Un pilar fundamental... el mismo pilar que acababa de ser devastado y reducido a cenizas. Perderla jamás había entrado en mis planes, pero mi cerebro estaba demasiado vapuleado como para dar pie con bola.

Inmerso en ese pensamiento, recibí la llamada de mi hermano Javier y, casi por inercia, descolgué. Nos invitaba en dos fines de semana a una barbacoa en su casa nueva y yo no sabía ni

qué contestar. Le dije que todo dependía de un par de cosas y que ya le confirmaría.

En dos fines de semana Violeta y yo deberíamos estar descubriendo como dos enamorados cada uno de los románticos rincones de Venecia. Claro está que, cómo estaba el patio, más que recorrer los canales de Venecia lo mío iba a ser calentarme canelones en el microondas con la soledad por toda compañía...

Una vez que obtuve toda la información que creí pudiera ayudarme, me despedí del grupo y me salí. Bastante cabreada tenía ya a Violeta como para permanecer en su círculo más sagrado. Y encima con una identidad falsa, ¡si es que era para matarme a escobazos!

El jueves y el viernes mi tormento fue en aumento. Con Violeta fuera de mi vida, temía la llegada de un lunes en el que una serie de decisiones marcaran definitivamente el final de la relación con la mujer que amaba.

Epi intentaba sacarme la sonrisa e incluso se estiró pagando el almuerzo del viernes, que en él eso ya era decir, pero obvio que yo no tenía ganas más que de meterme en la cama y olvidarme del mundo.

Así me pasé las primeras cuarenta y ocho horas de mi obligada soltería. Por lo que estaba viendo, ni el mejor antiojeras del mercado iba a poner paliar las huellas que el sufrimiento estaba dejando en mi rostro.

La cosa no daba margen para la duda; Violeta me había sacado de su vida de una patada en el culo y ahora su grupo se había convertido en su prioridad.

Su grupo, la tribu... Inepto de mí, si hubiera sido más comprensivo me habría interesado por qué libros leía o cómo mantenían sus protagonistas la chispa del amor, que de eso aquellos escritores debían saber tela. Además, según me había contado ella, tenían un tremendo sentido del humor, cada uno en su estilo.

Ya no miraba las cosas desde el mismo prisma ni los sentía como mis enemigos. Ojalá yo también me hubiera acercado más a su círculo para entender cómo hacerla más feliz, ojalá no hubiera sido tan metepatas, ojalá...

¿Y si todavía estuviera a tiempo? Dicen que “si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él”, así que pensé en escribirles por privado a los perfiles de cada uno de ellos y contarles en el aprieto en el que estaba.

En cuanto a Dylan, a él iba a tener que pedirle especiales disculpas. Solo esperaba que fuera un tío deportivo y no me enviara a freír espárragos, que es lo que me merecía.

Durante el fin de semana, les escribí y pedí al cielo que de verdad los convirtiera en dioses, para que obraran un milagro que se me antojaba bastante complicado.

Para mi sorpresa, uno a uno, me fueron contestando, y lo hicieron con un buen rollo increíble. Es más, me dijeron que les dejara pensar, porque tenían que dar con alguna idea que ablandara el corazón de Violeta, que yo había logrado volver duro como una piedra.

Por su parte, Dylan demostró tener muy buen talante y hasta me respondió divertido que vaya sentido el mío y que como todo lo interpretara igual iba listo.

Leyendo su mensaje, hasta me eché unas risas, ¡pues sí que daba vueltas la vida!

Aquella noche volví a saber de ellos, pues por lo visto ya habían dado con la clave. La idea era grabar cada uno de ellos un vídeo invitándola a que me diera una oportunidad, que luego unirían para mostrarle en común. Afortunadamente, ellos habían entendido que si yo había llegado tan lejos era porque estaba enamorado como una bestia de Violeta.

Eso sí, también me echaron la bronca y me dijeron que si volvía a descuidarla me olvidara de ella, que ellos a sus seguidoras las consideraban sus niñas y querían que estuvieran mimadas y

cuidadas.

Palabrita del Niño Jesús que yo a Violeta la iba a tener a partir de ahora como una reina si lograba su perdón, por lo que ya solo me quedaba esperar que el universo estuviera de acuerdo en indultarme y darme una segunda oportunidad para reconquistar a la mujer a la que adoraba.

El domingo me resultó tortuoso y, por la noche, los chicos me dijeron que el plan ya estaba en marcha y que solo faltaba que surtiera efecto. Yo cruzaba tanto los dedos que los tendones se me iban a montar. Lo lógico es que, a la vuelta de su congreso, que por supuesto era real, Violeta se pusiera en contacto conmigo. Pero ¿en qué sentido? ¿Para jurarnos amor eterno o para mandar definitivamente al garete a nuestra historia?

Miedo lo que se dice miedo era el que yo sentía ante su reacción y lo único que podía asegurar es que la suerte estaba echada.

Capítulo 7

En ventanilla, como a ella le gustaba. Allí iba acomodada Violeta y yo la miraba con devoción. Mentira me parecía, esa era la verdad. Se ve que, en aquella tirada final en la que se decidía mi suerte, los dados me habían resultado favorables.

Bueno, aunque siendo totalmente honesto, los dados bien podían llamarse Dylan, Hugo y Manu, porque su ayuda había sido inestimable.

Según me contó Violeta el lunes, cuando por fin apareció a primera hora por nuestro ático, ellos le habían relatado al detalle en aquel ingenioso vídeo lo mucho que yo había sufrido al pensar que la perdería. Incluso que la maniobra de meterme con perfil falso en el grupo había sido el fruto de una especie de enajenación mental transitoria que sufrí como consecuencia de los celos.

Desde entonces, habían pasado solo cuatro días, en los que la inicial tensión se había ido rebajando y poco a poco la sentí más cercana. En cuanto tuve la oportunidad le dije que Venecia nos esperaba e incluso pude demostrarle que no era para dorarle la píldora por lo ocurrido, que yo tenía los billetes desde antes.

Los billetes y lo que no eran los billetes, que aquella cajita en la que llevaba una sortija que decidiría el destino de nuestra vida en común me acompañaba.

Por fin, aquella mañana de viernes, Violeta amaneció feliz y con visos de haberme perdonado. Y es que pude ver la ilusión en su rostro cuando la invité a viajar a Venecia, que se había acrecentado días tras día desde entonces.

—Estás preciosísima hoy, ¿te lo he dicho? —le pregunté mientras miraba las nubes por la ventanilla.

—Ya has activado el modo zalamero, ¿no? —Se echó a reír, parecía que ya me había ganado su perdón.

—Yo por ti activo todo lo activable, solo quiero hacerte reír y que seas feliz, mi niña...

—Pues entonces ya sabes, tendrás que aplicarte a fondo, que me has tenido un poco abandonadita. Por cierto, he prometido mandarle una foto a “La tribu” en cuanto aterricemos.

—Una y cien, las que quieras.

En contra de lo que venía pasando, ahora hasta me agradaba que perteneciera a ese grupo capitaneado por aquellos tres a los que ya consideraba mis amigos, pues así habían actuado, y eso que no me conocían de nada.

Nuestra reconciliación se había convertido en la comidilla del grupo durante aquella semana y es que la idea del vídeo no pudo ser más acertada, pues le hizo plantearse a Violeta abrir puertas que ya creía cerradas.

Hasta la noche anterior a nuestro viaje no me había considerado merecedor de verlo, pero cuando le dio al *play* comprendí que yo no podía haber estado más equivocado y que Dylan, Hugo y Manu me habían echado el gran cable de mi vida.

Bajé las escaleras del avión con Violeta cogida de la cintura, pues el amor ya se respiraba en el ambiente y yo me había propuesto que aquella escapada fuera verdaderamente inolvidable.

Fue poner los pies en ella y darle la razón a Violeta de que estábamos en una de las ciudades más bonitas del mundo. Después de dejar nuestras cosas en el hotel, nos dirigimos a la zona del Puente de Rialto, donde disfrutamos de unos platos de exquisita pasta y de unos suculentos

helados que tomamos con el mejor rollo del mundo.

Mi idea era dejar el plato fuerte, es decir, el paseo en Góndola, para el sábado. Por esa razón aquella tarde, después de pasear por la orilla del Gran Canal, nos subimos a un *vaporetto* y disfrutamos de las inigualables vistas que nos ofreció, que incluían las maravillosas fachadas de diversos palacios renacentistas hasta que llegamos a la Plaza de San Marcos.

—Me han dicho que las vistas desde allí son impresionantes. —Señalé al *Campanile* de San Marcos, una torre de casi cien metros de altura.

—Venga, ¿qué esperamos entonces? —Violeta cogió mi mano y tiró de mí.

Una vez arriba, comprobamos que aquel había sido un gran acierto y, abrazados, contemplamos unas sublimes vistas del centro histórico que nos dejaron anonadados.

—¿Ves por qué teníamos que venir? —El sol comenzaba a decirnos adiós y dejábamos atrás un día en el que me había sentido feliz hasta no poder más, una sensación que ya ni recordaba.

Sin ningún asunto que atender y con Violeta de la mano, estuve más seguro que nunca de que iba a cambiar el chip para siempre, porque nada podía hacerme sentir más dichoso que verla reír como lo estaba haciendo desde que habíamos aterrizado en Venecia.

Antes de buscar un restaurante en el que cenar, Violeta y yo nos echamos un montón de fotos en uno de aquellos cafés históricos de la emblemática plaza, rodeados de una decoración veneciana que era todo un lujo.

—Estas son para las chicas de “La tribu”. —Seleccionó varias y para arriba que fueron.

—Venga, que te hago más. —La animé, entendiendo y respetando que a ella le hacía ilusión.

Tras una espléndida y romántica cena, nuestro primer día en Venecia tocaba a su fin. Llegamos a la habitación del hotel y noté el deseo en sus ojos, haciendo juego con el de los míos.

De nuevo volvía a tener a Violeta donde quería; es decir, entre mis brazos. Como un león que acecha a una gacela, así miraba yo a mi chica. ¿Por qué tenía que ser tan arrebatadoramente sexy?

Dediqué unos momentos a contemplar aquellos labios en los que deseaba perderme por tiempo indefinido y me tomé también un rato para comprobar lo agradable de su textura aterciopelada cuando comencé a besarlos. Sentí entonces que por fin el universo se había puesto de mi parte, el tiempo no existía. Violeta y yo éramos uno y estaba dispuesto a regalarle grandes dosis de placer en aquella comunión que era de todo menos religiosa.

—Nunca te había visto mirarme así. —Lo delicioso de su lengua rozando sus brillantes labios, ávidos de más besos, me llamaba.

—Sí te miraba, lo que pasa es que estaba demasiado distraído. —Reí mientras mi gesto negador volvía a acercarme a ella.

—¿Distraído? Yo puedo enseñarte muchas cosas sobre la distracción. —Quería llevarme al límite y tenía un máster en cómo hacerlo.

La humedad del nudo que enlazaba nuestras lenguas solo podía competir con la que encontré en la entrepierna de Violeta cuando mis dedos se entregaron a su distracción preferida; indagar en aquella seductora cavidad que debía tener algo de mágica, pues ejercía en mí un efecto hipnotizante.

Un primer gemido, sordo y depositado en mi oído, supuso el pistoletazo de salida. Una entregada Violeta se exhibió ante mí y mi lengua no dudó en competir con mis dedos a la hora de darle placer.

Violeta sabía a sugerencia, a seducción, a encanto, a hechizo... Como si de una coctelera se tratase, todos aquellos sabores se mezclaron en mi paladar recordándome por qué el suyo era el único sabor que yo quería degustar, beberme a sorbos y retener en mis papilas gustativas.

Lo ardiente de su esencia no tardó en ser vertido y lo hizo al mismo tiempo que el contoneo de sus caderas me invitaba a poseerla de una manera salvaje, a hacerla pasar al siguiente nivel; un nivel en el que Violeta se revestía de deidad y yo... Yo tomaba conciencia de que había nacido para hacerla llegar al sumun.

Contraída primero por la extrema intensidad de un orgasmo que recibió entre gritos y laxa después mostrando un esplendor y una voluptuosidad fuera de serie, la mirada de Violeta llevaba la palabra lujuria impresa en sus retinas. Lo hacía en forma de llamas, unas llamas cuyo calor me hacía arder más de lo que nunca hubiera ardido y que denotaban la urgente necesidad de ser apagadas.

La tomé por las caderas y me costó gestionar la entrada de aire en mis pulmones cuando comprobé que las llamas de sus ojos se habían extendido por el resto del cuerpo. Tanto estudiar los científicos para dar yo con la clave; Violeta era la causante del calentamiento global y tal descubrimiento exigía medidas rápidas y contundentes.

La fuerza con la que rodeó mi cintura con sus interminables piernas me indicó que no eran precisamente caricias y plumas las que mi chica demandaba ese día. Violeta se mostraba guerrera y así me lo hacía saber. Era hora de dar rienda suelta a esos instintos contenidos que clamaban por salir de nuestros cuerpos en forma de mutuo frenesí.

La forma en la que aquella sonrisa vertical que se divisaba debajo de su cintura acogía a mi miembro, envolviéndolo antes de la deseada penetración, no hacía sino acrecentar mis ganas de ella y el tamaño y dureza del mismo. Una entregada Violeta hacía que resbalara entre su entrepierna y ello hacía aún más deseada la certera estocada que estaba por llegar.

—Hazme tuya, no te hagas de rogar más...—Su mordisqueo de labio inferior constituyó toda una declaración formal de guerra.

Colocar mi miembro en la entrada de aquella cavidad perturbadoramente excitante fue el punto de partida para asestarle una primera estocada, prolegómeno de un festival de gemidos por parte de Violeta que rivalizaba con el más seductor de los cantos de sirenas que la mitología nos hubiera regalado.

Agitada, ardiente, azorada... Violeta acompasaba su cadera con la mía para hacer de cada embestida un instante para atesorar en el cofre de los momentos sexuales memorables de nuestras vidas.

Pese a conocer al milímetro cada uno de los pliegues de su piel, aquel día parecí descubrir a una nueva Violeta; una que parecía ser un regalo de los dioses digno únicamente de quien supiera tratarla como lo que ella era, un espectáculo de mujer y todo un lujo para los sentidos.

Sentir que de nuevo la intensidad de un inminente orgasmo asomaba por su turbado rostro, me invitó a afanarme en el que se había convertido en mi principal objetivo; hacer que ella conociera las más altas cotas del disfrute en mis manos.

En el momento en el que tomaba mis brazos como punto de apoyo, me empleé a fondo y un gemido destacó sobre todos los demás. Y no venía solo, sus dientes apresaron mi cuello mientras sus uñas dejaban una huella sutil en mi espalda, como prueba de que lo que estábamos viviendo trascendía lo sexual para situarnos en un plano muy superior.

Su laxitud me resultó jodidamente sexy, tanto que mi miembro me dio un primer aviso; no podría aguantar mucho tiempo más de seguir a aquel ritmo sin que una explosión anunciara el final de un asalto sexual que estaba resultando de película.

Sediento como estaba de Violeta, eché un poco el freno y mis dedos fueron a acariciar ese pétalo de su feminidad que sobresalía sobre su rosada vulva. Rozarlo equivalió a volver a activar

la maquinaria de un goce para el que ella parecía haber nacido.

Una nueva sinfonía resonó en mis oídos cuando de Violeta volvió a emanar su embriagador elixir. Vaciarne en ella fue el siguiente paso y contemplar embobado la sonrisa que me dedicó a continuación... Eso ya fue otra historia, pues la capturé en mi mente para revivirla tantas veces como fuera posible.

El sábado amaneció soleado y, después de darnos otro atracón mañanero, de arrumacos y de lo que no eran arrumacos, nos dispusimos a salir a desayunar.

Otra vez en las inmediaciones del Puente de Rialto, tomamos un copioso desayuno antes de recorrernos el Mercado de Rialto, donde Violeta disfrutó como una enana. Y es que allí igual compró fruta, que se probó toda clase de máscaras venecianas hasta que dio con la que deseaba llevarse.

El día pintaba realmente bien. Cómplices como hacía mucho que no recordábamos, y después de haber pasado una apasionada noche juntos, yo estaba más dispuesto que nunca a unir mi vida a la suya.

Al atardecer, y después de haber visitado lugares como la Librería *Acqua Alta*, que hizo las delicias de Violeta como *copy* que era, o el Palacio Ducal, llegó el gran momento.

—¿Me concederás el honor de viajar conmigo en góndola? —le pregunté mientras nos aproximábamos a una de ellas.

—No veía la hora, corre...

En zapatillas deportivas como iba, no podía resultarme más sexy corriendo con aquellos shorts tejanos y su top de tirantes.

Yo siempre había pensado que, si alguna vez le pedía a Violeta que se casara conmigo, lo haría en algún ambiente distinguido, imaginándola con un traje largo y toda la parafernalia. Y ahora no se me ocurría otra forma mejor que pedirselo de esa guisa, los dos con ropa de sport, pero en el medio de transporte más romántico del mundo.

Sentados en aquella góndola, un verdadero icono de la ciudad, nos dispusimos a disfrutar de un paseo soñado con gondolero de camiseta de rayas incluido.

Lejos del Gran Canal y a salvo de *vaporettos* y lanchas, optamos por la más romántica de todas las opciones, esto es, por dar nuestro especial paseo en góndola por los pequeños canales circundantes, dominados por la tranquilidad y el relax.

Dado que la ocasión lo requería, sorprendí a Violeta añadiendo a nuestro paseo una serenata musical, de modo que pronto comprobó que se nos unía otra góndola con músicos provistos de guitarras, acordeones y un barítono que, a mi señal, comenzaron a hacer sonar el consabido "*O Sole Mio*", como ella siempre había soñado.

—Pero bueno, ¡qué lujo! —exclamó con sendas lagrimillas pugnando por salir de sus ojos—. ¿Y esto?

—Esto es solo una milésima parte de lo que tú mereces. A partir de ahora vas a saber lo que es la buena vida, déjalo de mi cuenta.

—Pero bueno, si lo sé provooco antes tus celos... ¡Esto es de cuento de hadas!

La cara de entusiasmo de Violeta mirando a su alrededor era todo un poema, un poema irresistible que yo iba a adornar todavía un poco más.

—No, no, vamos a dejarlo en tablas—Reí—. Tengo una idea mucho mejor, ¿y si me haces el hombre más feliz del mundo casándote conmigo? Eché mano a mis bermudas y saqué aquella cajita que provocó que abriera sus ojos al máximo.

—¿Eso es lo que yo creo que es? —Los músicos le pusieron todavía más emoción a la

melodía...

—Si crees que es un anillo de compromiso, ¡bingo! —Reí contagiado por aquella risa hiposa mezclada con lágrimas con la que ella me estaba obsequiando.

—¡¡Sí, claro que me caso contigo!! —Nos fundimos en un beso de cine.

Violeta cogió la cajita y se quedó como hipnotizada mirando en su interior.

—Es para tu dedo—bromeé, tirando del anillo para mí con intención de colocárselo.

—Ya imagino. —De nuevo la risa, el hipo, el llanto...

En ese preciso instante, una pequeña ola movió la góndola y el anillo salió volando. Con reflejos de puma, lo cogí en el aire. Con lo mucho que me había costado llegar hasta donde lo había hecho, no estaba dispuesto a que ningún contratiempo se llevara la sortija que tanto representaba para mí, y ahora también para ella...

Aquel idílico canal veneciano fue el testigo de un amor que iba a ser sellado en breve, pues allí mismo Violeta y yo decidimos que nos casaríamos dos meses después...

Epílogo

¿Quién dice que no se puede organizar una boda de cuento en dos meses? Allí estábamos nosotros para demostrar que sí. Claro está que el catering corría por cuenta de la empresa del padre de Dory y que otro de los buques insignias de toda boda; el traje de la novia, salió de las manos de Patricia, mi suegra, que era modista.

Total, que jugábamos con ventaja y en esta ocasión no estábamos dispuestos a que ningún imprevisto nos aguará la fiesta.

Cuando sonó la marcha nupcial y comprendí que Violeta iba a entrar en aquella bonita sala del ayuntamiento, las piernas me temblaron.

La mirada de mi madre, que actuaba como mi madrina, y de Epi, que desde uno de los primeros asientos me indicaba que me calmara, me hizo entender que los nervios se me notaban a la legua.

Violeta avanzó envuelta en aquella maravilla de vestido de corte sirena, con escote corazón y larga cola para rematar. Si ya de por sí su cuerpo era una auténtica locura, enfrascado en aquel elegante vestido era el no va más.

Poco dado a los formalismos, me acababa de enterar en la misma puerta que el oficiante, que era un amigo común que acababa de ser elegido concejal, nos instaría a formular nuestros votos matrimoniales en alto. Ni que decir tiene que el corazón me había dado un vuelco, entendiendo que iba a tener que improvisar. No obstante, al ver avanzar hacia mí a la que iba a convertirse en mi esposa, me dio otro, por lo que no sabía si iba a salir vivo de aquella.

—Se te ve temblar desde la puerta. —Violeta me dio un beso en la mejilla y soltó esas palabras, entre risas, cuando llegó a mi altura.

—Dame la mano, anda, ¿Pero tú te has visto? Te van a detener por escándalo público, vas a parar el tráfico a tu paso.

—¿Noche de boda entre rejas? Se me ocurren un par de ideas, siempre que me encierren con mi maridito.

Sí, “maridito”, en eso me iba a convertir en ese mismo acto. Ya no había marcha atrás ni yo lo pretendía. Si para algo me había servido todo lo que pasó fue para tomar conciencia de hacia dónde quería dirigir el velero de mi vida. Y la respuesta no era otra que hacia las calmadas aguas de Violeta. Bueno, calmadas ahora... Que en su momento se encargó de ponerme los puntos sobre las íes.

Cogidos de la mano, escuchamos la lectura de los artículos del Código Civil y todo aquello que acompaña a una ceremonia de ese tipo. Tras ello fue cuando Gustavo, que así se llamaba nuestro amigo, me animó a formular unos votos que yo no sabía cómo abordar.

—Violeta, no te voy a mentir. Sabes que soy un poco despistado y me he enterado al entrar de que debía traer algo preparado—las risas de todos nuestros invitados no se hicieron esperar—, dado que no lo tengo, voy a hacer lo que pueda. —Reí al verla reír a ella. —Amor mío, tú has sido eres y serás, la mujer de mi vida. Es cierto que el destino me ha tenido que dar un tironcito de orejas para recordármelo, pero no te quepa la menor duda de que he tomado buena nota. Qué te voy a decir, yo soy así, pero hay cosas que no se me van a olvidar nunca, porque las voy a tener muy presentes. Cosas y personas... que es de bien nacido ser agradecido. De hecho, te tenía preparada una sorpresa para la salida, pero te la voy a adelantar ya y así quedo mejor. —De nuevo, risas generales. —Chicos, chicas, ya podéis salir...

Llegados de todos los puntos de España e incluso de otros países latinos, y esperando en la puerta de la sala para darle la sorpresa, había un puñado de invitados de excepción. Por mi cuenta y riesgo, y sabiendo que Violeta se volvería loca cuando los viera, había invitado a las chicas de “La tribu” y a aquellos tres colegas a los que ahora les debía tanto; Dylan, Hugo y Manu.

Uno a uno, fueron entrando en la sala y Violeta estuvo a un tris de irse hacia ellos sin darme el “sí, quiero” y sin nada.

—¡Alto ahí, loquilla, que no hemos terminado! —A lo justo la detuvo Gustavo, que la conocía bien y que temía que se marcara un “Novia a la fuga” para ir en busca de sus amig@s.

—La que has liado, pollito, la que has liado, ¿cómo no voy a querer casarme contigo? —soltó una emocionadísima Violeta.

—Pero bueno, ¿yo pinto aquí menos que el pito del sereno? —se quejó Gustavo, perplejo porque habíamos tomado las riendas de la ceremonia.

—Vale, vale, ya me callo—añadió Violeta.

—Tus votos, ahora tocan tus votos—la invitó a pronunciarlos.

—¿Qué votos, si ahora no hay elecciones ni nada? Dale ya, que “sí, quiero” y tengo que ir a abrazar a mi gente.

Todos nuestros invitados, sin excepción, se tiraron al suelo de risa con su espontáneo comentario. Y es que así era la que se estaba convirtiendo en mi esposa; única, genuina e irreplicable.

—Venga, pues os voy a preguntar directamente porque os habéis empeñado en sabotearme...

Alto, claro y divertido. Así fue el “sí, quiero” de ambos, tras el que nos dimos un beso alucinante delante de todos los nuestros...

Tras recibir las felicitaciones de los familiares y más allegados, Violeta salió enflechada hacia todas sus chicas, y aquella tribu de loquillas, rodeándola, comenzó a saltar y a brincar como si no hubiera un mañana. Unirlas a todas había supuesto una odisea, pero al final lo habíamos conseguido.

—¿Y dice ella que la que he liado yo? La que habéis liado vosotros... —Me acerqué y les di un abrazo a los tres fenómenos que me habían ayudado a hacer mi sueño realidad. —Y ahí tenéis a la novia, ya viene para acá.

—Pero ¿vosotros tres qué hacéis aquí? Foto, foto, que este momento es la bomba—exclamó Violeta presa de la más intensa de las felicidades cuando por fin se vio rodeada de Dylan, Hugo y Manu.

Ese fue el comienzo de un día cuyas interminables anécdotas atesoramos los dos en la memoria; un día que disfrutamos de la compañía al completo de una tribu que ya forma parte de nuestras vidas.

Entre el amor y la tribu

Dylan Martins

Capítulo 1

Café en mano para poder afrontar un nuevo día en soledad...

Miré el móvil para comprobar si había alguna novedad en la tribu, así era como nos llamaban los tres escritores que seguíamos en *Facebook* y que escribían de lo más romántico y divertidos.

Hugo, Manu y Dylan...

Bueno, si los metías en un coctel eran tres tipos muy diferentes, pero que hacían un tándem perfecto.

Hugo era el que tenía la perseverancia de contestar a cada comentario de todos los posts que surgían de cada uno de ellos y más si se le nombraba.

Manu, bueno, ese era un tipo de lo más gracioso, le lanzaba mensajes de amor a Dylan en plan de broma y este, este ya estaba que lo cogía por el pescuezo y lo mataba.

Hablando de Dylan... ¡Tremendo! Tenía ese ímpetu de hacer los retos, exponerse, subir videos contestando a todas las chicas de la tribu, él y sus retos, pero tenía un fallo... Se perdía con los comentarios del post y no había GPS que lo ubicara, terminaba hablando solo a su bola.

Me lo pasaba pipa con todas, se había creado un vínculo muy grande entre los que conformábamos la tribu y habíamos tenido la suerte de dar con estos escritores que nos alegraban nuestro día a día...

Hacía dos semanas que se había decretado el estado de alarma en el país por un virus que había azotado a todo el planeta, nadie podía salir a la calle más que para lo imprescindible, de lo contrario, multa, había un control muy fuerte debido a la ola de contagios y muertes que estaban habiendo.

Y para colmo nada de colegio, por lo que mi hija Lola de cinco años estaba confinada en casa conmigo, sin salir, menos mal que después de todo se portaba medio decente, que si no... ¡Me tiraba desde el balcón!

Dos semanas era lo que llevaba encerrada en casa, para colmo habían prolongado el estado de alarma durante dos más y por lo que se venía venir, esto iba a ir para largo ¡Maldito virus! Había conseguido parar a todo el mundo...

¿Lo mejor de todo? Que gracias a la tribu había días que me reía a carcajadas y parecía que ahí fuera no pasaba absolutamente nada, por lo que, conseguía apartar muchos días esa maldita soledad que azotaba mi vida y es que mi vida...

Era soledad, aunque tuviera a mi Lola, no tenía nadie para que me echara un cable con nada, o sea, con la pequeña o quitarme un poco de peso de encima ya que tenía que hacer de madre y padre a la vez.

Resumiendo, mi vida había sido un maldito desastre, llena de problemas que nadie está preparado para asumir, pero que, poco a poco, los fui digiriendo como si me estuviese comiendo un plato de clavos.

Mis padres se separaron cuando yo tenía veinte años, él se había ido con una mujer que era una arpía y se separó también de mí, aun siendo la niña de sus ojos y no solo eso, era su única hija y ni que hablar de Lola, su pequeña nieta por la que sentía devoción. Increíble pero cierto...

Mi madre, después de dos semanas llorando empezó, poco a poco, a salir con las amigas y después de un tiempo conoció a un afamado médico con el que no tardó en irse a vivir, dejándome nuestra casa para mí, una herencia de sus padres que no tuvo que repartir con mi padre al

separarse, así que ahí me quedé yo, por esa parte genial, independiente y sin pagar un duro.

Luego estaba Carlos, un capullo que había sido mi novio durante siete años, además de ser el padre de mi hija. Comencé con él cuando tenía veinte años y me dejó para vivir su vida un año atrás, con lo cual deduciréis que ya tengo veintiséis preciosos años y una vida de lo más vertiginosa.

Vivir su vida, vamos, que se fue a un viaje de trabajo a Brasil y se quedó allí con otra, olvidándose no solo de mí, sino quien yo pensaba que era su mayor tesoro, nuestra hija. En definitiva, un hijo de la gran...

Me refugié en casa de mi madre que es donde estoy ahora, me costó la misma vida salir de una tristeza absoluta, pero por mi hija y por mí, tiré poco a poco hacia adelante.

Así que, me vi con mi familia destruida, con el amor de mi vida marchándose para vivir con otra y sola con mi pequeña en casa, en una cuarentena que nos tenía acongojados al mundo entero.

Pero ahora tenía a la tribu, esas chicas que me sacaban infinitas sonrisas y que junto a mis tres escritores favoritos hacían mis días más llevaderos y llenos de buenos momentos ¿Podía pedir más en pleno confinamiento?

Ese día Dylan dijo que venía con reto y nos citaba en el grupo a las diez de la noche ¿Qué sería? ¡Ya estaba de los nervios! Me gustaba ese juego que se traían y del que nos hacían partícipes, eso sí, nosotras ya desvariábamos y terminábamos hablando de todo, menos de los que debíamos.

Una ojeada al general y comencé a bichear los posts de las chicas de la tribu, “los jefes”, que así era como llamábamos a esos tres escritores y de las tontas de turnos que, en vez de pasarlo bien como el resto del grupo, se limitaban a poner indirectas que seguramente le llegaba a cualquiera menos al que debía llegarle.

Hugo había puesto un mensaje de reflexión, pero con ese tono bromista que le caracterizaba, las chicas ya estaban metiéndole caña, como debía de ser y en un rato entraría yo en escena, debía encontrar que poner exactamente, pero tenía que dar en el clavo.

En el trabajo no me afectó nada pues yo trabajaba por internet desde casa, así que seguiría tan normal con mi agencia online de intermediaria de seguros que, por cierto, me iba bien, pero que muy bien.

Bicheé las nuevas pólizas mientras me deleitaba con un café en mi taza favorita, una con corazones rosas, me lo había regalado mi amiga Raquel, alguien que para mí era como una hermana.

—Lola, no toques el enchufe que te vas a electrocutar — la reñí desde lejos.

—Mami, estoy mirando por si dentro de los boquetes veo al coronavirus.

—Lola, ahí no se mete el bichito, se mete en el cuerpo de las personas que se van a la calle a hacer locuras.

—Pues tú, no vas a ir más a la calle.

—Tengo que salir a comprar, pero ya sabes que la vecina te cuida muy bien — Clara era la vecina de la casa de al lado, era profesora y si yo tenía que salir se quedaba a la niña, menos mal que algo de apoyo tenía con ella.

—No quiero que traigas al coronavirus — puso cara de puchero.

—Pues entonces, ¿qué hacías buscándolo por el interruptor?

—Porque si lo veía le tiraba agua y lo mataba.

—¿¿¿Agua al interruptor??? — Me fui hacia ella contando hasta diez — Escúchame hija, si eso recibe agua, morimos achicharradas, nos electrocutamos. Jamás toques ahí y mucho menos, le

eches nada ¿Me entiendes?

—No — se agarró las manos. Santa paciencia la mía —. Yo quiero capturar al bicho — maldita inocencia.

—No, Lola, hazme el favor, vete ahí a jugar a las cocinitas y me preparas otro café de esos que haces en la taza de Frozen.

—¡Ahora mismo, mamá! — se fue a preparar ese café de mentira que tan orgullosa la hacía sentir.

Volví de nuevo al *Facebook*, me encantaba como se liaba la cosa y el desparpajo de algunas de las chicas, había una que cuando hablaba se montaba el mayor tinglado de todos ¡Me encantaba!

Ese día tenía que salir a la farmacia, ya que tomaba una pastilla diaria pues era hipertensa, pero no tenía ni ganas de ponérmelo todo: guantes, mascarilla, llevar la bolsa para luego meterlo todo, un rollo, pero ya puestos aprovecharía para hacer unas compras y así no tener que salir en dos semanas más.

Mi vecina Clara, entró a quedarse con la pequeña mientras yo me encargaba de ir a por las cosas que necesitaba.

Me vestí después de tomar ese café, me lo puse todo para protegerme y salí a hacer la compra, dejé para último lugar la farmacia, ya que, prácticamente la tenía frente a la puerta de mi casa.

Madre mía, la cola para entrar al súper daba la vuelta a la calle, al estar unos de otros separados por dos metros de distancia, aquello parecía una peregrinación y yo, bueno me puse ahí con mi móvil a leer los comentarios de la tribu.

Una hora después por fin estaba dentro, aquello daba terror, todos con mascarillas, parecía como si el mundo estuviese enfrentado, era una sensación de lo más fea.

Hice la compra lo más rápido que pude y salí de allí como alma que lleva el diablo, tenía unas ganas increíbles de terminar y salir de aquel lugar.

Entré a la farmacia cargada a más no poder ¡Menos mal que no había nadie!

Bueno sí, un nuevo chico detrás de la ventanilla, alguien que no conocía, un rubiales con ojos azules y digno de ponerlo de poster en el cabecero de la cama, solo le faltaba quitarle la mascarilla y descubrir si tenía una dentadura *Profident*.

Lo miré sonriente tras mi mascarilla, no sé si se me notaba por mis ojos y la expresión de los movimientos faciales, pero yo estaba babeando.

—¿Eres nuevo? —pregunté con descaro.

—No —se notó que sonreía —. Soy el hijo del matrimonio que ves habitualmente, o sea, los propietarios, ya se han jubilado y me quedé la farmacia.

—Pues bienvenido al barrio —reí.

—Gracias, eres muy amable. Mi nombre es Ernesto — ¡Joder!, eso sonaba a refrán “Ernesto que te la meto”

—El mío es Jenny.

¡Madre mía, madre mía!, que bien le sentaba la bata, ya me lo imaginaba como protagonista de alguna de las novelas de “los jefes” de la tribu. Por imaginar...

Me dio mis pastillas y nos despedimos de manera sonriente, parecía que yo le había hecho gracia y él, no tenía ni idea de que a mí me había hecho más que eso. Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así la atención, bueno, a decir verdad, desde que me dejó Carlos, el último hombre de mi vida.

Entré a casa cargada con el carro de la compra y cuatro bolsas más. Exagerada no era, ¡qué va!, pero quería salir lo menos posible, aunque a partir de ahora viendo a aquel boticario, como

que iba a tener que visitar más a menudo la farmacia para alegrar mis días.

Me tomé otro café con Clara, que seguía jugando con Lola a las casitas, se adoraban, además mi vecina tenía santa paciencia.

—Me he enamorado— dije mientras me ponía en la puerta de la cocina que daba a un pequeño patio donde me sentaba los días buenos, aparte de tender la ropa.

—Joder, sales en pleno confinamiento, con todos con mascarillas, sin hablarse y ¿¿¿Te enamoras???

—Calla, es el de la farmacia, el hijo de los antiguos propietarios.

—Lo he visto — rio —. No sabía que era el hijo, pensé que era un sustituto para la pandemia, ya que los propietarios son mayores y supuse que se quería cuidar.

—Para nada, se jubilaron y se la han dejado al bombón del hijo.

—Pues mira, ya no iremos a la farmacia solo a comprar medicamentos, también iremos para alegrarnos la vista.

—¡Ni lo mires! — le advertí riendo.

Se tomó el café y se marchó, menos mal que al menos la tenía a ella para poder salir esos días en los que todo era un caos en nuestras vidas, todo era diferente. Aquel virus nos había cogido de improviso, sin avisar y arrastrando con todos los que podía.

Preparé un caldo con el pescado que había comprado en la pescadería del súper, además, se apetecía algo calentito pues ese día hacía fresco y a la peque le encantaba.

Eso sí, con mi pijama, que se había convertido en mi prenda por excelencia durante el tiempo que llevábamos de confinamiento.

Cociné mientras escuchaba algunos temas que habían puesto en un post de Dylan, me encantaba el ingenio que se gastaban.

Lola los bailaba, también hacía todos los días las fichas que le habían mandado en la escuela y que yo le imprimí. No había ni que decírselo era muy responsable con los deberes y eso me causaba una tremenda felicidad, no como yo, que me las ingenié siempre para evitarlos y le di a mi madre más de un quebradero de cabeza a causa de los estudios.

Me vino a la mente la cara de Ernesto y busqué en Internet a los propietarios de la farmacia. Averigüé sus apellidos y, por ende, ya tenía los de Ernesto. Me dispuse a buscarlo en *Facebook* y, ¡bingo! Ahí estaba ¿Le pedía amistad? ¿Se lo tomaría a mal? ¡Qué leches!, no tenía nada que perder.

Seguí cocinando con la suerte de que me llegó una notificación y era de Ernesto. Me había aceptado y tuve barra libre para registrarle todo el perfil y hacerme una idea de cómo era...

¡Joder! Surfero, tenía una autocaravana, era un viajero y... ¡Estaba soltero!

No porque lo dijera en su estado, pero es que no había rastro de nadie y solía subir muchas fotos, eso, o que la tenía más que escondida.

Suspiré como una quinceañera que acaba de descubrir a su primer amor, pero es que había sido un flechazo, ese Ernesto era tremendo hombre, tenía un no sé qué y más después de descubrir por las redes que tras esa mascarilla, brillaba una preciosa sonrisa.

La sopa me había quedado de estrella Michelin, sin duda había sido todo un acierto hacerla, estaba inspirada ese día y ahora recogía el fruto de haberla cocinado a fuego lento y con amor.

—Mamá, está muy rica.

—Me alegro de que te guste, cariño.

—Papá se la pierde... — Siempre recordaba al padre, pero era muy lista.

—Pues sí, más para nosotras — le hice un guiño.

- Yo quiero comer la lasaña que tú me haces.
- Pues en estos días te la preparo cariño, tengo de todo para hacerla.
- Bueno y, además, me tienes que hacer las hamburguesas que imitan a las del *McDonald's*.
- Claro — reí.

La tenía acostumbrada a llevarla una vez cada dos semanas, más o menos y claro, la pobre lo echaba de menos.

La tarde la pasé leyendo el último libro de Dylan “Déjame enamorarte”, así me sentía, enamorada de ese militar que luchaba por ese amor que se había topado en su camino, eso sí, a la madre era para matarla, era una amargada que quería destruir esa relación y no aceptaba a la chiquilla, me recordaba a mi ex suegra, otra que nunca aceptó mi relación con su hijo y que encima se olvidó que tenía una nieta en cuanto Carlos nos dejó.

A las ocho salí al balcón que daba a la calle por unas rejas grandes ya que estaba a pie. A Lola le gustaba aplaudir conmigo por todos los que estaban en primera línea luchando contra el caos que había producido ese maldito bicho que circulaba a sus anchas por el mundo y que nos tenía así a toda la sociedad, asustados y con miedo a lo que pudiera ocasionar.

A las diez ya estaba con mi sándwich, un refresco y preparada para ver el último reto que pondrían los chicos, Lola ya estaba durmiendo, había cenado una hora antes, después de ducharse y ya no podía con su cuerpo, tenía la hora cogida, así que era mi tiempo de relax.

Me reí, esas ocurrencias no podían ser de otros, habían puesto una imagen de los pies de cada uno de ellos en calcetines y nos pedían que subiéramos las nuestras, si pasaban de las cincuenta tendría que hacer cada uno un relato sobre una historia donde estuviésemos incluidas las seguidoras de la tribu y... ¡Lo conseguimos, vaya si lo hicimos!

Yo me puse unos calcetines de corazones rosas, como mi taza, eran mi debilidad, muchos corazones rosas. Me dieron *likes* los tres y yo estaba de lo más emocionada, hasta Hugo me dijo que quería unos iguales para él, obvio que, bromeando, pero me hizo gracia ese comentario.

Me lo pasé en grande con los comentarios, Hugo contestando a todas, Manu a su bola y Dylan, perdido entre tantos comentarios.

No paraba de reírme y las chicas estaban sembradas, pues de los calcetines pasaron al *Satisfyer* y de ahí a todo lo que se les ocurrían. Yo, interactuaba, aunque me daba mucha vergüenza soltarme la melena del todo, pero de que me lo pasaba pipa, no me quedaba la menor duda.

Antes de dormir con ese maravilloso día, comenzaron a llegarme notificaciones y era Ernesto, que le había dado a todos mis *likes*, tomándose su tiempo para ver cada uno de ellos ¡Flipante!

Me acosté de lo más feliz y emocionada. Entre la tribu y el boticario, estaba en una nube y, sobre todo, sentía que todo brillaba más durante ese confinamiento al que nos habíamos visto abocados la mayoría de la sociedad.

Capítulo 2

Qué bien había dormido, me levanté flechada a prepararme un café que me tomé en el balcón de mi casa mientras me fumaba un cigarro, estaba loca por dejar ese vicio, pero con el tema del confinamiento me resultaba imposible.

No me lo podía creer, Ernesto estaba abriendo la farmacia, sonreí y no se me ocurrió otra cosa que...

—¡¡¡Ernesto!!! — grité levantado la mano, mientras sujetaba con la otra la taza y el cigarrillo.

Miró hacia mi casa y al verme se le escapó una sonrisa que pudo ver hasta a través de esa puñetera mascarilla que escondía su preciosa boca.

Levantó su mano y me tiró un besito con ella, me quedé de lo más emocionada, me había muerto, me había matado de amor.

Lo que más gracia me hizo es que se llevó la mano a la boca como si fuera un cigarrillo y luego me hizo un gesto como diciendo, que me iba a matar y que no fumara... Yo me eché a reír y puse cara de pedir perdón.

Me tenía en baba y abducida ese boticario de mi corazón, entré en mi casa flotando en una nube, eso sí, yo conocía los horarios de la farmacia así que iba a tener todos los días la salida y entrada del bendito Nazareno ¡Mi Ernesto!

Lola se levantó y le preparé su vaso de leche con cacao y unas tostadas, se levantaba muerta de hambre, me hacía mucha gracia la cara que ponía mordisqueando la tostada y hasta mojándola en la taza.

—Mamá, el de la farmacia, ¿va a ser tu novio? — Vamos, que no perdió detalle cuando me escuchó hablar con Clara.

—No — reí —, pero no me importaría, es tan guapo... — Puse cara de emoción causándole una carcajada.

—Antes te escuché llamarlo por el balcón — río.

—Sí, lo saludé — a la niña no se le escapaba una.

Me puse a trabajar un poco y a bichear en la tribu. Ese día, una de las chicas había puesto un post de un maromo que decía que estaba muy bueno y, ¡válgame Dios!, sí que lo estaba, para comérselo entero y chuparse los dedos. Esto del confinamiento me estaba poniendo por las nubes, mi imaginación volaba más que nunca y la gente decía que tenían pesadillas, pues yo no, yo soñaba que me tiraba a todos los protagonistas de las novelas de “los jefes” de la tribu ¡Así andaba! Para el traste...

Videos y videos de la gente en los balcones a las ocho de la tarde con la canción “Resistiré” y los aplausos, a mí se me saltaban las lagrimillas. Aparte de salida, estaba de lo más sentimental ¡Madre mía cómo tenía las hormonas!

Le abrí un privado a Dylan, para decirle que me estaba gustando mucho su novela, nunca lo había hecho pues no me atrevía, pero me pareció que era hora de pronunciarme y no solo en los posts.

Yo: Hola, Dylan. Me está encantando tu última novela.

Dylan: ¡Gracias! No sabes lo que me ilusiona que así sea.

Joder pues ni se lo había pensado, era tan majo...

Yo: Aunque la madre de Hugo, la Rosario es una bicha mala...

Dylan: Es odiosa ¡Jajaja!

Yo: Totalmente, me recuerda a mi ex suegra ¡Jajaja!

Dylan: Bueno... ¡No es para menos! Pobre chica, lo que le tocó aguantar por amor...

Yo: Santa paciencia, poco hizo para lo que debía, aunque era muy graciosa reprochándole a él, la actitud de su madre.

Dylan: Eso quise, que no se callara ni una y que transmitiera su reproche.

Yo: La lapidó directamente... ¡Jajaja! Gracias por atenderme, es un placer leerte.

Dylan: El placer es mío y gracias por formar parte de mi tribu. Besitos.

Yo: Besos para ti también.

Joder que majo el chaval, encima atendía a sus lectoras ¿Qué más le podíamos pedir? Yo estaba encantada con la cercanía de “los jefes”.

Me pasé la mañana trabajando y a la vez bicheando el grupo, si me demoraba un poco, al final me perdía las conversaciones que se generaban. Aquello era un no parar.

Antes de ponerme a preparar la comida me asomé al balcón a echar otro cigarrillo y ver a mi Ernesto salir de la farmacia, ese no sabía con quién había dado...

—¡¡Ernesto!!! — volví a gritar al verlo.

Levantó su mano y se echó a reír negando mientras echaba la reja, se fue diciendo adiós con la mano y mirando hacia nosotras, esta vez Lola estaba a mi lado muerta de risa y saludando emocionada.

¡Ay que me lo comía! Me lo volvía a comer y repetía como las natillas, de dos en dos.

Me puse a preparar unas patatas fritas, con huevos y jamón, como se decía en mi tierra ¡Huevos rotos!

Sí lo sé, es mucha pringue, pero... ¿Y lo bueno que estaba? Además, que yo tenía una gran suerte en ese tema, no engordaba ni, aunque me comiera hasta la puerta del frigorífico.

Comí mirando en el móvil cada uno de los comentarios de la tribu ¡Eran geniales! Cada vez la liaban más, vaya aguante el de los escritores, pero seguro que se morían de la risa con las cosas de las chicas.

La pequeña me preguntaba si los escritores habían puesto algo ¡Como si ella entendiera...! O peor aún, como si se lo fuera a decir, cuando me veía reír me inventaba cualquier cosa, no le iba a contar los comentarios que ahí surgían, por favor...

Esa tarde la estaba liando Manu, le dio de nuevo por Dylan, poniéndole hasta mensajes de amor en broma, al final lo iba a sacar de quicio y lo iba a mandar lejos ¡Qué aguante tenía!

Cuando supe que llegaba la hora de que Ernesto saliera de la farmacia, me planté en el balcón y sin el cigarrillo para que no me riñera, esta vez no hizo falta chillarle, miró hacia mi terraza y sonrió al verme.

Levante mi mano emocionada y esboqué la mejor de mis sonrisas mientras movía la muñeca a la velocidad de la luz ¿Parecería gilipollas? No lo sé, pero iba a conseguir que no se olvidara de mí, ni un solo día ¡Lo que hacía el confinamiento!

Se quitó la mascarilla y me habló, me dijo que me cuidara y que saliera solo para lo necesario.

—Tranquilo, yo no me muevo más que para ir a comprar tiritas a la farmacia — grité con descaro.

—Hazlo por esa preciosa hija — me hizo un guiño.

—Claro, claro — respondí como tonta, es que se me caía todo con ese hombre.

Puso su pulgar hacia arriba como diciendo que “de acuerdo” y se fue negando muerto de risa, se lo notaba a pesar de llevar esa mascarilla sobre la cara.

Esa noche mientras hacía una tortilla francesa para cada una, me entró un mensaje privado de *Facebook* y... No, no podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

Ernesto: Lástima que te haya conocido en estas condiciones, de lo contrario te invitaría a cenar y, por supuesto, a la pequeña preciosidad que tienes en tu vida.

Joder, con Ernestito, pues sí que apuntaba alto, me había dejado sin aliento y que me dijera eso de Lola, para mí era ganarme a pasos agigantados.

Yo: Siempre puedo preparar la cena, solo tienes que subir cuando salgas de trabajar.

¡Toma ya! Para directa yo, un premio para mí.

Ernesto: No te pienso poner en riesgo y menos a tu hija, estamos en alarma y el asunto es muy serio, pero no descarto que cuando se pueda, si quieres...

Yo: ¡Acepto!

Puse sin pensarlo, luego me eché a reír por mi impulsividad.

Ernesto: Así me gusta, cada vez lo tengo más claro.

¡Uy!, lo que me había dicho, a medias tintas ¡No!

Yo: ¿Puedes ser más explícito señor boticario?

Ernesto: Lo de boticario suena muy antiguo, jajaja

Yo: Pero tú te has reído ¿A que sí?

Ernesto: Claro.

Yo: Bueno, no desvíes la atención hacia otro lado ¿Qué tienes más claro?

Ernesto: Tendrás que adivinarlo...

Encima jugueteón, pues iba a sacar toda la juguetería, me había cogido en una época que, con eso de relacionarme con la tribu, me estaba soltando la melena.

Yo: Cuándo y dónde quieras...

Ernesto: ¡Ejem, ejem! Eso sonó tentador...

Me senté a cenar con una sonrisa tonta, que no se me quitaba de la cara ni, aunque se me apareciera un extraterrestre.

Yo: Bueno... Según como lo leas...

Ernesto: Y... ¿Cómo lo debería de leer?

Esa me la puso a huevo.

Yo: Pues con los ojos (emoticono de guiño)

Ernesto: Me gusta tu humor...

Lo de poner los tres puntos suspensivos me ponía nerviosa y eso que yo los utilizaba mucho, pero que me los pusieran a mí...

Yo: Entonces... ¿Para cuándo nuestra cena?

Lo último que iba a hacer era andarme con rodeos, que lo tuviera claro. Una confinada, sola y con una tribu con posts perversos, aquello era algo que estaba despertando mi parte más muerta y encima él... ¿Para qué apareció en mi vida? Ahora que aguantara a las consecuencias.

Ernesto: Cuando se levante el estado de alarma ¿Te parece?

Yo: No, no me parece, pero me tendré que aguantar (emoticono de risa).

Ernesto: Nos tendremos que aguantar...

Matizó que era cosa de los dos, tan mono el chaval, si es que tenía su morbo y todo.

Yo: Y, ¿dónde será la primera cena?

Ernesto: Me gusta eso de la primera, me hace presagiar que serán muchas más. Pues tendrá que ser en tú casa o en la mía, no creo que cuando abran un poco la veda sea cuestión de meternos en restaurantes tan pronto, a no ser que sea una terraza.

Yo: En mi casa, en mi casa (emoticono de risa) La peque se me duerme rápido, de hecho, ya está en la cama.

Ernesto: Y, ¿qué me harás de cenar?

Yo: Unos entrantes de queso en crema con cebolla caramelizada y mermelada de cereza casera y luego un pato al foie.

No se lo creía ni él, pero me había quedado de lujo, a mí la cocina, lo justito.

Ernesto: Pongo el vino, no uno cualquiera, uno bien especial para esa cena tan brillante. Ya veo que estás a la altura de todo.

¡Ay, mi madre! ¿Quién me mandaría a hablar? Pues nada, tiempo tenía para aprender esas cosas que se me habían ocurrido, con lo fácil que hubiera sido decirle: una tortilla de patatas, pero no, yo ahí, a lo bestia.

Yo: Pues la primera veda tendré la mesa preparada (emoticono de guiño).

Ernesto: Hasta entonces, cuídate y sueña conmigo (emoticono de risa).

Yo: ¡Serás descarado! ¡Jajaja! Cuídate (besito).

Después de cenar me fui al sofá a bichear un poco a la tribu, morí de la risa con una tal Jenny Del, que era escritora y tenía unos puntos que te morías, soltaba cada cosa a los chicos que me hacía reír y reír ¡Cuánto arte!

Esa noche no tardé mucho en acostarme, tenía un leve dolor de cabeza y ganas de desconectar de otro día, uno menos para la libertad.

Capítulo 3

Desperté y lo primero que hice fue mirar el móvil y sonreír...

Tenía un mensaje de Ernesto y yo, toqué las palmas de alegría.

Ernesto: A la hora que ya sabes, asómate, te voy a dar algo por el balcón.

Joder, pues en diez minutos era, así que me lavé la cara, me peiné y salí con mi pijama al balcón, eso sí, con uno de lo más “cuqui”.

Ahí estaba sonriendo y me dio una bolsa con un *tupper*.

—Para ti y la princesita de la casa — dijo señalando a Lola, que se había asomado sonriendo con las manos en la boca —. Son churros de porras hechos por mí — le hizo a la pequeña un guiño.

—Ay, no debías de haberte molestado.

—Para nada, es un placer hacerlos para ustedes, además, tenía la masa que hizo mi madre — sonrió —. Vive puerta con puerta de la mía.

—Entonces, el mérito es de ella — carraspeé.

—Bueno, yo me levanté antes para freírlos — arqueó la ceja —. Espero que os gusté — nos hizo un guiño y se fue hacia la farmacia.

Preparé un chocolate, aquello merecía ser mojado y disfrutado, me había encantado ese detalle que había tenido con nosotras, se lo agradecí en un mensaje que me devolvió con un guiño.

Lola no dejaba de mojarlos, estaba que se los comía todos, no paraba de decir que le encantaba el de la farmacia, anda que no era convenida y zalamera...

Ernesto, me había regalado el mejor de los despertares y encima tratando con ese cariño a mi pequeña ¿Sería de verdad ese hombre?

Recibí un mensaje por privado de Mercedes, una chica de la tribu que me caía genial, vivía en un pueblo de Sevilla y era un encanto de mujer.

Un gif de un café y un “buenos días”, me había puesto.

Yo: Gracias, feliz día, Mercedes.

Mercedes: Ahora me tengo que ir a trabajar, que flojera y encima con la mascarilla, los guantes y todo en el bus, si es que ya me podría dejar mi jefa en mi casa...

Yo: Bueno, piensa que se te pasará la mañana rápida y seguro que en nada estás de vuelta.

Mercedes: Eso espero, que pocas ganas. Bueno, un besito mi niña y ya hablamos por aquí.

Yo: Cuídate, Mercedes. Muchos besitos.

Me pasé toda la mañana trabajando, mirando el grupo y esperando un mensaje de mi boticario, pero nada, debía estar muy liado, me asomaba al balcón y había cola.

Lola hizo sus fichas y luego se puso a peinar a una muñeca grande que la maquillaba y todo, estaba de lo más entretenida, de vez en cuando venía a darme un achuchón y se volvía a ir.

A la hora de la salida me asomé para saludarlo y le grité que las porras estaban muy buenas, se reía, me hizo un guiño y un gesto indicándome que más tarde me hablaría por mensaje y yo aplaudí emocionada.

Me puse a cocinar y entró una video llamada de mi madre, me puse a hablar con ella mientras seguía cocinando, de todas formas, con quien más hablaba era con Lola, se echaban mucho de menos.

Estaba de lo más inquieta, su pareja era médico y se estaba comiendo todo el marrón del

bichito que azotaba al mundo y ella estaba con una ansiedad que no podía con su vida.

Ahora tenía que hacer de psicóloga constantemente para intentar tranquilizarla. ¡Vaya cruz me había caído! Aunque la quería más que a mi vida, y la verdad es que siempre había sido muy buena conmigo, pero como cualquier hija, teníamos que quejarnos por todo yo la adoraba, era la única realidad.

Un rato después me tiré en el sofá, aunque esta vez no me iba a levantar para saludar a Ernesto ¡Que me echara de menos!

La pequeña se echó en el otro y se quedó dormida.

Unos minutos después de la hora de que entrara me puso un mensaje.

Ernesto: Me has dejado sin mi saludo y eso que te traje churros...

Y ahora le iba a dejar sin contestar, pues lo vi bajando la pantalla sin abrir el mensaje, así que no le aparecería como leído, me haría la interesante, que no pareciera que estaba loca por él, bueno que no era así, o sí, daba igual, que se esperara.

Me quedé dormida ¿Quién no echaba una siesta en esos largos días de confinamiento? Pues eso, me tocaba a mí...

Me levanté con remordimientos, pobre Ernesto, nos había traído churros y yo me había portado así.

¡Yo era tonta! Pero tenía un por qué...

Porque lo era, lo primero y lo segundo porque me daba mucho miedo a lo que estaba sintiendo, me daba terror que parecía una loca detrás de él, a que era gilipollas, ni más, ni menos.

Me puse corriendo a freír las croquetas del puchero que había hecho a mediodía, le preparé un *tupper* y salí al balcón a esperar que saliera de la farmacia y salió.

Me miró con gesto serio, se le notaba en la expresión, por mucha mascarilla que llevara.

Le pedí que se acercara.

—Hoy estuve tonta, lo siento... —Hice un gesto de tristeza y le saqué el *tupper* por la reja.

—Vaya ¿Qué es?

—Croquetas hechas por mí — fruncí el entrecejo.

—Al final vas a conseguir que te perdone — dijo haciendo un guiño a Lola, que se acababa de asomar.

—Bueno, al menos lo intentaré todos los días hasta que lo consiga...

—Tampoco soy tan rencoroso — me hizo un guiño y nos dijo adiós con la mano.

—Mamá ¿Lo has enfadado?

—Un poquito de nada — le saqué la lengua y nos metimos dentro para ducharla, cenar y a dormir.

Entré y vi que Dylan le había puesto una felicitación a Alexandra, una chida de la tribu, muy simpática ella, la verdad es que se lo merecía.

Aproveché para ponérsela yo también, no tardó en contestarme con todo el desparpajo que tenía, era muy agradecida.

Me metí en la cama y recibí un mensaje de mi farmacéutico.

Ernesto: Un sobresaliente a las croquetas, acabas de enamorar a mi estómago.

Yo: Y, ¿fui perdonada?

Ernesto: Nunca hubo nada que perdonar (guiño) Solo me ignoraste un poquito y yo...

Yo: Tú, ¿qué?

Ernesto: Bueno yo, me sentí un poco triste, pero con las croquetas se me pasó rápido.

Yo: Me alegra entonces, pero déjame decirte algo, los churros de tu madre enamoraron nuestro

día.

Ernesto: Pues no se te notó, jejeje

Vaya me lo soltó, tenía que hacerlo, pero me sacó una sonrisa.

Yo: Disimulé muy bien...

Ernesto: Mañana espero que me des los buenos días.

Yo: Claro, tengo que salir a por si me cae otro desayuno.

Ernesto: No lo dudes...

Yo: Lo dije de broma (volteo de ojos).

Ernesto: Pues yo no. Por cierto, Lola es preciosa.

Yo: Gracias, sale a su madre (bromeé).

Ernesto: Por supuesto, al padre no lo conozco, jejeje

Yo: Mejor, no merece la pena. Está en Brasil con su brasileña.

Ernesto: Lo siento...

Yo: Él se pierde a Lola, como ella no habrá nadie más.

Ernesto: Así es, no entiendo como alguien puede separarse así de un hijo.

Yo: Ni yo, pero... La vida continua y seré yo quien me encargue de que a mi niña no le falte ese cariño.

Ernesto: Lola se ve muy feliz, no se le borra la sonrisa de la cara.

Yo: Le pasa lo mismo que a mí, desde que te conocí, jajaja.

Ernesto: Vaya, me lo tomo como un halago.

Yo: Totalmente.

Ernesto: Descansa, mañana te espero.

Yo: Claro. Un beso.

Ernesto: Otro para ustedes...

Me encantaba eso de que mandara el beso para las dos, no sé, era como que lo hacía más grande de lo que ya era, una bellísima persona con un tacto y una forma de tratar a los demás, fuera de lo normal para los tiempos que corrían.

Capítulo 4

—Mamá, te he preparado un café — puso la taza de juguete sobre mi almohada.

—Te has levantado hoy muy temprano. Ven dame un beso — la metí en la cama conmigo.

—Tuve un sueño...

—¿Ah sí?

—Soñé que estábamos en la playa y a la abuelita le daba miedo bañarse, pero yo le di la mano y la enseñé a nadar.

—Vaya, pero ya sabes que la abuela nada muy bien.

—Sí, pero en el sueño no.

—De todas formas, fuiste su heroína en el sueño— dije para ponerla feliz.

—Sí y el abuelo como recompensa me compró un helado — dijo refiriéndose al novio de mi madre.

—Sabes que él te recompensa, aunque te portes mal — le causé una risa.

—Soy su niña bonita.

—Bueno, tú eres la niña bonita de todos — carraspeé y le hice cosquillas.

Nos levantamos a desayunar, pero primero nos asomamos para saludar a Ernesto, esa era la verdad, teníamos las dos ganas de verlo.

Y nos sorprendió con otro *tupper* de churros.

—Tenía que gastar la masa — rio.

—¡Churros! — gritó la niña aplaudiendo y la miramos riendo.

—Veo que acerté.

—Claro, así da gusto empezar el día.

—Espero que no te hagan el mismo efecto que ayer — sonrió, guiño el ojo, pero la tiró muy directa.

—Tranquilo, prometido que no — solté una risa avergonzada.

—Que os vaya bien el desayuno — se fue haciendo otros de sus guiños.

Nos metimos en la cocina y me tuve que echar a reír mientras preparaba el chocolate, para ponernos de nuevo las botas con ese regalo que nos había vuelto a hacer.

—Mamá, si no lo quieres como novio, me lo quedo para mí.

—¡¡¡Qué dices, enana!!! — me eché a reír por lo que me había dicho.

—Pero cuando sea grande, que él me espere — dijo dándolo por sentado.

—Por favor, tú tienes que buscar uno de tu edad, o unos añitos arriba — reí.

—Bueno, él tiene unos años para arriba,

—¿¿¿Treinta y cinco??? — reí.

—No lo sé ¿Tú lo sabes?

—Sí, lo vi en su *Facebook* — le hice un guiño.

—Es muy guapo y simpático.

—¡Madre mía! Ahora resulta que tengo la competencia en casa.

—No, la competencia no, a tu hija favorita.

—Favorita te voy a dar yo... Entonces, Pedro será mi novio — dije recordándole al que le gustaba de su clase.

—No, es muy chico para ti — reía.

—Pues espero que crezca — volteé los ojos.

—No, porque serás viejita.

—Ah claro y Ernesto se conservará en manteca ¡Anda qué...!

Nos echamos a reír, la verdad es que tener una hija te hacía sacar partes muy divertidas de conversaciones. Tenía unas ocurrencias, que me asustaban para la edad que tenía.

Me puse a trabajar después del desayuno y a media mañana me llegó un mensaje de Ernesto, con unos emoticonos de besos. Me entró hasta calor...

Le respondí de la misma manera, besitos y ya...

A la hora de la comida salí a saludarlo cuando cerraba la farmacia, se acercó y charló un poco con nosotras.

Nos dio una caja de guantes y mascarillas, se habían agotado en todas partes, pero le había llegado una partida y reservó alguna para nosotras. Fue todo un detalle y encima no permitió que le pagara. Era un encanto.

Esa tarde él no trabajaba pues era sábado y cerraba la farmacia hasta el lunes, pero estaríamos en contacto por mensaje.

Nos sentamos a comer y la pequeña no paraba de piroppear a Ernesto, no lo tenía en un altar, lo tenía en lo más alto. ¡Madre mía!, parecía que no era yo la única que lo quería pretender.

A la hora del sofá me llegó un mensaje mientras revisaba los posts de la tribu, me estaba perdiendo una buena, quinientos ochenta comentarios de un post originado por Manu...

Ernesto: Os voy a echar de menos hasta el lunes...

Nos iba... ¡Morí de amor al leer eso! ¿Cómo podía ser tan, tan, tan increíble?

Yo: Nosotras a ti también.

Lo dije sin pensarlo, pero es que no se merecía otra respuesta.

Ernesto: Esperemos que este bicho nos dejé pronto un poco de respiro.

Yo: Yo creo que no se irá en mucho tiempo, nos queda un largo camino por recorrer.

Ernesto: Bueno, pero que al menos el confinamiento sea menos severo...

Yo: Claro, que te dejen venir a cenar a mi casa.

Ernesto: Por ejemplo...

Yo: Y, ¿qué planes tienes para pasar el fin de semana?

Ernesto: Hacer de investigador privado y leer un libro para ver qué es lo que hacen esos tres escritores que tienen una tribu tan unida.

Yo: ¿Me has espiado?

Ernesto: *Facebook* es muy chivato, muestra los posts que comentan mis contactos...

La leche, así que estaba al tanto de todo ¡Me moría!

Yo: Te recomiendo el último de Dylan “Déjame enamorarte”.

Ernesto: Me llamo la atención ese título... (guiño).

Yo: Y de Hugo no te deberías de perder, el de “Mi trabajo, mi vida y, ¡la madre que me parió!” No podrás dejar de reír.

Ernesto: Lo apuntaré.

Yo: Manu tiene una bilogía, risas y más risas, sobre todo, con el segundo.

Ernesto: Veo que vendes muy bien a los “jefes” de la tribu.

Yo: Y yo, que tú estás muy informado...

Ernesto: Repito que *Facebook* me lo enseña todo, jejeje

Yo: Y tú ya te pones a hilar e hilar...

Ernesto: Y una cosa lleva a la otra...

Pasamos toda la tarde hablando, de vez en cuando me metía en *Facebook* para actualizarme sobre lo que estaba pasando en el grupo, pero estaba pendiente a mi Lola y a esa conversación en la que estaba descubriendo que yo le gustaba, que hacía por saber de mí, no lo vi como un hombre controlador, sino como a alguien a quien yo le interesaba.

Y así estuvimos toda la tarde y noche, hasta que acosté a la pequeña y los dos seguimos en una conversación que terminamos con audios de voz...

¿Había mejor forma de irse esa noche a dormir? Sin duda, no.

El domingo fue de lo más divertido, yo comentaba en los posts de la tribu y Ernesto venía por detrás para decirme que se había reído con mis comentarios o si aquello era una indirecta, pero claro, me lo decía con todo el cariño del mundo y con ese toque especial que él le daba, me ponía encendida en deseos ¿Cómo podía ser tan seductor y no tener pareja?

Pasé todo el desayuno a carcajadas y Lola, contagiándose de mi risa...

Ernesto no dejaba de comentarme sobre el libro que se estaba leyendo y que por lo visto le estaba gustando.

Ernesto: Jamás imaginé leer una comedia romántica, no es mi tipo de género, pero reconozco que tiene algo que engancha. Te ríes, adoras a los personajes, odias a otros y te metes en la historia sin darte cuenta...

Yo: ¿Me comprendes ahora? Me encanta como escribe cada uno de ellos, es diferente, te sumerges, es tan fresca que no cuesta nada avanzar, todo lo contrario, cuesta parar.

Ernesto: Por la parte de la lectura, sí, por la de la tribu...

Yo: ¿Qué le pasa a mi tribu? ¡Por la tribu, MA-TO! Jajaja

Ernesto: Nada, bromeaba, me gusta, lleváis muy buen rollo, disfrutáis de forma sana, lo veo muy bien, la verdad. Aunque me cueste reconocerlo, hasta me estoy enganando a los posts y a leer todos los comentarios. Gracias por meterme en el grupo.

Yo: Es pura vida, por cierto, puedes comentar.

Ernesto: Ah no, yo mejor veo los toros desde la barrera, jajaja.

Yo: ¿Nos has llamado toros?

Ernesto: Es un refrán, lo cambio por el espectáculo desde la barrera, jajaja.

Yo: No, no, los toros, pues somos fuertes, valientes y con carácter, puros toros, jajaja.

Ernesto: ¿Cuál de los tres escritores te cae mejor?

Yo: Bueno tengo debilidad por los tres, cada uno tiene algo que lo hace especial, me caen genial, no sabría decir cuál.

Ernesto: Y, ¿el que más te atrae...?

Esa pregunta me había cogido desprevenida, pero me sacó una sonrisa tonta.

Yo: Tú, tú eres el que más me atrae...

Ernesto: Pero yo no soy escritor.

Yo: Pero me escribes a mí ¿Se puede tener mejor contenido que ese?

Ernesto: Sin palabras...

Aquello lo había dejado sin palabras, pero a mí tras escribirlas me había dejado sin aliento. No entendí como fui capaz de haber dicho eso, pero es que lo sentía así y... ¡Lo dije!

Y a partir de ese día hasta un mes después ¿Qué pasó?

Cada mañana Ernesto nos traía algún tipo de desayuno especial o alguna comida que había hecho, a la pequeña le trajo hasta regalos en forma de chuches, la tenía ganada como a mí.

Todo ese tiempo nuestra unión fue creciendo, para arriba, sin frenos, se notaba la atracción tan fuerte que había por ambas partes, ya no eran indirectas, eran muy directas.

No me dejaba ni salir de la casa, me traía todo lo que necesitaba y me lo daba por el balcón. Soñaba con ese día que los barrotes dejaran ser un muro entre nosotros dos, lo deseaba con toda mi alma.

Y por fin, un día después de mes y medio encerrada en casa, habló de nuevo el presidente del Gobierno para decir que pasábamos a la fase 1 y que ya podíamos tener reuniones familiares y de amigos ¡Me volví loca!

Ernesto me puso un mensaje diciendo que al día siguiente le debía una cena, por supuesto, y me iba a encargar de hacerle aquello con lo que le chulé. El pato y los canapés se lo haría, además, ya había buscado la receta de todo y estaba chupado.

Anteriormente los niños podían salir con unos horarios, pero yo no saqué a Lola, la resguardé lo que pude y como teníamos patio, pues ahí jugó y tomó el sol, pero en estos días la comenzaría a sacar un rato por una zona que no estuviera concurrida.

Capítulo 5

Y llegó el gran día donde la llamada “nueva normalidad”, nos volvería a acercar a las personas que queríamos.

Esa mañana apareció Ernesto con buñuelos por el balcón, quedamos en que por la tarde cuando saliera de la farmacia iría a su casa a ducharse y desinfectarse y luego vendría a cenar.

Mi madre apareció a media mañana, llena de regalos para la peque que había ido a comprar antes de venir. Se abrazó a nosotras llorando y con un melodrama digno de una novela, pero ella era así de intensa, a mí también se me escapó alguna lagrimilla, pero de ahí a lo de ella, iba un mundo.

A la pequeña le trajo unas muñecas y unos disfraces de princesa, también nos trajo varios *tupper* de sus comidas que, por cierto, estaban de muerte. Si algo tenía ella, es que cocinaba muy bien.

Mi madre se quiso llevar a la pequeña ya que el novio había cogido un mes de vacaciones, ambos se habían hecho las pruebas y estaban limpios, así que no me importó que la peque cambiara de aires y yo, bueno, yo me tomaría un respiro.

Le preparé una pequeña maleta y se fue de lo más feliz, encima esa noche tenía una cena muy esperada, además de deseada y sin los ojos de la pequeña ¿Qué más podía pedir?

Tras comer, ambas se fueron después de que Lola me dijera de mil maneras que me cuidara y que ya volvería algún día, me tuve que echar a reír, vamos, como la que no tenía prisa ni me iba a echar de menos ¡Vaya morro!

Me tiré en el sofá y se lo conté a Ernesto, me reí mucho cuando me dijo que le había preparado una sorpresa, más que reír, se me iluminó la cara, pero la dejaría para otro día, la cita sería cosa de dos...

Las chicas de la tribu estaban disparatadas con las bromas de poder salir a ver a sus familiares, una decía que quién quisiera verla, que fueran a ella, que no se movía hasta que terminara el estado de alarma.

Preparé los entrantes y el pato al fuet, tenía todo muy buena pinta...

Me duché, me puse unos jeans ajustados, unas deportivas y una camiseta de manga larga ajustada.

Ernesto no tardaría en llegar, se había ido de la farmacia una hora atrás, así que en cualquier momento estaría apareciendo por la puerta, por primera vez. Nada se interpondría entre nosotros.

Me eché aquel perfume que hacía tanto que no usaba, ya que para estar en casa usaba los frescos de frutas, vainilla, coco, fresa...

Nada, instantes después unos golpecitos en la puerta y yo suspiré, me santigüé y abrí.

Me eché hacia un lado, haciéndole un capote con las manos para que pasara y entró, cerró la puerta, puso una mochila sobre el suelo y...

¡Me abrazó! Con el cariño, pasión y las ganas que me había transmitido durante todo este tiempo, con todo aquello que necesitábamos para sentir que ya por fin estábamos juntos.

Nos miramos después de unos larguísimos segundos de abrazo y...

¡Nos besamos! Sin más, un beso lleno de intensidad y de deseo. ¡Vaya como besaba!, era una mezcla de pasión, ternura y vida, sobre todo estaba lleno de esa energía que todos necesitamos para que se nos abriera un universo ante nosotros.

Ahí estaba con él, con ese hombre con el que solo podía hablar por móvil y algún saludo a través del balcón, pero sin poder tocarnos como ahora lo estábamos haciendo.

Y me encantaba, sus besos sabían a frescura, a fruta prohibida, esa que no puedes parar de comer.

Nos apartamos y sonreímos, nos fuimos a la cocina donde sacó dos botellas de vino y nos sirvió una copa.

—Tenía tantas ganas de estar así contigo — dijo levantando su copa a modo de brindis, que es lo que hicimos seguidamente.

—Yo también... — sonreí ruborizada.

Puso la copa a un lado después de que le diéramos un trago y agarró mis manos.

—¿Qué has hecho para atraerme a tu vida de esta manera? — Pasó a agarrarme por la cintura mientras él, estaba apoyado sobre la mesa de la cocina.

—Yo, nada, fuiste tú que viniste al barrio y lo pusiste patas arriba...

—Al barrio...

—Bueno, a mí — volteé los ojos mientras me sonrojaba.

Volvimos a besarnos, los dos necesitábamos saciar ese deseo que a lo largo del tiempo habíamos imaginado mientras nos conformábamos con vernos en la distancia o hablar por el móvil a través de mensajes.

Y otro abrazo, me apretaba con fuerza, con ganas, las mismas que yo tenía de atravesarlo y encima ese olor, por favor, si es que era para perderse en él...

Preparamos la mesa y no paraba de alabar la pinta que tenía todo, le dije que me lo inventé en su día y luego me tuve que poner manos a la obra para aprender, se rio mucho.

Algo que me sorprendió de él, es que era detallista, cuidadoso, era una persona que contribuía y no esperaba que le pusieran nada por delante, no era un flojo de esos que no mueven un dedo, todo lo contrario ¿Tendría algún defecto? Era imposible que fuera tan perfecto...

Cenamos entre risas, confesiones, acortando todas las distancias que antes no nos dejaban ver nuestras expresiones y a cada momento me gustaba más. Cuando pensaba que era imposible, pues toma, más amor para mi corazón, más deseo, más ganas de que no se fuera jamás por la puerta, cosa que haría, pero lo quería en mi vida.

Nos bebimos una botella de vino, yo no podía dejar de reír, él no dejaba de esbozar sonrisas y los dos sentíamos una atracción muy fuerte que se notaba en el ambiente.

Cuando terminamos de cenar se puso a fregar, lo intenté frenar, pero no hubo forma, luego nos fuimos al sofá a seguir charlando y...

Como no, a seguir dando rienda suelta a todo lo que llevábamos conteniendo desde hacía tiempo.

Me sentó encima de él, mirándolo, mientras tenía sus manos en mi cadera, cerca de mis nalgas y nos besamos de nuevo. Casi podía notar su miembro, y a mi es que ya me faltaba hasta la respiración.

Mi piel se erizó cuando una de sus manos entró por debajo de mi camiseta y se posó en mi pecho, sobre el sujetador, apretándolo y emitiendo un gemido por su boca, que me hacía ver que le gustaba lo que estaba notando.

Volvió con su mano a la cadera y las sujetó para hacerme mover un poco encima de él, yo ya estaba que me salía, esperaba llegar a más, quería llegar a todo.

Me quitó la camiseta y miró mis pechos, luego los tocó y se deshizo de mi sujetador con una habilidad increíble, me quedé con mis senos apuntando a su cara, frente a él y no tardó en

comenzar a lamerlos mientras apretaba mis nalgas.

Me levantó, me agarró bien, se puso de pie conmigo en brazos y me llevó a mi cuarto, sin previo aviso, pero no lo necesitaba.

Me tumbó cuidadosamente en la cama y se deshizo de mi pantalón, de mi braga y me dejó desnuda ante él, que hizo lo mismo con su ropa.

¡Vaya cuerpo! Ni un grano, tenía una piel perfecta, estaba muy fibroso, eso de hacer surf le tenía una forma espectacular, de vértigo...

Comenzó a lamer mis pechos, a jugar con ellos mientras me miraba bajo esa seducción que me tenía expuesta ante él, dejándome llevar con todo aquello que estaba haciéndole a mi cuerpo.

Y fue bajando con su boca besando mi vientre hasta colocarse entre mis piernas. Se me escapó el aire de golpe al notar sus dedos abriendo mi zona íntima para meter su lengua.

Joder, eso era placer y lo demás eran tonterías.

Me agarré a las sábanas sabiendo que entre su lengua y sus dedos tocando mi clítoris, me llevarían a aquel orgasmo que estaba a punto de aparecer. Después de tanto tiempo sin sexo, estaba a punto de explotar.

Y exploté... Con gritos contenidos de placer que se escapaban de mi boca y cayendo hacia atrás, sin fuerzas, respirando aceleradamente. Aquello había sido demasiado para mí.

Luego se colocó un preservativo y se puso entre mis piernas de nuevo, pero esta vez para entrar dentro de mí, consiguiendo volverme loca ¡Estaba muy bien dotado! ¿Dónde cojones estaba el fallo?

No, no lo había de momento...

Disfruté con cada movimiento, con cada mirada que me regalaba mientras galopaba dentro de mí, aquello era una sensación inexplicable que corría por mi cuerpo, era placer en estado puro, tocar el cielo con las manos, perder el norte. Era todo lo que soñé en cada novela que leía de los “jefes” de la tribu y de la que yo ahora me sentía protagonista.

Cuando llegamos al orgasmo, se quedó un rato dentro de mí, abrazados, no dejaba de besar mis labios de forma corta y continua.

Luego fue al baño y volvió, se metió bajo mis sábanas para seguir abrazándome, besándome y disfrutando de ese primer encuentro que había sido mucho mejor de lo que yo había imaginado.

—Quédate a dormir conmigo — murmuré en alto mientras lo besaba.

—Claro, si me lo pides así... — sonrió besuqueándome.

—Gracias.

—No tienes que darlas, en la mochila llevo mascarillas y guantes, en la farmacia tengo la bata, así que caeré justo en la puerta del trabajo — seguía besuqueándome.

—Por mí, te puedes instalar aquí de vacaciones...

—Espero no ser solo unas vacaciones para ti... — Aquello hizo revolotear todas las mariposas de mi estómago.

—Eres mucho más — sonreí —. Mañana puedes comer aquí si quieres...

—Prefiero que me vuelvas a invitar a cenar — me hizo un guiño mientras acariciaba mi pelo —. Ya sabes que me gusta venir con todo el protocolo hecho y desinfectado. No se me ocurriría salir de la farmacia y entrar aquí directamente.

—Te vas a salvar por bueno — sonreí.

Y así fue como con un precioso abrazo quedamos dormidos, como en una noche de esas que vienen a cambiar tu mundo, me sentí de nuevo protegida, con alguien que estaba ahí, que parecía que había venido a cuidarme...

Capítulo 6

—Buenos días, tengo el desayuno preparado — dijo murmurando a los pies del lado donde yo estaba en la cama.

—Buenos días, no te he sentido levantarte — sonreí abriendo los ojos lentamente.

—Te espero en la cocina — besó mi frente.

Entré al baño y me lavé la cara, los dientes y me fui a la cocina donde ya estaba vestido y con la mesa puesta.

Me dio un precioso beso, preparó un desayuno con tostadas de mantequilla y mermelada además de los cafés, se veía muy linda la mesa o es que estaba él, pero todo me enamoraba.

Su mirada era lo más bonito que podía atravesar mi alma, de verdad que tenía algo que te hacía caer rendida a sus pies, además de lo caballeroso y cariñoso que era ¡No me podía creer mi suerte!

Se despidió llevándose un montón de besos que me dio tras la puerta y prometiendo volver por la noche, para dormir conmigo de nuevo ¿Qué más le podía pedir a la vida?

Me volví a preparar otro café y me lo tomé mirando el móvil, pero sin quitarlo a él de mi mente, era demasiado bonito todo lo que había nacido entre nosotros y haberlo tenido por fin en las distancias cortas... ¡Me había terminado de enamorar!

Mientras tomaba el café le hice una videollamada a mi madre para hablar con Lola, que se puso a contarme lo feliz que estaba y la de juguetes que le habían comprado. Desde luego, consentida la tenían un rato...

La amenacé en broma con ir a recogerla, pero ni caso, soltó todo lo que pudo por su boca, fue rotunda, había echado de menos a sus abuelos y quería pasar unos días con ellos.

A mi madre le conté lo ocurrido la noche anterior y también el amanecer que había tenido, en ese aspecto tenía total confianza con ella, para mí, era mi mejor amiga.

Mi madre se quedó alucinando, pero aplaudía emocionada, decía que ojalá ahí comenzara algo bien bonito, que disfrutara ahora de esos principios que eran magia en las relaciones.

Esa mañana Ernesto, me envió unos cuantos mensajes diciendo que me echaba de menos y que tenía muchas ganas de que llegara la noche... ¡Pues anda que yo! Solo de pensarlo, se humedecía todo mi interior.

Preparé para la cena una tortilla de patatas fritas y una ensalada para compensar, me reí de pensarlo, pero es que con él todo era especial, eso sí, me tuve que tomar dos pastillas para la resaca con la que me levanté por culpa del vino.

Salí al balcón cuando cerró a mediodía, lo saludé y me tiró un beso con su mano ¡Tan mono...! Me tenía babeando.

Me eché a dormir una siesta después de comer un poco de pollo en salsa, de los *tupper* de mi madre, así que a descansar que por la noche tenía que estar resplandeciente para mi Ernesto, el de “que te la meto”, ese, hasta el fondo y más allá ¡Me tenía loca!

Me duché, me puse directamente unas mallas de pijama con la camiseta y ni sujetador, ni nada, que en la cuarentena esas cosas no se llevaban y tampoco había ya nada que esconder, conocía mi cuerpo, por fin lo había conocido...

Llegó a las nueve, con mi corazón a mil abrí la puerta y me tiré a sus brazos, me importaba un pepino quién pasara por la calle, pero es que lo había echado mucho de menos ese día y tenía

muchas ganas de él.

—¡Madre mía, me vas a engordar! — dijo mirando la tortilla de seis huevos que había hecho.

—Pues más carne para mí — le saqué la lengua y me agarró la cintura pegándome de nuevo a él y fundiéndonos en otro beso.

—Mis padres te mandan saludos, dicen que esperan veros pronto, sobre todo a Lola, que la echan de menos de asomarse al balcón y saludarlos.

—¿Le has hablado de mí? — pregunté alucinando, aunque yo a mi madre se lo había contado todo.

—Desde hace un mes — besó mi nariz.

—Madre mía...

—Les caéis muy bien, además, después de leer el libro de “Déjame enamorarte”, le di instrucciones para que, como suegra haya barreras que no pase — me hizo un guiño mientras apartaba mi silla para que me sentara, encima era un caballero. Se me caía la baba con este hombre.

—No hombre, que tu madre se veía un encanto, siempre saludaba a Lola con mucho cariño. Espero que sea broma lo de las instrucciones — apreté los dientes.

—Avisada está por si acaso — aguantó la risa y me hizo un guiño, era broma y no le había dicho eso — Ahora en serio, está muy contenta y nos manda bendiciones, es un poco religiosa, no como yo — carraspeó.

—Bueno, yo tampoco lo soy mucho que digamos... Eso sí, cuando me pasa algo gordo, rezo a todos los santos, me acuerdo hasta de María Magdalena — reímos.

—Eso se llama interés o que no tienes muy claro si crees...

—No sé, pero bueno, será el cague que te entra y te aferras a todo.

—¿Cuál fue tu peor momento?

—Cuando me vi sola con mi hija y regresando a casa de mi madre... Vamos, a esta casa — reí.

—Ya, lo imagino, pero eres una guerrera — acarició mi mano por encima de la mesa.

Esa noche y las tres siguientes volvimos a hacerlo antes de dormir, al igual que me preparaba el desayuno cada mañana y se iba regalándome mil besos detrás de la puerta.

Luego volvió Lola, pero no por eso dejó de quedarse Ernesto con nosotras, además entre los dos, estaba naciendo un vínculo demasiado grande, la pequeña tenía pasión por Ernesto y a él, se le caía la baba con ella y me la estaba encaprichando.

Dos semanas después que habíamos pasado de fase y estaba el virus más relajado, fuimos a comer a casa de sus padres, que le tenían de todo a Lola allí preparado como regalos, como si fuera el Día de Reyes. No sé quién se emocionó más, si la niña o yo, pero había sido un detalle impresionante, una calurosa bienvenida a su familia, así la sentí.

Ernesto no dejó de quedarse ni un día con nosotros, solamente que no venía a comer, seguía protegiéndonos.

Pasó lo de las fases y nos dieron en julio la vuelta a “la nueva normalidad”, el distanciamiento social lo seguiríamos teniendo y todos estábamos expectantes a lo que pasaría en otoño, podía haber otro claro rebrote tan temido por la sociedad. Con respecto a las vacunas, seguían diciendo que para año y medio.

En la farmacia trabajaba un chico con Ernesto, así que se cogió una semana de vacaciones, en unos días nos íbamos a no sé dónde, era toda una sorpresa por su parte.

Capítulo 7

Llegó ese día, nos hizo hacer maletas con bañadores y ropa cómoda, nos montamos en su coche y rumbo a... ¡Un “casoplón” que había alquilado con piscina y frente al mar! En la urbanización Atlanterra, en Zahara de los Atunes, aquí, en la misma provincia de Cádiz.

Yo me quedé inmóvil, incrédula con ese rincón tan bonito que tenía ante mí, sin poder creer que allí es donde iban a comenzar esas preciosas vacaciones.

La pequeña chillaba cuando metió el coche en el jardín y vio la piscina grande y la pequeña, no se lo podía creer, era un terremoto corriendo por todas partes y lo mejor del todo es que, cuando salías y cruzabas a la acera de enfrente ya era la arena de la playa...

Se lo agradecí con mogollón de besos y a él se le veía feliz de que nos hubiese gustado tanto la sorpresa, pero no era para menos, ahí, aislados del mundo y con ese panorama por delante ¿Qué más se podía pedir?

Además, ya traía él la comida y bebida que descargamos y colocamos en la cocina. Era impresionante, moderna, de cuento, al igual que toda la casa, no quería ni saber cuánto le había costado esa semana, serían números demasiado desorbitados para mí.

Ellos estaban cómodos, Ernesto trabajaba antes en otra farmacia que tenían sus padres en la otra parte de la ciudad, ahora la habían vendido cuando se jubilaron y le dieron el dinero a Ernesto, como regalo, además, le habían regalado el ático en el que vivía y al que quería que nos fuéramos a vivir con él. Aunque hasta este momento había estado en mi casa e iba a intentar que nos quedáramos allí, ahí estaba mi vida y me sentía bien.

A Lola le había comprado una sorpresa, una tienda de campaña de esas de tipo iglú que se montan sola, de Frozen, su personaje favorito y se la colocó debajo de un árbol a la sombrita, ahí fue donde ella se metía a jugar con sus muñecas aparentando el vivir con ellas.

Mi hija iba siempre a contarle todo lo que hacía, ya pasaba de mí olímpicamente, esa devoción por Ernesto la hacía olvidar que tenía madre, aunque para dormir por las noches, tenía que venir a acurrucarse a mis brazos.

Lola decía que a partir de ahora yo no mandaba, que lo hacía Ernesto, que le reñía menos y lo decía con convicción, vamos, que era normal que yo fuera la que siempre hubiera tenido que hacerlo, era la única que tenía a su lado, pero bueno, ella lo veía desde su mundo y a mí me encantaba que tuviera eso con él.

Fue una semana en la que jamás olvidaré cada mañana en el jardín desayunando los tres muertos de risas con las cosas de Lola. Ernesto se desvivía, solo andaba pendiente a sacarle una sonrisa, cosa que lo tenía bastante fácil ya que ella era mirarlo y sonreír.

Eso sí, muchas mañanas él se iba a las ocho a surfear, pues se llevó la tabla. Nosotras fuimos un día a verlo y hacerle fotos, era un espectáculo verlo subido en ella, además, el traje de neopreno le quedaba de muerte. O yo estaba muy enamorada o que cupido se había cebado conmigo, daba igual como fuera, yo moría de amor por ese hombre.

Cada momento en la piscina entre Ernesto y Lola, los juegos eran un no cesar en todo momento, hasta pasaban tres kilos de mí, pero yo me tumbaba en la hamaca leyendo novelas de los “jefes” en la Kindle y estaba de lo más feliz.

Otro precioso momento fue en el que sus padres nos hicieron una video llamada y la niña los llamó abuelos, vaya si eso les hizo emocionarse, hasta le dijeron que lo repitiera otra vez. Estaba

claro que la adoraban y que la aceptaban como una nieta, aparte de que no tenían. Ernesto como yo, éramos hijos únicos.

Por las tardes íbamos a darnos un baño al atardecer a la playa y solíamos cenar alguna que otra barbacoa que hacíamos en el jardín, luego Lola se quedaba dormida y la llevábamos a la cama y ahí comenzaban nuestros momentos.

Copas, besos, bailes, abrazos, risas, sexo y mogollón de cosas que nos unían cada vez más.

Un día, hasta cogimos una borrachera gorda en la que nos reímos sin parar hasta las tres de la mañana haciéndonos preguntas él uno al otro, pero sin miedo, sin titubear, descubriendo esa parte que más nos intrigaba de cada uno.

Lo bueno fue que a la mañana siguiente Lola se vino a nuestra cama y la metimos en medio, así pudimos dormir un poco más.

Otro día nos contó por la mañana un cuento que se iba inventando y ¡bonita era si no la mirábamos!, teníamos que estar de lo más atento a ella, se llevaba toda la atención cuando estaba presente, o sea, siempre. Era la absoluta protagonista.

Una noche, estando sentados en el jardín me pidió compromiso con un anillo y todo, que apareció en mi copa como por arte de magia.

De fondo la canción “Vivir mi vida” de Mark Anthony. Con esa canción tan animada me lo pidió...

—Quiero que entre nosotros comience un compromiso y que en un futuro no muy lejano te conviertas en mi mujer, que formemos una familia y que yo le pueda dar a Lola y a ti lo que os merecéis, cuidaros entre otras muchas cosas...

—Me muero — dije mientras él, sujetaba mi mano a un lado de la mesa.

Me levanté y me lo comí a besos, no había nada mejor que saber que él, lo quería todo conmigo.

Esa noche fue de lo más especial, de lo más romántica y de lo más bonita, había decorado todo el cuarto con pétalos de rosas y velas. Hasta lloré de la emoción al verme ahí, haciéndolo con él.

Esa semana fue sin duda una de esas que te marcan un antes y un después en tu vida y en la que te das cuenta de que siempre hay alguien que llega y cambia tu mundo.

El regreso fue a mi casa de nuevo, Ernesto ya se iba a instalar a vivir aquí definitivamente con nosotras, le había convencido de quedarnos en esta y no en el ático, además teníamos la farmacia enfrente.

Fue un verano extraño, los fines de semana íbamos a la playa a pasar el día, pero con mil precauciones, no solíamos ir a restaurantes, pero sí pedir comida para casa. Sabíamos que aún no se había ganado la batalla al coronavirus y eso había que tomarlo en serio y no exponernos demasiado, al menos hasta que hubiera una medicina más explícita, no una vacuna, eso estaba claro que tardaría mucho en llegar.

Ernesto nos endulzaba la vida, nos regalaba los mejores momentos que pudimos jamás imaginar, ese verano estaba siendo como dije, extraño, pero el mejor de nuestras vidas. Jamás, ni con el padre de mi hija tuvimos los momentos tan bonitos y divertidos que estábamos teniendo con Ernesto, ese hombre que, aunque no fuera el padre de mi hija, era el que más había dado por ella en tan poco tiempo.

Llegó el otoño y con él las recaídas y de nuevo el bichito volvía a azotar, pero parecía que esta vez estaba más controlado, poco a poco iban curando a las personas con mayor rapidez, aunque sí que volvimos a una especie de fases en las que los horarios eran imprescindibles para volver a ganar la batalla.

Fue un invierno de colegios a medias, de cambios repentinos y de todo un poco de lo que ya habíamos conocido, pero junto a él, fue todo mucho más fácil, eso sí, se desinfectaba antes de entrar que parecía que le echaban agua bendita para sacarlo de un exorcismo.

Conforme fue llegando la primavera Ernesto me pidió de casarnos ese verano y lo hizo en un desayuno en el que los dos estábamos solo pues los padres de él, se habían llevado el fin de semana a Lola, en ese punto era su nieta preferida, no tenían otra, pero les encantaba decirlo para que la pequeña se emocionara y se sintiera de lo más feliz.

Y ahí conforme libramos de nuevo esa batalla al bicho, en la que ya casi todos lo habíamos pasado incluido nosotros, pues en las pruebas salieron que lo habíamos tenido y que fuimos asintomáticos, gracias a Dios, nos pusimos a preparar para ese verano nuestra gran y deseada boda.

Fui a elegir el vestido con mi madre, mi suegra y mi hija, esa que llevaría el mismo que yo, lo tenía claro, mi mini yo, tenía que ir idéntica a mí.

Elegí un vestido de color champagne de cuello barco y sin mangas, entallado hasta la cintura donde había un lazo de seda de color rosa agua y la caída en corte trapecio, era una preciosidad que luciríamos ese día las dos ya que a ella se lo iban a hacer a la medida.

Lola estaba con la boda loca, iba a llevar los anillos además de ir de mi mano y yo del brazo del novio de mi madre al que adoraba y era un abuelo para mi hija.

Ya estaba todo listo, preparado para ese gran día en el que daría el sí quiero al hombre de mi vida...

Capítulo 8

Atacada estaba ese día de mi boda, con los nervios y sentimientos a flor de piel, solo quería llorar y llorar, estaba muy melancólica y emocionada.

La maquilladora me pedía que, por favor parara, la pobre no dejaba de retocarme, pero ¿qué hacía yo si estaba de lo más sensible?

Esa noche Lola y yo nos quedamos en casa del novio de mi madre, con ellos, así era la tradición de los novios y así la habíamos cumplido.

Mi hija apareció con una Barbie en la mano vestida como nosotras.

—¿A quién se le ocurrió la idea? — pregunté mirando a mi madre.

—A tu suegra — rio encogiéndose de hombros y causándome una risa entre tantas lágrimas de emoción.

Lo mejor de todo es que la muñeca llevaba una bolsita en la mano con las alianzas, para mearse y no echar ni gota, pero yo me los comía a todos. Si la Barbie también tenía que llevarnos los anillos ¿Dónde estaba el problema?

Me agarré del brazo de Juan, el novio de mi madre y salimos de allí con la pequeña hacia un coche que nos esperaba con chofer, un auto antiguo y negro, precioso, estaba impoluto, brillante y el interior entero era en cuero beige.

Llegamos a la puerta de la iglesia ¡Sí! Le íbamos a hacer ese regalo a sus padres que eran de lo más creyentes, así que ahí estaba, bajándome del coche mientras veía a Ernesto mirarme desde la puerta emocionado, al lado de su madre y un coro rociero comenzó a cantar la canción de “No me doy por vencido” de Luis Fonsi, versionada al flamenco, una preciosidad que me hizo llorar como una niña pequeña, hasta Lola y Juan se echaron a llorar y Ernesto... ¡Más aún!

Miré a un lado y no me lo podía creer... Allí estaban Dylan, Manu y Hugo aplaudiendo. Todo estaba claro, era una sorpresa de mi marido que habría movido cielo y tierra para que ese día estuvieran...

Entré más emocionada de lo que estaba...

Primero entró él con su madre y luego nosotros, a ritmo de la Salve Rociera ¡Qué emoción!

Había cincuenta invitados, unos amigos suyos, dos amigas más que vinieron de Madrid, su familia, la mía y poco más. Éramos pocos, pero no necesitábamos más que los que estábamos, más feliz no podía ser.

La ceremonia estuvo plagada de momentos de lo más bonitos, hasta la gracia de no poderle quitar el bolsito a la Barbie para extraer los anillos y Lola, que ya se estaba desesperando, hubo que ayudarla.

Y el beso, ese que me recordó al primero que me dio el día que pudo entrar por fin a mi casa, ese beso que me arrancó todos los males de mi vida...

—Ya eres mi mujer...

—Me siento así desde el día en que nos besamos por primera vez — me mordisqueé el labio y me volvió a besar de nuevo

De allí nos fuimos a la ceremonia, donde Lola fue la protagonista total con ese corte de tarta, pues sí, no era una tarta de bodas normal, no, a lo Frozen y todo porque Ernesto quería como siempre complacerla y a mí como madre, bueno... Me enamoraba la vida.

El baile fue precioso, elegimos salir de lo tradicional y arrancarnos por salsa ¡Hasta me recogí

la cola sobre el cinturón que llevaba a modo de lazo!

“Los jefes” de la tribu también bailaron, uno tras otro, se marcaron un baile conmigo y yo, yo me los quería comer, ya eran parte de mi familia y me lo habían demostrado estando allí ese día.

Luego las copas, brindamos una y mil veces, fue una noche de lo más divertida donde bailamos como locos y nos lo pasamos genial todos los asistentes.

Al terminar la velada el chofer nos llevó al hotel donde pasaríamos nuestra noche de bodas.

A Lola se la llevaron, esa noche era para nosotros, al día siguiente la recogeríamos.

Epílogo

Tres años después...

Desde que hacía siete meses había anunciado en la tribu que iba a ser madre de nuevo, no nos dejaron de llegar regalos de todas las chicas y de “los jefes”, esos chicos que seguían enamorándonos con sus novelas.

Ahora estaba en la camilla del paritorio, sin tiempo para una epidural y empujando como una leona para que nuestro hijo Dylan naciera...

Sí, Dylan, en honor a ese escritor que puso un reto para conseguir que yo lo llamara así y hasta Ernesto accedió, ya les tenía cariño a todos.

Y claro, la primera foto que tomó mi marido con mi pequeño en brazos en paritorio fue para el grupo de la tribu que fue un no parar de felicitaciones, en mi vida me habían felicitado tanto...

Lola vino al hospital a conocer a su hermanito y estaba loca de contenta, con tan mala suerte que quiso cambiar el pañal a su hermano y este... Bueno, se le meó en la cara...

Nos reímos a más no poder, además, Ernesto estaba grabando un video y recogió ese momento que quedaría para nosotros el resto de nuestras vidas.

¿Qué decir? A veces la vida nos pone muchas espinas, pero siempre llega el momento donde todo comienza a florecer y eso me pasó a mí, llegó con Ernesto, creando un jardín de lo más bonito en nuestras vidas.

Y mi tribu, esa siempre pasaría a formar parte de los mejores momentos acontecidos en los últimos años y que esperaba que fueran para siempre...

PORQUE YO LO VALGO

Manu Ponce

Comienzo...

Hoy es un día como otro cualquiera. Tengo el pelo más brillante que las perras del anuncio de l'Oreal. Yo sí que lo valgo, tengo un collar de diamantes, ¿quién puede decir eso a esta época de crisis? (Vale, son brillantes del chino, pero chitón que os muerdo). Si me lo propongo, tengo hasta pedigrí.

Estoy sentado en el sofá, como todos los días, pasando las horas entre anuncios de relleno en el televisor, echando un ojo de vez en cuando a Facebook, que está abierto en el ordenador y mirando por la ventana para chafardear a lo marujo de oficina.

Está diluviando, pero no importa, tengo que salir sea como sea, necesito respirar aire puro, estirar las piernas y pegarme algún que otro pedo disimulado esperando que lo que el viento se llevó sea mi pedo. Maldita película de sobremesa, cada maldito domingo en una cadena distinta...

Perdón, preciosidades de la estratosfera, soy Yoda, no el alien verde eh, que todavía no me han salido arrugas (que el Yoda viejo es una pasa arrugada y yo nanai de la china, o de la española, según como se mire), y eso que no he probado las cremas efecto lifting, solo os dejo compararme con el baby Yoda, que es tan lindo que hasta me lo comería, literalmente.

Dicen que la sangre de los bebés te hace eternamente joven. Lo vi en una película de esas macabras que ponían en televisión y se me ha grabado a fuego, ¿o quizá era una serie? A quién coño le importa.

Voy a la cocina a echar un traguito y así estirar un poco las piernas que, si no ya verás luego la ciática y los huesos atrofiados, me van a pasar factura, como los de Hacienda, que tienen inundado el buzón. Ya ni el periódico puedo recoger con tanto papel inútil.

Miro a Alexia con cara de haberme metido un pepino con estrías en el culo. Me podía haber hecho algo de comer, ¿qué le costaba? No puedo cocinar con estos muñones por manos, además tengo menos maña que los que salen en Pesadilla en la cocina. Pobre Chicote...

Me vuelvo a sentar otra vez en el sofá. Estoy más aburrido que una ostra. Hasta las ostras tienen más vida social que yo. Aprovecho para darme un buen repaso. Saco mi lengua, que hoy rasca como una lija, y me lavo bien lo que es el percebe, lo que comúnmente se conoce como limpiarse la zanahoria. Que no es que esté negro, que también, más que nada porque esa zona y el ano es lo más oscuro de todo mi cuerpo.

Una vez más limpio que una patena, me acerco a Alexia y le pongo buena cara. Necesito que llene mi estómago, porque cuando no como, me pongo de muy mala leche, pero ella solo se ríe mirando el maldito Facebook. ¿Hola? Este tío sexy está aquí y quiere que le hagan caso y le den de comer.

No deja de reírse, parece que está viendo esos vídeos de niños que se ríen y se te pega la risa, creo que se llama risa contagiosa, si no, que se lo digan al Risitas. Pero cuando me asomo, veo que no, que está en un grupo hablando con unos amigos y partiéndose la caja.

Nunca entenderé por qué lo llaman la caja. Nunca veo ninguna caja romperse cuando se ríen Alexia o Pablo. ¿Dónde está Pablo cuando se le necesita? ¡Quiero salir!

Muevo mi rabo (el del trasero, no el otro) y miro con cara de cordero degollado (qué mal royo, pobre cordero), pero nada funciona. Alexia, sin prestarme atención, se va a la habitación y empieza a hacerse fotos en los pies con varios calcetines. Algunos con dibujos de perritos.

Asesina, se come a mis hermanos por los pies. Por eso no quiere darme de comer... Quiere que

esté débil para que sus pies me devoren. Me va a degollar como el cordero y yo aquí moviéndole la cola como si estuviera feliz de verla.

Le ladro para que vea que estoy cabreado con ella, pero solo me manda un beso a desgana y sigue haciéndose fotografías. ¿Perdona? ¿Cuándo he dejado yo de ser tu bebé y me he compartido en el competidor de un triste móvil?

Se va a enterar lo que vale un peine (aunque me imagino que si es made in china será alrededor de tres o cuatro euros, ¿no?)

Me vuelvo al comedor y me subo en el sofá. Veo comentarios de unas preciosidades llamadas la tribu. Si no fuera un perro en eso del amor, les hincaría el diente a los huesos de más de una. Aprovecho, como ya he visto a Alexia hacer un millón de veces, y le doy a las teclas con los muñones que tengo por manos.

Mierda, no quería hacer eso, pero he acabado mandando una foto suya que se ve más carne que una modelo en topless en una barbacoa, carne mires donde mires. Me hago el disimulado como puedo, aunque consigo ver, moviendo una de mis pezuñas por el ratón este táctil incrustado en el ordenador (tampoco entiendo por qué se llama ratón, yo aquí no veo ni cola, ni bigotes ni dientes sin limar) tres tíos medio en bolillas que ya me imagino yo de por qué se ríe Alexia. Seguro que la ponen nerviosa y por eso se ríe, no sabe nada esta. Y parecía tonta cuando me compró...

A Pablo no le va a hacer ninguna gracia que mire a esos chicos cachas, yo me encargaré de enseñárselo para que deje el jijijaja y le dé más al paseo. A mi paseo especialmente.

Veo que vuelve y me hago el dormido en el sofá. Espero que no se dé cuenta de la que he liado y de que he colgado la foto de su casi desnudo integral. Si es que a esta le gusta menos llevar ropa que a un tonto un lápiz (no entiendo por qué no puede ser un hueso o un buen chuletón. ¿qué tienes de especial un lápiz?).

Me quedo en silencio y no tarda mucho en cagarse en todas las cosas del universo, cosa que me da ideas. Abro un ojo disimuladamente y está más rojo que el culo de mi amigo Bruno cuando va durillo el pobre. Es que su dueña solo le da arroz, así cualquiera. Tiene el ojete a lo bandera de Japón.

—¡Cómo coño se ha colgado esto solo! Creo que me están jaqueando el ordenador. Me parece que voy a tener que ir al servicio técnico.

Sigo haciéndome el dormido, que eso se me da de maravilla mientras ella despotrica de lo lindo y corre a borrar la foto, aunque tarda un poco más de la cuenta, porque como no atina mucho por los nervios, le va dando a botones sin sentido.

Cuando ya está más calmadita y todo ha vuelto a la normalidad, hago como que me despierto y bajo del sofá, caminando hacia la cocina, cogiendo el cuenco de la comida entre los dientes y acercándome a ella lloriqueándole un poco. Dicen que dar pena funciona, a ver si es verdad...

—Ui es cierto Yoda, se me pasó.

Se te pasó, se te pasó, pues ya verás cómo no se le pasa tomarse su copita de vino en la cena, eso no se le pasa, vaya telita... Veo que se compadece de mí y coge el cuenco que sostengo entre los dientes y lo lleva a la cocina para llenarlo de comida. ¡Ya era hora!

—Aquí tienes peque.

—Guau, guau.

Ella ha escuchado guau, pero yo me he cagado en sus muelas y la he amenazado de muerte si no me prepara un buen secreto ibérico, por las molestias. Lástima que no me entienda, si no otro gallo cantaría.

Me como el plato de pienso, aunque hubiese preferido un poco de paté para que le diera

melosidad, pero como no se lo come ella, no se para a pensar cómo puede estar más bueno. Típico de los humanos.

Vuelve a sentarse en el sofá y a entrar en la página de las chicas de la tribu. ¿Acaso son indias? Quien sabe, aunque yo no veo a Alexia de india, no tiene plumas como en la película de Pocahontas.

Supongo que es ella la que ha puesto el nombre al grupo porque se pone la película todas las semanas, es más cansina la pobre. Siempre llorando y cantando no sé qué del viento.

Vuelvo a subirme en el sofá y echar un ojo disimulado al ordenador. La verdad es que no me importaría nada pertenecer a la tribu. Felicidades diarias, pibones a mi alrededor, buen rollo, amistad, familia... ¿Aceptarán perros?

Yo soy un perro sexy. Quién no querría tener a su alrededor un sex simbol como yo. Un Pomerania canela de aúpa.

¿Quién no querría tenerme en mi tribu? Pero no la de Paco León y su lapa, sino en la de Alexia y las chicas buenorras que hay. Si no fuera un perro las iba yo a poner finas filipinas.

Os preguntaréis qué hace un perro hablando como si fuera un humano. Es fácil. Aunque vosotros escucháis ladridos, nosotros, a base de estar con vosotros, hemos aprendido vuestra lengua, vuestras costumbres, hasta vuestras guarradas.

Eh, chicos, que, aunque el pedo no suene, huele igual. Un poco de por favor, que me asfixiáis y ni pensáis en mí.

Que el ups no suprime las pestes y que, cuando me veis con la boca abierta, la lengua fuera y jadeando es porque me estoy asfixiando y me lo he comido enterito. No es agradable...

La cosa es que nosotros sí que os entendemos a vosotros, pero vosotros a nosotros no y os voy a desvelar el porqué. Es porque con los morros no podemos vocalizar y nuestras cuerdas vocales como que no ayudan mucho. Ala, misterio resuelto.

El tintineo de las llaves se escucha y Pablo entra por la puerta. Salto como una liebre y corro a su posición ladrando entusiasmado y dando vueltas a sus pies a ver si suena la flauta y me saca a pasear, pero él solo tiene cariñitos para su mujer.

¿Y yo qué? ¿Es que acaso me ve como al Ecce Homo que destrozó aquella abuela con demasiado tiempo libre y le da miedo acercarse a mí?

Se dan besos de esos demasiado pastosos. Si tuviera dinero les pagaría un hotel para no verlo. Aunque esto no es lo peor, cuando se ponen cariñosos en la cama conmigo delante y empiezan a hacer cosas que me encantaría borrar de mi retina, eso sí es repulsivo. Si fuera un gato, hasta vomitaría una bola de pelo.

Se quieren mucho y me alegro por ello, pero podrían pensar un poco en mí. ¿Cuándo me van a presentar una perra sexy que merezca la pena para hacerle lo que ellos se hacen por la noche? Creo que ahora se llama cucharita, misionero o no sé qué.

Tengo un par o tres de planes que pienso poner en práctica para que me hagan caso. Pablo me ha bajado un segundo al árbol del portal para que lo suelte todo, literalmente. Parece tener prisa para volver con su princesa, porque ni se digna a dar ni una vuelta por la manzana para que estire las piernas.

No tardamos nada en volver a casa y es entonces cuando me sueltan de la correa, que me estrangula el cuello como si fuera una mantis religiosa queriendo decapitarme (oye, lo que aprende uno cuando tu dueña se deja puesto el canal naturaleza mientras se da una ducha).

Yo no digo nada, pero lo digo todo; como mañana vuelvan a ignorarme y me traten como a un perro (en el mal sentido, no literalmente), que se preparen, porque la guerra va a empezar.

CALCETINES A UN EURO, SEÑORES.

Otro día más aquí tumbado haciendo el perro, que es lo que mejor se me da. Pablo ya se ha ido a trabajar.

Es muy madrugador, trabaja en no sé qué de un buffet, y a mí eso solo me suena a comida, porque el gordito gracioso de Pesadilla en la cocina a veces va a restaurantes donde hay bufetes y se pone las botas. Así está, que le revientan las batas de flores esas que me lleva.

Alexia todavía no ha empezado a trabajar, está en la cama roncando de lo lindo, parece un oso polar en hibernación (sí, también gracias a los programas de naturaleza que se pone Alexia para dormir la siesta).

El ordenador se ha quedado abierto toda la noche, me imagino que ese cacharro tiene una vida infinita, porque si no, no lo entiendo. Le echo un ojo a lo que aparece en la página principal.

Es la misma página del otro día. Se ha auto reproducido un vídeo y estoy viendo más calcetines que en toda mi vida. Están etiquetados los tres maromos, o así los llamo yo; unos tales Dylan Martins, Hugo Sanz y Manu Ponce. Esos son los chicos a los que les tengo que enseñar a Pablo.

Me hace gracia un comentario que consigo leer cuando arañeo con la pezuña el teclado táctil. Dice que ni los anuncios de Calcedonia son mejores que el vídeo y lo corroboro.

La verdad es que le he visto los quesos a medio mundo. Suerte que el olor no traspasa las pantallas, que si no, no sería tan bonito.

Me hago el dormido cuando escucho ruidos raros. Parece que la bella durmiente se ha despertado ya y tiene una energía poco común a estas horas. Normalmente parece una muerta viviente cuando sale de la cama.

La idea es madrugar, pero como es su propia jefa, hace lo que le sale del kiwi. Se pasa el día poniendo fotos y más fotos en lo que parece una revista de famosillos. La verdad es que a veces incluso es gracioso, pero en general me aburre enormemente.

Se sienta en el sofá y mientras revisa esa página que tanto le gusta y ríe como una loca, se toma un café. Casi se atraganta y todo. Lo que me faltaba, tenerle que hacer el boca a boca como que no, y menos sin haberse lavado los dientes. Puag.

La veo concentrada y pongo el plan en marcha. Esta se va a cagar. No me sacó ayer y tiene pinta de que tampoco vaya a hacerlo hoy. Voy a la habitación y muerdo el asidero del cajón que más bajo está, donde se encuentra mi objetivo.

Los calcetines aparecen como palomitas cuando metes la bolsa en el microondas. No tengo un objetivo claro, simplemente los voy sacando todos y haciendo destrozos. No se salva ni uno.

Me cebo especialmente con los calcetines de perritos. Aquí el único perrito que hay soy yo y si tengo que marcar territorio de esta manera, lo haré. A mí no me pisan unos calcetines con caras bonitas y orejas caídas.

No pasa mucho tiempo hasta que está todo hecho un desastre. Alexia se va a cabrear, y mucho, ya me lo veo venir. Va a arder este mundo y los colindantes. Espero que Pablo sea más compasivo y me salve, porque si no voy fino. Es que soy de arrebatos, qué le vamos a hacer.

Ya ha empezado mi venganza, pero esto es solo el principio, pienso volver a ganarme el sitio que me corresponde en esta casa que me ha arrebatado esa página con tanto jijijaja. ¿Acaso yo no soy gracioso?

Ahora va a ver Alexia lo gracioso que soy. Le ha a hacer una gracia cuando vea toda su colcha

meada... Le va a parecer que le han cambiado su colchón viscoelástico por uno de agua. Restriego el culo por el pis para acabar de extenderlo por todos lados. Estoy ano-nadado jajaja.

Dicho y hecho. Me echo una meada que ni una manguera. Me he llenado hasta las patas, pero todo sea por la causa. Una vez estoy satisfecho, me bajo de la cama y vuelvo al salón como si no pasara nada.

Me dedico a dormir, lamerme, hoy toca el ojete, y si todo va bien, en unas horas volverá Pablo y le enseñaré a los maromos que se dedica a ojear por Facebook.

Veo que Alexia se levanta con algo de ropa que ha ido doblando en el sofá tras recogerla del tendedero y entonces escucho un grito suyo que yo he provocado.

—Yoda, ya puedes correr pequeño granuja, porque cuando te encuentre desearás estar muy lejos de aquí.

—Que te lo has creído tú. No me mearía en tu cama si me sacaras a pasear, ni rompería tus calcetines si no me traumatizaras. Ahora vendrás con tus pies pestosos para comerme con ellos, ¿no? (obvio ella solo oye ladridos).

Me salgo al pequeño balcón, a ver si con suerte me mimetizo con el ficus que tienen y no me ve. Como lo tienen medio quemado del sol y la falta de riego, hasta tiene un color parecido a mi pelaje.

—Estás aquí, bola de pelo del demonio.

—Si el demonio es mi papito estaré bien calentito. (Sé que no me entiende, pero me encanta hacerle rimas para vacilarla. Sería un buen rapero. Que tiemble Eminem, ha llegado Yodap, un Yoda con mucho rap).

—Ven aquí.

Me coge en brazos, aunque intento resistirme. Voy a tener que ir al gimnasio. Con suerte me pondré como Stallone y podré con esta nena. Pero hasta la fecha lo más musculado que tengo es el hocico, y de oler culos para arriba y para abajo.

Me arrima el rostro a la colcha meada. No entiendo por qué le hacen eso las dueñas a los perros. ¿Os creéis que no sabemos cómo huele o sabe nuestro pis? Os recuerdo que nos chupamos el churro para lavarnos, sabemos cómo huele y sabe. ¿Vale?

—Así aprenderás a ser un perro bueno.

—No lo consiguió mi madre, lo vas a conseguir tú.

—No me ladres. Luego cuando venga Pablo voy a contarle lo que has hecho.

—Y yo le diré que hay tres chicos que te sacan sonrisas sin parar, a ver si eso le hace mucha gracia.

—Ahora al sofá a pensar.

—Más bien a maquinar monada, no sabes la que te espera.

Me quedo en el sofá mirándome las pezuñas y mordisqueándolas porque me pican mientras Alexia recoge todo un poco. En realidad, no lo he pensado muy bien, porque mientras que se pasa el tiempo recogiendo no me saca, que es lo que quiero.

Pablo llega varias horas después y la chivata de Alexia se lo cuenta todo. Maldita lengua larga...

A ver, dejemos clara una cosa, mi dueño es Pablo y llevamos casi cinco años juntos, toda una vida, teniendo en cuenta que mis años se multiplican por siete. Entonces sería... A ver, un poco de paciencia, que lo mío no son los números.

Es esta casa son poco dados a los números, lo que hace que yo no tenga tanta idea. Solo sé lo que aprendo, así que, en mi caso, a veces sumar dos más dos no sale cuatro. Creo que tengo treinta

y cinco años, pero no me hagáis mucho caso.

Si tengo la edad que más o menos he calculado, la verdad es que soy un nini, como los de Gran Hermano, que ni estudio, ni trabajo, ni hago otra cosa que no sea chupar del bote, o en su defecto de mis dueños. Pero es que, ¿quién le daría trabajo a un perro? Ya se sabe que perro se atribuye a vago. Ahí lo dejo.

Pablo me mira negando con la cabeza, pero no dice nada. Me conoce y sabe que no suelo hacer esto y si lo hago es por un buen motivo. Se gira para buscar la mirada de Alexia antes de hablar.

—Está enfadado con nosotros porque apenas lo sacamos ni estamos por él, por eso hace estas cosas, para llamar nuestra atención.

—¿Y no puede, no sé, morderse la cola como el resto de los perros antes de destrozarme parte de mi ropa interior? Ha hecho añicos literalmente mis calcetines de pluto. Eran de Disneyland y me costaron una pasta.

—Son solo calcetines nena. Supongo que ver a otros perros en casa no le gusta. Los ve como contrincantes.

Madre mía con las pajas mentales (y las no mentales) que se monta este para justificar las cosas. Si me entendieran lo explicaría, pero ¿para qué? Pasando...

Pablo me saca a pasear y mi sonrisa vuelve a la cara (ya sé que no tengo sonrisa, no soy la Mona Lisa). Muevo el rabo de izquierda a derecha más feliz que una perdiz (no sabía que las perdices transmitían felicidad para los humanos).

Cuando volvemos a casa está algo nervioso. No para de rascarse la coronilla, como hago yo con la pata cuando tengo pulgas. ¿Acaso tiene pulgas? ¿Necesita que le preste mi pata para rascarse mejor?

—Alexia, yo... Bueno, yo quería decirte una cosa.

Y se mira el reloj. Como si acaso importara algo qué hora es. Es la hora de sacarme de nuevo si quieres, que de eso no me quejo.

—Claro, dime.

—¿Por qué no salimos al balcón a que nos dé un poco el aire mientras hablamos?

—Pablo, no me asustes.

—No, tranquila.

Salen al balcón y cierran la puerta para que yo no les acompañe. Malditos. Tengo que agudizar el oído al máximo para seguir escuchando lo que dicen. No es que esté sordo, pero últimamente los taponos de cera me están pasando factura y oigo regulín, pero nada de sordera eh, que os muerdo.

Y entonces empiezo a escuchar una música de fondo bastante cutre, no nos vamos a engañar. ¿Eso es una guitarra? ¿Un ukelele? ¿Un laúd? ¿Pandereta? ¿Bandurria? (¿Quién coño sabe que es una bandurria? Yo, lo aprendí en callejeros viajeros cuando... oh, mierda).

—¿Es una tuna! ¡Una tuna! ¡No!

Veo cómo Pablo se arrodilla y saca de su bolsillo una cajita que abre. Dentro hay un pedrusco más grande que los que me clavo en las patas cuando salimos a pasear por el campo. Últimamente una vez al año porque no les hace daño.

—¿Me harías el inmenso honor de convertirme en mi esposa?

—¡No me lo puedo creer, por el amor de dios Pablo! ¡Sí, claro que sí!

Mierda, si no quería un confinamiento, toma tres tazas. Con lo casera que es esta, me van a salir telarañas antes de poder volver a pisar la mullida hierba y no duro y asqueroso asfalto.

—Me acabas de hacer el hombre más feliz, Alexia.

—Pues a mí me acabas de hacer el perro más infeliz como no cambies de actitud, bonita (aunque ellos solo escuchen ladridos, si no lo digo reviento).

MALAS PULGAS

Hemos bajado a la calle a continuar con el sarao, entiéndase con el sarao ver a cuatro gorditos, con un traje dos tallas menor, que tocan y cantan sin cesar. Yo no debería de estar aquí, pero me he colado, se siente. Igual hasta me escapo como me toquen las narices.

Llevan un perrito. Creo que se han confundido y en realidad querían traer a la cabra, pero ya que estoy, socializaré un poco con él o ella y con suerte si es chica echaré una canita al aire.

Me acerco lo más que puedo y ya lo huelo, es como un perfume que sale de su culo. Sé que suena poco sexy, pero para un perro eso es lo más, es como oler un pedo de rosas o de gominolas.

Me friego contra su cuerpo. Es pequeña, pero un tanto arisca, se parece un poco a Alexia y yo soy más Pablo. ¿Será facilona? Esperemos que sí, porque no suelo ver muchas hembras y me muero por mojar el churro, que ya es mucho tiempo.

Miro de soslayo a Pablo y a su futura mujer, miran a los gorditos cantarines enamorados y abrazados mientras yo intento calzarme a esta hembra. Que sigan ocupados, que nosotros dos necesitamos intimidad.

—Hola chati, ¿quieres catar a un perro de verdad?

—Lo haré cuando vea uno.

—Pues aquí ha llegado tu chatungo para complacer todos tus deseos.

—Qué eres, ¿un genio?

—Soy lo que tú quieras.

—Pues vuélvete e meter en el frasco y piérdete, anda.

—Eres de las duras, ¿eh?

—De las duras y las maduras. Podría ser tu abuela. Así que date el piro, que no tengo el chichi pa' farolillos.

—Pues te veo muy bien conservada. Lo tienes todo muy terso.

—El mordisco que te voy a dar si que te va a poner el carrillo terso.

—Así que te gusta el sexo salvaje. Interesante. Eres de las mías.

—Eres duro de oído o qué. Vete a molestar a otra parte. No te lo digo más veces o te aseguro que te voy a arrancar el rabo de un bocado, y no me refiero al del culo.

—Quizá hasta me arriesgue y me guste.

Veo cómo se acerca con cara de perra rabiosa para atacarme. Vale, me he pasado tres pueblos, pero es que nunca hablo con nadie. O no me entienden o hablo solo y me apetecía un poco de juerga. Parece que me ha salido el tiro por la culata (tampoco entiendo esta frase humana).

—Mira ahora cómo huyes con el rabo entre las piernas.

—¿Cuál de los dos, monada? Porque uno ya lo tengo ahí de serie.

Viene a atacarme de nuevo, pero Pablo me toma en brazos justo a tiempo. Que le den a la chulita con la vagina más reseca que la de la duquesa de Alba (ojo, que yo no sé cómo la tiene, gracias a dios, pero siempre hacen la broma en televisión).

Me sube a casa para que no la líe más y vuelve a bajar con Alexia a disfrutar de ese espectáculo que le habrá costado un cojón de caniche. Ya que se estiraba podía haber traído a Lady Gaga o a Sam Smith. Eso es polvete asegurado.

Cuando acaba el show, suben a casa, donde yo les espero mirando desde el balcón el panorama. La perra, no perrita no, esa es perra vieja, se va junto con sus amos y yo vuelvo a

quedarme más solo que la una.

Pablo y Alexia se meten en la habitación a celebrarlo. Ahora, hemos pasado de la música tunera a la atunera, porque esa habitación huele a atún, Puag. Demasiados sudores de almeja y churro.

La música del colchón me hace desear que vuelva la tuna para aplacarla, pero ya no hay marcha atrás. Ojalá tuviera dedos para ponerme trozos de papel higiénico en las orejas a modo de tapones. Sinceramente, prefiero escuchar un disco de Enrique Iglesias sin autotune colaborando con Paquirrín. Lo soportaría mejor. Bueno, no.

El ordenador sigue encendido y no paran de llegar mensajes y fotos de las preciosas. Miro lo que va saliendo en pantalla, porque ya me da pereza hasta desplazarla con la pezuña, y veo algo que me sorprende.

Hay una nueva foto en la página de las chicas de la tribu y ¡salgo yo! Alexia ha colgado una foto donde salgo yo y otra al lado del destrozo de sus calcetines. Será perra. ¿Quién le ha dado permiso? La voy a denunciar por derechos de imagen y de destrozos.

Me levanto y me meo en el ficus. Ala, no estaba quemado, pues por un poco más no pasa nada. Podría haberlo hecho cuando he bajado a la calle, pero no me da la gana, no me han bajado, he tenido que hacerlo yo. Ya lo he regado.

Pablo se acerca entonces a la cocina, me imagino que a beber algo de agua, estará sediento después de tanto ejercicio físico. Me acerco a su posición y le ladro. Me mira y me sonrío, pero pasa de mí.

Se bebe un trago largo de agua y vuelve a la habitación, me imagino que para una segunda ronda. Le ladro para que me haga caso, pero es inútil, así que me meto en la cama y me dedico a lamerme y a jugar con una pelota de cuerda que Pablo me compró hace tiempo antes de quedarme dormido.

Muchos humanos se creen que lo que más nos gusta es dormir, como a esos chulitos de los gatos, pero no es cierto. Lo que más nos gusta es que nos acaricien, que jueguen con nosotros, que nos mimen, que nos tengan en cuenta. ¡Y que nos saquen a pasear!

Hoy es sábado y Pablo no trabaja. Con suerte me sacará a pasear y corretearemos por el prado y nos tiraremos en plancha a la hierba como cuando éramos más jóvenes. Bueno, como hace cuatro años, tampoco nos pasemos.

Se levanta antes que Alexia, como viene siendo habitual. Está preparando el desayuno cuando se me ocurre. Lo que tengo que hacer para que vea a los maromos de la página web y que Alexia no se convierta en mi madre postiza es poner las piezas en el orden perfecto.

Coloco como puedo la foto de los chicos con la pezuña, intentando no arañar mucho con las uñas, y cuando lo tengo listo me cago en el teclado, literalmente. Suelto ahí un pedazo de regalo que ni una vaca que vaya suelta.

Cuando lo ve, la mandíbula se le desencaja y se acerca con cara de muy mala leche para reñirme, pero yo acaricio con el hocico la pantalla del ordenador y cuando la mira su cabreo aumenta.

Se pone un guante y coge el producto ese multiusos para limpiar. Se deshace de mi zurullo y lo tira por el retrete, por donde tiene que ser, antes de volver al ordenador, mientras Alexia aún duerme, y ver los piropos que ella le dedica a Hugo, Dylan y Manu.

Se cabrea y con razón. Si mi perra olisqueara los culos de otros perros me cabrearía. Hace bien. Eso es ser un hombre y no un crío, ¿no? Yo qué sé, solo soy un perro, sexy, pero un perro, al fin y al cabo.

—Pero ¿qué coño?

—Te lo dije colega. Bueno, no te lo dije, pero te lo digo ahora. No solo le gusta tu percebe, mira los percebes de otros. Vale, no se les ve nada, pero seguro que fantasea con sus percebes. Yo ahí te lo dejo (sé que no ha entendido nada, pero me gusta pensar que sí).

—Gracias por avisarme de esto colega, tú sí que eres un amigo.

—De nada tío. Para eso estamos. Pero de perdones no vive uno. ¿Un hueso y un paseo como agradecimiento?

—¿Te apetece salir a pasear un rato? Así cuando llegemos Alexia ya estará despierta y hablaré con ella de ese asuntito.

—Eso, eso, y dile que o me trata como un rey o ya se puede ir olvidando de ese anillo. Soy capaz de arrancárselo a bocados, tragármelo y luego a ver quién es el guapo que lo encuentra entre mis trufas.

Pablo coge la correa y juntos salimos del portal rumbo a zonas verdes. Que uno tiene que purgarse. Hace que no como hierba, al menos medio año y creedme que la necesito. Que uno no adelgaza con el aire, hay que comer verde y hacer abdominales.

En mi caso la manera de hacer deporte es dar vueltas intentando cogermelo el rabo del culo con los dientes, no solo porque me pica, sino porque así al menos corro sobre mis propios pies y sudo, quemando grasa.

Cuando llegamos a la zona verde y montañosa, Pablo suelta la correa y salgo disparado, como si fuera el perro de Flash, en busca de estirar las piernas, comerme todo lo que encuentre, y hacer una visita turística, que como hace tanto tiempo que no vengo, ya ni me acuerdo de lo que hay.

Me meo en todos y cada uno de los árboles que me encuentro en el camino, que uno tiene que marcar territorio, que no se diga. Hago la croqueta en el suelo junto con Pablo, que se ha tumbado conmigo y me imita, como en los viejos tiempos.

Acabamos con el pelo bonito, él lleno de palos y hierba, yo con el pelaje lleno de bolas que se me han pegado. Pablo me coloca en su regazo y me las quita una a una. Es como si me hiciera un masaje y lo disfruto de lo lindo.

—Joder tío, ¿dónde te has metido? Tienes pulgas y garrapatas.

—Mierda. Eso ha sido la perra de la tuna o quizá el campo. A saber. Pero necesito que me quiten esto ya. Ya decía yo que me picaba un poco el cuerpo, pero pensé que sería urticaria.

—Tengo que llevarte al veterinario, pero ya.

La palabra veterinario para mí es como sala de torturas de Saw. No quiero entrar, porque si no paso la prueba no saldré nunca.

Nuestros dueños nos dejan allí cuando se quieren deshacer de nosotros. Y yo no quiero que me abandonen. ¿Por qué no se llevan a Alexia al veterinario y yo me quedo en casita feliz con Pablo y mis pulgas?

Ya me las quitaré de alguna otra manera. Que me bañen en casa con esos champús antipulgas, pero el veterinario no, por favor. Antes muerto que entrar en esas cuatro paredes de tortura.

Volvemos a casa. La verdad es que no sé si a Pablo le urge más hablar con Alexia sobre el tema de las chicas de la tribu y los chicos sexys o mi problema con las pulgas y las garrapatas. Parece que, como siempre, gana Alexia, aunque esta vez lo agradezco.

Me tumbo en mi cama para observar el espectáculo. Pablo hace venir al comedor a Alexia, que parece haberse despertado y está duchándose en el baño y cuando sale y se viste, ambos se sientan en el sofá.

—Alexia, ¿qué ocurre? Me gustaría saber por qué vas mirando a chicos sin camiseta en

Facebook.

—A ver Pablo, que no te montes películas. Estoy en un grupo de lectoras. Esos tres chicos son escritores a los que seguimos y nosotras somos sus seguidoras. Somos una gran familia y nos pasamos el día entre risas y lecturas. Somos una tribu, mi tribu.

—Me gustaría que me lo enseñaras entonces, Alexia.

Los veo enfrascados en el ordenador y ambos empiezan a reír por cosas que está viendo o leyendo, me imagino. Mierda, Alexia le está comiendo la cabeza para llevárselo a su terreno.

Veo que Pablo saca su móvil y teclea, me imagino que para inscribirse en la página como un integrante más. Pensé que solo era un grupo de chicas y si me dejan entrar, de perros, pero los tres de la casa en el mismo son multitud.

—Ya soy miembro del sitio, pero que algún día de la tribu.

—Tendrás que ganarte eso, Pablito.

—Yo siempre gano, nena. Te he ganado a ti, después de eso puedo ganar cualquier cosa.

—Deberías leer a Hugo, a Dylan o a Manu. Créeme que merece la pena. Yo tengo todos los libros en mi Kindle de la Tablet y la verdad es que me meo de la risa y disfruto con cada uno de ellos.

—¿Debo comprarte pañales entonces? Lo digo por si te meas literalmente.

—No seas tonto.

—Te robaré la Tablet para leerlos.

—Sí hombre, te los compras. Yo si quieres te paso los links. Y luego valoras el libro en Amazon, eh, que, si no, te caneo.

—Vale, lo haré.

Bueno, parece que Alexia se ha llevado el gato al agua y ha ganado este asalto, pero no la batalla final, que la ganará un servidor. Que la fuerza te acompañe Alexia, la vas a necesitar.

¿DÓNDE ESTÁ YODI?

Una vez han resuelto el tema, Pablo me mira y sé exactamente lo que le está pasando por la cabeza. Me va a llevar, ya lo estoy viendo. Corro y me meto bajo la cama para que no puedan atraparme.

Oigo unos pasos que vienen hacia mí y la verdad es que tiemblo un poco, aunque yo soy un machito y nunca lo confesaré. Y entonces lo huelo. ¿Son mis salchichas preferidas recién hechas? ¿Las de Óscar Mayer? Creo que los humanos las llaman Frankfurt.

Salgo en silencio, intentando hacer el menor ruido posible. Solo quiero coger la salchicha del plato y volver a esconderme bajo la cama, es fácil. Salgo de debajo de la cama y cuando estoy cogiendo una de las salchichas, Pablo me caza y me coge en brazos.

El cazador ha sido cazado. Intento resistirme, pero no hay manera, me meten en una especie de caja portátil con rejas, a lo Prison Break. Me suben en un coche y no tardamos en llegar a la sala de la tortura.

—Yoda, ahora estas chicas y chicos te van a tratar como a un rey y te van a quitar los bichitos del cuerpo. Sé bueno y te daré otra salchicha cuando volvamos a casa.

—Maldito traidor, me las vas a pagar.

Me acaricia la cabeza y yo le gruño para que entienda que estoy muy cabreado con él. Se despide con la mano y se marcha con Alexia.

Esta me lo quiere robar. Me van a abandonar aquí para vivir su vida loca de futuros marido y mujer. He pasado de ser lo más importante para Pablo a ser la última mierda. Ahora todo gira en torno a ella.

—Hola, cariño, te vamos a quitar esos molestos bichos del cuerpo, ¿vale?

—Ostras, pero si tú eres una de las chicas de la tribu. Qué guapa eres. Te dejo que me sobes hasta la entrepierna, monada.

—Eres muy mono. Sabes, yo también tengo una perrita Pomerania. Hablaré con tu papá por si quiere que os conozcáis y, quién sabe, quizá tener pequeñines.

—Oh sí, tu tráeme a una nena, que yo la pongo fina filipina.

—No me ladres pequeñín, estate tranquilo, que yo te voy a cuidar muy bien.

Me callo, porque quiero conseguir ese casquete, y cada vez que hablo sube el pan. Además, ella solo escucha que le ladro, como si estuviera enfadado con ella y yo no quiero eso.

Me tumban en una camilla y me dan un masaje con un champú muy espumoso. La verdad es que no es tan malo como creía, es más parece que estoy en un spa. Cierro los ojos y disfruto del momento.

No pasa mucho hasta que siento cómo me trasladan a una especie de piscinita y me quitan el jabón. Y ahora viene la peor, parezco una rata mojada con el pelo lacio. Estoy horrible cuando me mojan el pelo.

Pero aun así esa no es la cumbre de lo peor. Lo peor viene ahora, cuando viene otra chica, que no es la masajista de la tribu con una motosierra en las manos. Bueno, es una maquinilla del pelo, pero para mí eso es una motosierra a lo Matanza de Texas.

Aunque ladro, lloro y casi maúllo si hace falta, nadie se apiada de mi alma y ahora sí que parezco una rata. No tengo ni un pelo de tonto. Al menos ya no me pica nada, los bichos me imagino que han desaparecido, pero ¿por qué me han puesto el champú si me iban a rapar? Qué

ganas de gastar a lo tonto. Luego se lo cobrarán a Pablo.

Paso de que le tomen el pelo, la verdad. A ver si le puedo hacer saber de alguna manera que lo están timando.

Ya han pasado más de dos horas desde que terminamos y todavía no han venido a buscarme. ¿Y si se han olvidado de mí? No, Pablo no sería capaz de olvidarme, ¿verdad? Lo cierto es que ahora que tiene a Alexia empiezo a dudar.

La gente no para de entrar y salir. Me han dejado en una especie de cajita, parecida a la que ha usado mi dueño para traerme aquí. Mordisqueo el gancho sin éxito. Es de plástico, seguro que lo puedo partir, pero me llevaría horas y horas.

Tengo que salir de aquí y no puedo esperar horas. Si me han esquilado como a una vulgar oveja, con lo bonito que tenía el pelo, qué no pueden hacer ahora que soy la ratita presumida del lugar.

Consigo abrir la puerta con el hocico y, como nadie me está echando cuenta, me escondo en una esquina oscura a la espera de que abran la puerta de la calle. La verdad es que parezco el James Bond, pero en versión perro. Yoda Bond.

Y entonces alguien entra. Esperaba que hubiese sido Pablo y nos hubiésemos ahorrado el show a lo Misión Imposible, pero no. Es una anciana que trae a su gato. Ese sí que tiene malas pulgas. Está arañando al aire con una cara de perdonavidas.

Salgo disparando antes de que se cierre la puerta como si me fuera la vida en ello y pronto me encuentro en la calle de vete a saber dónde. La verdad es que quizá no haya sido tan buena idea salir a buscar a Pablo, sobre todo porque ni sé dónde está él ni la casa.

Miro hacia la izquierda y veo una rotonda y miro hacia la derecha y veo una calle interminable. Iré hacia la izquierda, sobre todo porque dicen que, si te equivocas de camino, siempre puedes dar la vuelta en una rotonda.

Camino sin prisa, pero sin pausa. Todos los perros con los que me encuentro se ríen de mí, por mi desnudez, y yo solo intento ignorar sus risas para no tirarme a sus cuellos, sobre todo porque algunos triplican mi tamaño.

Ahora mismo desearía que cualquiera de las bellezas de la tribu me socorriera, incluso me dejaría sobar por los escritores. Solo necesito que algún alma caritativa me ayude a volver a casa.

Llevo caminando más de cuatro horas, lo sé, no porque sea aquí un lumbreras, sino porque me lo chivan los panelillos de las farmacias. Si hasta me pone que hacen veintinueve grados. Sí, sí, ahora sin pelo me voy a quemar la piel.

Al llegar a casa, si es que llego algún día, van a tener que ponerme mínimo aftersun. Ya me imagino, un perro rata con el cuerpo pintado de blanco. Desde luego digno de colgarse la foto por lo menos en Instagram. A ver esos followers de mis amores.

Si es que estoy desaprovechado... Yo podría ser perfectamente un influencer de esos que pone morros todos los días con veinte quilos de pote, da igual si es hombre o mujer, y con cuatro trapos que les dejan. Eso lo hace hasta un perro. Pues anda que no es mono mi hocico, te puedo poner morros cuando quieras.

Me estoy mareando ya de tanto calor. Me he amorrado a un charco y he tenido que beber agua de allí para no desmayarme. Eso jamás se me hubiese ocurrido antes. No tenía necesidad de beber de un charco pudiendo hacerlo de mi cuenco de agua limpia y fresquita. Qué perra es la vida...

—Hola, soy Luna. ¿Tú quién eres?

—Yo soy Yoda.

—Pues parece que hoy la fuerza no te acompaña, ni el pelaje tampoco. ¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia. Me han esquilado porque tenía pulgas y garrapatas y ahora no sé volver a casa. Ese sería un buen resumen.

—Vaya. ¿Necesitas que te ayude? Me conozco la zona como la palma de mi mano.

—Claro. Necesito ir a la calle Mérida, 14. ¿Sabes llegar allí?

—Claro, vamos.

—Gracias.

Empezamos a caminar a paso lento por las diferentes calles. Esto parece un laberinto entre tanta calle cerrada, que se entrecruza o que conecta con cincuenta más. Miro a Luna sin saber bien si conoce el camino o me ha soltado una bola, no de pelo eh, aunque es una gata.

—Perdona, ¿puedes dejar de seguirme?

—¿Cómo?

—Hola, soy Luna. ¿Tú quién eres?

—Ya te dije que soy Yoda.

—Pues parece que hoy la fuerza no te acompaña, ni el pelaje tampoco. ¿Qué te ha pasado?

—Ya te lo conté. Me estabas guiando hasta la calle Mérida, 14.

—Yo sé dónde está la calle Mérida, 14. Sígueme.

—Eso ya me lo dijiste antes, pero sin embargo me pides que no te siga. No entiendo nada.

—Vaya, lo siento. Cuando era pequeña me caí de una cornisa y tengo pérdidas de memoria.

—¿Seguro que no te llamas Dori?

—Hola, soy Luna. ¿Tú quién eres?

—Valeeeeeee...

No puedo perder más el tiempo. Me separo de la única persona que se había ofrecido a ayudarme, pero que no recuerda ni que me ha saludado hace menos de un minuto, para seguir con mi camino a vete a saber dónde.

Y entonces lo veo. Frente a mí, enganchado en la pared hay un cartel de Se Busca con mi cara, a lo película del oeste. Y, aunque no ofrecen una recompensa, hay un teléfono. Quizá si me pongo bajo el cartel y ladro, alguien atará cabos y me llevará a casa.

—Carteles ponen los cabroncetes después de abandonarme a mi suerte en esa casa de depilación canina. Cómo me han dejado... Seguro que se han puesto a reír con las chicas de la tribu y se han olvidado de mí.

—Oh, mami, una ratita, ¿puedo quedármela? – le dice una niña a su madre acercándose a mí. Con suerte, si la madre tiene luces, verás el cartel y me llevará a mi casa. Y, ¿a quién llama rata la niña? Soy un Pomerania muy sensual, coño ya.

—No te acerques a esa rata. Por dios, es enorme. Seguro que tiene la rabia.

—Rabia les dio a tus padres cuando naciste sin cerebro, vieja bruja – le contesto, aunque obviamente solo escucha ladridos.

Mi única oportunidad de regresar a casa se ha esfumado como la pólvora. ¿Acaso nadie tiene neuronas en esta ciudad? Necesito un humano con ojos para ver el cartel y medio de transporte para llegar a casa. ¿Hay alguien que reúna esas dos insignificantes características? Creo que no pido mucho...

Espero y desespero mientras los minutos pasan hasta que me miren y se dignen a recogerme y llevarme a mi casa, pero no hay manera. Ya me ruge el estómago, me muero de hambre.

Supongo que, a partir de ahora, que he sido abandonado, voy a tener que vivir, o mejor dicho, sobrevivir en las calles, ahora que sobre todo parezco una rata y no le voy a gustar a nadie.

Deberé aprender a convivir con todo tipo de seres malignos que viven en las calles.

Cucarachas, ratas (como yo ahora), gatos malolientes, serpientes, gusanos, arañas... Puag, solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Veo algo de comida en uno de los contenedores y, al asomarme, descubro un trozo de carne en descomposición, pero tampoco en muy mal estado y es que ¡me muero de hambre! Lo tomo y me lo zampo en un abrir y cerrar de ojos.

Verás tú como me entren cagarrinas, voy a ir con el culo más escocido que Lina Morgan en uno de sus shows. Vuelvo a mirar el cartel. Tengo que hacer lo que sea para volver a casa y volver a vivir como un rey. La carne mohosa, como que no es lo mío.

Empiezo a saltar desesperado por coger con los dientes el cartel y llevarlo en la boca paseando por las calles para que alguien me vea, coja el cartel de mi boca y me lleve a casa. Es un buen plan, ¿a que sí?

Camino bastantes horas, o eso creo, hasta que, una abuelita, me toma en brazos y subo con ella a un autobús. ¿Me llevará con mi familia o me habrá raptado e iremos en dirección contraria?

Llegamos a su casa y descubro que es vecina de Pablo. No me lo puedo creer. Si pudiera bailar aquí mismo Paquito el Chocolatero. Miro a la vieja, que tiene entre sus manos el papel que yo llevaba en la boca.

—Espero que tu dueño me dé una buena recompensa por ti, Yoda. No sé qué te han hecho hijo, pero la verdad es que no me importa. Mientras pueda sacar tajada, bienvenido sea. Que tengo que comprarme una dentadura nueva.

—Guau, guau – y esta vez lo hago a propósito, sin decir nada más, ya que mi intención es que Pablo escuche mi ladrido y venga rescatarme. Yo rescato su economía y él a mí. Todos ganamos.

Pero nada, parece que Pablo necesita ir a Svenson a por un sonotone. Si no fuera porque no tengo cuenta bancaria, hasta se lo pediría yo por Amazon.

La señora no me suelta ni aunque le caiga Falete encima, y salimos al portal y bajamos unas cuantas escaleras; yo en sus brazos.

Golpea la puerta de Pablo y él, con cara de preocupación y el teléfono en mano, abre. Cuando me ve hecho un ratón de laboratorio se escandaliza, pero me toma de los brazos de la anciana y me acuna entre sus brazos.

—Pero ¿qué te ha pasado pequeñín?

—Lo he encontrado en la calle, en una esquina, asustado y lloroso – será mentirosa la puta vieja...

—Muchas gracias por traerlo, de verdad. Se lo agradezco inmensamente.

—Sabes qué pasa, que se me ha roto la dentadura y tengo que comprarme otra y estoy haciendo una hucha, de esas de cerdo. La verdad es que me vendría tan bien una aportación, la voluntad. 100€, por ejemplo.

—Pero señora, eso es chantaje.

—Es que la cosa está muy malita. Cada una tiene que sacarse las castañas del fuego, sobre todo cuando es viuda.

—Está bien – Pablo me da a Alexia, que me coge en brazos algo a desgana, aunque ella nunca lo confesará.

Pablo saca la billetera y le da cien euros a la vieja antes de desearle un buen día y cerrar la puerta. Vuelve a tomarme entre sus brazos y se sienta conmigo en el sofá, tapándome con la manta de este.

—Me he vuelto loco buscándote, pequeño. Te has escapado del veterinario, eh. Al menos me has ahorrado la factura de este por la negligencia.

Toma ya, se ha ahorrado el veterinario, que lo iba a timar. Aunque, todo lo ahorrado lo ha perdido en los piños de la vieja. Qué le vamos a hacer, la vida no es justa. La parte positiva que yo he sacado de todo esto es que ahora me está mimando más de lo que ha hecho en todo el año.

Me achucha, me arropa, me da besos y me siento como un niño pequeño al que miman y yo me dejo hacer mientras la cara de desaprobación de Alexia lo ilumina todo. Es como la cara de un perro cuando huele la mierda, que se le arruga el hocico. En su caso, la nariz.

La verdad es que estoy empezando a no aguantarla, creo que se nota. No tengo nada en contra de los seres humanos y de las chicas de la tribu, a las que me comería a besos, o a lametones en mi caso, pero esta es una bicha mala y si cree que va a poder conmigo va lista.

Me quiere quitar mi lugar porque sabe que Pablo me quiere más que a ella. Es mala, os lo digo yo. Pezuñita de Yoda.

A CUATRO PATAS

Ya ha llegado la noche. Hoy me han dado, bueno, me ha dado Pablo, mousse de paté, que sabe que me vuelve loco. Es solo para ocasiones especiales, pero sabe que estoy asustado después de lo que ha pasado y me ha dado el capricho.

En realidad, ya no estoy tan asustado, pero por un mousse de paté hago que me tiemblen hasta las pestañas. Porque pestañas tengo, ¿no? ¿O esas también me las han esquilado?

Me meto en la cama para dormir y descansar después de tan traumático día. Estoy bastante cansado, aunque no quiero que Alexia me vea débil, a ver si va a querer ahogarme en el agua del retrete.

Lo que necesito urgente en este momento es un producto, de esos crecepelelo, para volver a ser el pibón del barrio, que no me gusta ser una rata. Maldigo el día en el que cogí pulgas y garrapatas, ellas me han llevado al estado en el que me encuentro, ellas y las del centro veterinario.

Y entonces me viene, un regusto amargo en la garganta que se me repite incesantemente. No debería de haberme comido aquel trozo de carne mugroso, ni haber bebido agua del suelo.

Empiezo a vomitar un mar de bilis, trozos de paté, de carne, de todo. Hay ahí un mejunje que ni las sopas francesas, que probé una vez cuando Pablo y yo nos fuimos de viaje por su trabajo.

Aquella vez fue memorable. No era la primera que nos íbamos de viaje, pero aquella vez fue especial. Éramos inseparables y siempre que se iba más de dos días de viaje, me llevaba con él.

En aquel momento estaba soltero, y todo era fiesta, comidas y buen rollo. Nos fuimos a comer a uno de los mejores restaurantes de Francia, donde admitían perros, por supuesto.

Recuerdo que nos sirvieron a ambos; a mi dueño en un plato y a mí en un cuenco en el suelo. Era una especie de sopa que no sabía a nada, pero olía a pies y tenía dentro unos tropezones sospechosos.

Nos pasamos toda la noche con diarreas, vomitando, con dolor de barriga... Bueno, un show. La verdad es que no recordaremos esa noche como una de las mejores de nuestra vida.

A partir de ese momento fuimos a comer a restaurantes fast food, sobre todo por el hecho de que, aunque engordáramos unos kilos, al menos comeríamos como reyes. Y eso hicimos los tres días restantes que nos quedaban.

Ligamos por los parques, mientras dábamos nuestros paseos tardíos, con una chica con una perrita la mar de mona; era una caniche, la perra, no la dueña. Me imagino que ya sabéis quién se ligó a quién. A mí es que me van más las perras y a Pablo las humanas, qué le vamos a hacer, aunque algunas de las que escoge Pablo son un poco perras.

Aquel día nos cogimos un pedo... Él por el alcohol y el sexo desenfrenado, yo por un sexo también al más puro estilo parisino, si es que eso existe y porque Pablo, que estaba más borracho que una cuba me ha echado cerveza en vez de agua en el cuenco.

Veó que Cindy, la perrita que me he ligado, tiene el doble de los pezones que debería. ¿Será un alienígena? Voy a darle lametones en el hocico, pero solo beso al aire, ni quisiera soy capaz de centrar un objetivo, se me van los ojos.

No atino con el percebe, parezco Homer Simpson intentando darle a una diana más ciego que un trabajador de la once, aunque sea por alcohol. Pablo ha puesto de fondo a Dimash Kudaibergen para dar ambientillo a la velada.

Al final acierto, aunque no creáis que no me ha costado, he tenido que concentrarme soberanamente, cosa que no hacen los tíos cuando apuntan a la taza del váter, incluyendo a Pablo, que parece que es que necesiten hacer un máster para acertar, en los que me incluyo.

Bueno, yo nunca lo he hecho, pero me imagino de humano y estoy seguro de que, aunque quiera, no acierto ni agarrándomela con las dos manos. Con mis pezuñas impensable, no tengo dedos.

Después de eso, Pablo y yo nos enteramos de que íbamos a ser padres, bueno él no, yo, pero como vamos en pack era como de ambos. Iba a tener cachorros y yo estaba literalmente flipando en colores, aunque ya se me había pasado el efecto, obviamente, del alcohol.

No me veía de perro fiel para amar toda la vida a una única perra, como para siquiera imaginarme que podría llegar a ser alguna vez padre. Maldita sea, ¿por qué no habrán inventado las gomitas anti babys para perros? Fallo humano garrafal.

Claro, como nosotros no podemos decir que es un embarazo no deseado porque no nos entienden, pues nos toca apechugar sí o sí con el marrón. Por suerte la perra francesa, y su dueña, todavía más perra si cabe (que con Pablo gozó como una perra) dijeron que ellas se harían cargo de los pequeños y a nosotros ya nos pareció bien.

Un marrón menos, no nos vamos a engañar. Hasta llegué a imaginar que lo habían maquinado todo entre las dos para tener hijos míos en su poder. Normal, es que soy un partidazo y estoy para mojar pan. Bueno ahora no, ahora estoy más bien para absorber, sin pelo parezco una maldita esponja.

Vuelvo a la realidad, y la realidad va acompañada de una sucesión de vómitos que ya los quisiera Pocholo cuando ve un control policial de alcoholemia y va hasta las cejas. Mejor fuera que dentro, eh, colega. Sobre todo, si no quieres dar positivo.

Así que sí, lo he acabado confesando, aunque no tenía intención de hacerlo, soy padre, aunque la verdad es que no conozco a mis hijos. Puede que sean unos nini, unos sintecho, vivan en mansiones, tengan amos o coman trozos podridos de carne de la basura, como hago yo. A saber...

Por fin la barriga me ha dado algo de tregua y puedo conciliar el sueño unas cuantas horas, y digo horas porque empiezo a escuchar una especie de soplidos, como si alguien se estuviera ahogando y, otras veces, como si alguien se quejara porque le duele alguna cosa.

¿Y si Pablo está enfermo como yo? Espero que a él no haya que trasquilarlo, porque si no lo llevamos jodido. Bueno, en realidad, él, menos los pelos de la cabeza, se los tranquiliza todos con la cuchilla, hasta los de los huevos. Qué valor...

Y lo sé, no porque le haya mirado las bolas, dios perruno me libre, sino porque Alexia siempre le está comprando cuchillas y cremas y le dice que lo quiere todo como el culito de un bebé. Como si ella supiera cómo los tienen, si no ha parido ninguno, que yo sepa.

Pues los culos de mis bebés eran bien peludos y a mucha honra. Quizá es una cláusula para poder entrar en el grupo de las chicas, la tribu. A ver, que si hace falta yo me depilo hasta los bigotillos, que no sea por no dar posibilidades.

Yo ahora no tengo pelos en los huevos. Bueno, tampoco lo he comprobado, no me ha dado tiempo, pero estoy seguro de que no tengo. Por no tener, no tengo ni en la cabeza.

Me acerco al lugar de donde vienen los ruidos, que es la habitación de Pablo, donde Alexia duerme ahora también. Y lo que me encuentro me parece lo más asqueroso que he visto nunca.

Ni echándome lejía en los ojos voy a poder borrar esto de mis retinas. Creo que se me han secado y todo. Estoy paralizado. Desde el marco de la puerta, sin que ellos puedan verme, puedo observar a Pablo empalando a Alexia, que se encuentra a cuatro patas.

Pensé que solo los perros lo hacíamos así. Nos han quitado hasta eso. Era nuestra seña de

identidad y ahora hasta eso hemos perdido o nos han arrebatado. Es nauseabundo. No sé cómo voy a poder olvidarlo.

¿Por qué lloriquea ella? Se supone que da gustirrinín, os lo digo no, sin embargo, ella hace como ah, ah, oh, oh. No entiendo nada. Lo peor de todo es que él le muerde el cuello, como hacía yo con la perrita de Francia. ¿Me habrá copiado la idea?

Me vuelvo a la cama. No quiero seguir viendo esto, prefiero que me arranquen los ojos y me los hagan comer o me los metan en un sitio oscuro donde no pueda ver nada más.

Abro los ojos y veo a Alexia trabajando en el sofá. No me he dado cuenta ni de cuándo ha entrado en la habitación. Vuelve a ser lunes y Pablo ha tenido que irse a trabajar. Me subo en el sofá y miro su ordenador.

No está trabajando, está publicando en la página de las chicas de la tribu una foto de un servidor durmiendo. ¡Será perra! Se ríe de mí y lo peor es que el resto no deja de poner muñequitos en los comentarios de perros que ríen, que comen, que se besan, que tiran corazones.

Por un momento, me creo famoso, han hecho un muñequito en Facebook exclusivamente para mí, pero la verdad es que, viéndolo más de cerca, no se parece nada a mí. Y encima tiene pelo, aunque sea pintado. ¡Yo quiero mi pelo!

Alexia despliega sus dibujitos para poner uno de perro ella también y es entonces cuando descubro que se llaman emoticonos. No sabía que los emos se caracterizaran por tener tics y conos. Quizá sea la nueva moda. Adoptan a perros dibujados y les ponen nombres raros.

Sigo ojeando la página, todavía enfadado con Alexia. ¡Cómo se atreve a enseñar mi aspecto deplorable sin mi permiso! Supongo que me la está devolviendo porque yo publiqué una foto suya en paños menores y ahora ella me ha hecho a mí una desnudo. Ojo por ojo, ¿no?

Estoy cansado ya de esta pelea, que solo me ha traído desgracias. Me gustaría conseguir sacarla no solo de casa, sino de mi vida y de la de Pablo. Habrá que idear un plan perfecto para que Pablo abra los ojos.

Sigo ojeando la pantalla del ordenador mientras Alexia pasa con el ratón por las diferentes pantallas y publicaciones y entonces, en una de ellas, veo a una chica de la tribu con una caniche preciosa y me tiro en plancha a la pantalla para comérmela enterita, en el buen sentido.

—¿Qué demonios haces? Primero te me cagas en el teclado, te me meas en la cama, vomitas por todo el salón y ahora quieres romperme el ordenador. ¿Acaso quieres que te tire por la ventana o qué?

—Perra pulgosa y sarnosa...

Su teléfono móvil suena mientras la estoy maldiciendo de mil maneras posibles. Espero que pueda echarla de esta casa antes de que me mate. Me vuelvo a acostar a mi cama para no estar cerca de ella.

El móvil de Alexia suena entonces, con su particular melodía de David Bisbal y su bulería. En otro momento y si ella me cayera bien, hasta movería la colita y ladraría como si cantara, pero no es el caso, con lo cual, ignoro la melodía y cierro los ojos.

—Hola Samu, cariño, ¿cómo estás? – parece que tiene puesto el manos libres o yo tengo el oído muy fino. Es un chico y no es Pablo.

—Bien, echándote de menos. Quiero verte otra vez, ¿cuándo puedes pasarte por mi casa de nuevo para repetir lo del otro día?

—Puedo ir hoy si quieres. Pablo no llegará hasta tarde, así que tenemos tiempo.

—¿Por qué no lo dejas y te quedas conmigo? Sabes que yo puedo hacerte muy feliz.

—Él me da la estabilidad que necesito. No puedo decir lo mismo de ti.

—Puede que no te dé estabilidad, pero te doy unos orgasmos que ni un Toy Boy.

—Déjalo, Samuel. ¿Te interesa que vaya hoy o no?

—Sí, vente cuando quieras, aquí te espero. Me muero de ganas de untarte con nata o crema pastelera y comerte entera – Alexia se ríe y yo lo flipo en colores. Está engañando a mi hermano, mi dueño, todo para mí.

Tengo que conseguir que Pablo se entere de todo esto, no sé cómo voy a hacerlo, pero lo conseguiré. Es la manera de lograr deshacerme de esta maldita perra infiel.

No tarda mucho tiempo en irse. Se ha vestido con un trozo de tela que apenas le tapa sus partes pudientes y lleva unos taconazos enormes. No lleva bragas, lo sé porque si miro desde abajo le veo el culito de bebé entre las piernas. ¡Qué asco!

Aprovecho las horas que paso solo en casa para pensar en qué puedo hacer para que Pablo se entere de que Alexia le es más infiel que Jessica Simpson en un club de strippers.

Y sé lo que voy a hacer para acabar con ella. Se me acaba de ocurrir. Esta vez seré yo el que gane la batalla y, con suerte, la guerra. Voy a usar una vez más mi pezuña para hacer el mal.

Seguro que queda algún registro en el móvil de la petarda del tal Samuel: fotos, mensajes, llamadas. Con suerte encontraré algo y se lo enseñaré a Pablo, si hace falta me cago en el móvil de Alexia como ya hice con su portátil para que Pablo se dé cuenta.

Necesito encontrar el momento perfecto. Debe ser mientras se esté duchando o soltando bolas de cabra por su fofo culo. No sé, ya se me ocurrirá el momento, y entonces seré imparable.

Solo espero que haya algo para poder mostrar a Pablo y acabar con todo esto, porque si no logro enseñarle pruebas para que abra los ojos y la deje, el que acabará saliendo de casa seré yo, por la ventana para ser precisos, según me amenazó ella.

Las cartas están sobre la mesa, ha llegado la hora de la verdad. Solo dios perruno, si es que existe, sabe lo que pasará y si saldré como vencedor o vencido. ¡Que empiece el juego!

PALABRITA DE YODA

Pablo ha llegado de trabajar hoy. He necesitado cuatro días (sí, no se ha duchado desde hace cuatro días) para cuadrar que ella se esté duchando y que se haya dejado el móvil en el sofá para que yo pueda llevar a cabo mi plan.

Lleva un minuto en el sofá y he podido verificar las fotos y las llamadas del teléfono. Lo que dan de sí unas uñas afiladas juntamente con una pantalla táctil de alta sensibilidad.

Y entonces lo encuentro. Ha borrado las llamadas y las fotografías, pero no la conversación de WhatsApp, que titula como Sami, hay que ser idiota. Al menos, si vas a engañar, hazlo con estilo. Yo que sé, pon el nombre de una amiga, no seas tan obvia.

Si es que debería de dar clases para rehabilitar a los que tiene idiotez crónica. Creo que Alexia se llevaría la beca a la más tonta, no me cabe la menor duda. Bueno, a lo que íbamos, que me lío.

Consigo que Pablo se acerque a mí, haciendo un lloriqueo falso que sé que siempre funciona. Me acaricia la cabeza y yo acaricio con el morro la pantalla del móvil de Alexia. Él lo coge y empieza a leer.

A ver, en realidad no debería, porque está inmiscuyéndose en su intimidad, pero qué coño, me muero de ganas de que lea ese chat del amante y abra los ojos para echar de casa a la que ya le salía costra a base de roña por falta de ducha.

Veo que lee y lee y lee. Hasta llego a pensar que está leyendo a uno de los tres escritores de los que ambos son fans y que ha pasado de leer el chat. Me asomo disimuladamente y está leyendo la conversación con el tal Samu.

Bien. Mi plan ha salido a pedir de boca. En cuanto Alexia salga de la ducha se va a liar pardísima y yo no me lo pierdo para nada. Me bajo del sofá y me meto en mi camita. Quiero estar cómodo y en primera fila para cuando empiece el show.

La verdad es que solo me faltarían las palomitas para ver la película que está a punto de empezar. Abro bien los ojos y las orejas, como si de antenas parabólicas se trataran justo cuando veo salir ya vestido a Alexia de la ducha.

—Alexia, ¿puedes sentarte un momento en el sofá? Tenemos que hablar – dice Pablo, todo un caballero, porque llego a ser yo y le monto un pollo que ni Belén Esteban.

—Claro cariño, ¿qué ocurre? No me asustes.

—Tranquila, si el que está asustado soy yo.

—¿Y eso por qué?

—Sé lo del tal Samu. Es más, os he visto más los genitales que las palabras en toda la conversación. Fíjate si Yoda me quiere, que me ha hecho ver lo que era incapaz de creer o siquiera imaginar. Estaba ciego de amor, pero me ha abierto los ojos. Quiero que te vayas de mi casa y no quiero volver a verte nunca más, ¿me has entendido?

—Pablo, te lo puedo explicar.

—¿Sabes cuántas veces he escuchado esta frase en las películas?

—Pero esta vez todo tiene una explicación.

—Bien, dámela – los tiene como un toro.

—Bueno, pues...yo...es mi ex y me chantajeaba para que le mandara fotos íntimas.

—¿Te crees que me chupo el dedo, Alexia? He leído mucha conversación y estabas encantadísima de hacerle todo lo que quisiera, de mandarle todo tipo de fotos en diferentes

posturas, de sugerencias. Por dios, ¿cuántas veces te lo has tirado?

—Todas las veces que te pido que me toques y no lo haces. Eres más soso que una estrella de mar.

—¿Y eso te da derecho a serme infiel? ¿Qué tal hablar primero con tu pareja? No sé, es una idea.

—La verdad es que no lo pensé. Surgió esto y lo cogí.

—¿Y dónde se supone que lo conociste?

—En una aplicación para encontrar personas que busquen lo mismo que tú. En mi caso, sexo.

—Ni siquiera me das asco, lo que me das es pena. Quiero que te vayas de mi casa ahora mismo y devuélveme el anillo, era de mi abuela.

—¿Y encima me das las baratijas de una muerta? Eres lamentable.

—¡Fuera de mi casa!

Estoy flipando en colores, que es lo que dicen los humanos cuando se les desencaja la mandíbula porque están viendo algo muy fuerte. No me lo puedo creer. La muy falsa se ha hecho la víctima. Qué asco da.

Menos mal que al final ha tenido la decencia de decir la verdad. Me parece deplorable cómo ha hablado de la abuela de Pablo, que en paz descanse. Solo por eso, aunque no le hubiese sido infiel, se merecía la patada en el culo.

Pablo le está empaquetando las cosas del baño cuando veo que se acerca a donde me encuentro. ¿Es que acaso se quiere llevar también mi cama o qué? Lo que me faltaba ya por ver. Igual es que la necesita para dormir en la calle esta noche. Es lo que se merece.

—Rata asquerosa. Debí tirarte por la ventana cuando tuve ocasión para que no me jodieras la vida. Es más, todavía puedo hacerlo, aunque no se arregle nada.

Achico los ojos mientras me suelta esa verborrea. Parece un mapache hablando, con ese maquillaje corrido y esa mala hostia que transmite. Además, tiene ya algo de bigotillo. Parece que eso de culito de bebé no lo aplica a su cara de estreñida.

Me levanto de la cama y me giro soltándole el pedorro de mi vida en toda esa boca que solo suelta sucias palabras. Encima voy suelto, así que es un pedo putrefacto con tropezones, ahí lo dejo.

—Eso es por Pablo y por su abuela, perra. Venganza patrocinada por Palabrita de Yoda, en los mejores cines – y sé que no me entiende, pero me importa bien poco, al menos me he desahogado.

No pasa mucho tiempo hasta que Alexia sale por la puerta con unas cuantas bolsas y maletas. Se parece a una de esas que va a Gran Hermano (al que yo llamo gran marrano) y se lleva, a lo celebriti media casa a cuestas.

La verdad es que no podría ser más feliz. La petarda ha salido de nuestras vidas y Pablo se ha quitado un gran peso de encima. Debe centrarse en buscar una buena chica, las perras que me las deje a mí, que esas las calo yo pronto.

Seré su espía privado de mujeres y como alguna me huela mal., usaré mi hocico a lo Inspector Gadget y las calaré todas al vuelo. Ahora sí que me acompaña la fuerza. Y hablando de eso, ¿qué habrá sido de Luna, la Dori de la zona? Espero que esté bien.

El teléfono de Pablo suena entonces y la Macarena de Tyga. Me levanto de la cama y me pongo a saltar y a dar vueltas a dos patas. Es mi manera de festejar que al fin no hay arpías en casa y volvemos a ser dos solterones sexys, o al menos yo lo seré cuando me crezca el pelo.

Pablo entra entonces en el comedor y me ve bailando de esa manera, algo que le hace soltar carcajadas por doquier. La verdad es que me gusta que vuelva a sonreír, pero de verdad, de esas

sonrisas que le llegan a los ojos.

Hacía tiempo que no le veía ese brillo. Sé que está triste, que le duele todo esto, pero a veces es mejor quitarse la tirita de golpe, y pasar el dolor de una, que tirar de ella poco a poco y estar sufriendo a lo tonto durante demasiado tiempo por alguien que no se lo merece.

Con los perros eso no pasa, nosotros si encontramos a nuestra perra, es para siempre, pero si se rodea de otros perros y juega con ellos (ya me entendéis qué quiero decir con jugar), nos quitamos la tirita en un santiamén porque no nos merece y a otra cosa, mariposa.

No voy a llorar por las esquinas ni dar pena, ni siquiera dejar que una persona que me ha hecho daño consiga hacerle ni una pizca de daño a mi corazón. Yo sufro por quien se lo merece, no por cualquiera, y Alexia es una cualquiera.

Los días siguientes son de los mejores de mi vida. Volvemos a ser los amigos inseparables que éramos antes. Salimos todos los días, casi a todas horas. La verdad es que intenta distraerse conmigo y yo lo agradezco. A mí me viene perfecto.

Otro triunfo más para el Inspector Yoda. Qué bueno estoy y qué culito tengo.

Pablo sigue en la página de las chicas de la tribu, mientras que Alexia se ha dado de baja. Ahora es él el que se ríe por las ocurrencias de las chicas en la página y es ella la que llora por las esquinas por lo que ha perdido.

Lo sé porque el otro día estaba haciendo un directo en Instagram explicando sus penas y dándola. Lo que no se esperaba es que por detrás y en bolas, o sea, con el pincel al aire, o la manga pastelera, lo que preferáis, pasaba un tío como perico por su casa. ¿Samuel?

Quién sabe, la verdad es que me da igual. Yo sufro por Pablo, porque sé que él lo pasa mal con estas cosas y que ver cómo lo humilla hasta en directo lo cabrea y le parte el corazón en mil pedazos, pero sabe que siempre va a poder contar conmigo, que siempre voy a estar ahí para él.

Hemos hecho fiestas en el piso, bueno, Pablo las ha hecho, yo solo he participado indirectamente estando ahí. Nos hemos reído de lo lindo, él leyendo a los autores de la página web y yo riéndome por dentro de su cara.

Ahora está con uno llamado Dylan Martins en Déjame enamorarte. Ojalá pudiera leer yo también, así mataría las horas libres en las que no tengo nada que hacer y duermo porque me aburro como una ostra.

Ahora que no puedo putear a Alexia y que Pablo pasa más tiempo en el trabajo porque lo han ascendido, estoy más tiempo solo y únicamente podemos dedicarnos el uno al otro los fines de semana.

Al menos ahora cobra mucho más. Si hasta hemos podido hacer algún que otro viaje exprés a Portugal, a Italia o a Alemania. Nos hemos permitido el lujo de olvidarnos de lo ocurrido y conocer a chatis nuevas.

Pablo se ha preocupado de encontrar a chicas con perros, pero la verdad es que después de la experiencia de los babis no deseados me ha hecho mantener la pistola en la cartuchera y no disparar perdigones que después me puedan saltar a la cara.

Aun así, las citas con las perritas están bien. Sobre todo, da gusto poder hablar y que te entiendan. Ahora estoy ligo porque tengo pelazo de nuevo, eh, que no os lo había dicho, pero es que estoy tan emocionado que se me olvida, si no, no hay modo de poder pescar a ninguna chati.

—Hola preciosa, ¿cómo te llamas?

—Soy Peach - ¿quién coño le pone Peach a su perra? En fin... (¿Le habrán puesto ese nombre por Mario Bros?).

—Yo me llamo Yoda.

—Así que italiana, eh.

—Bueno, nos hemos venido de Madrid hace unos meses, así que de italiana poco.

—¿Te gustaría dar una vuelta Peach? – le digo, más que nada porque estamos en un parque y Pablo está jijijaja con la morena de ojos verdes que parece volverlo loco.

—Vale, pero no te emociones.

—Tranquila. No quiero hacerte un bombo o algo de lo que me pueda arrepentir. Tampoco tengo pulgas ni nada que te pueda pegar (joder, parece que le estoy explicando que no tengo enfermedades de transmisión sexual, aunque eso en los perros como que no. Lo máximo, infección de orina).

—Así me gusta, que seas limpio – y si pudiera poner los ojos en blanco, los pondría.

Paseamos un rato, bebemos del río agua fresca y miramos el paisaje mientras charlamos de nuestras cosas, de nuestros amos, de España, de los lugares que hemos visitado, de los viajes que ha hecho ella con su dueña y yo con Pablo, de la relación estrecha que tienen ellas, de la que tenemos nosotros, de la muerte. De si sabrán vivir sin nosotros cuando faltemos...

Creo que Pablo lo va a pasar mal cuando eso ocurra, muchísimo peor que la pérdida de Alexia, dónde va a parar. Yo soy como un hermano para él, aunque no compartamos sangre perruna, pero compartimos un vínculo especial e irrompible.

Pablo le enseña a su nuevo ligue la página donde están las chicas de la tribu, le enseña los autores, y pronto la chica se adscribe para convertirse en parte del grupo y empieza a leerse los libros que le sugiere mi dueño.

Pasamos una semana con ellas, hasta nos bañamos y paseamos en góndola, pero al final tenemos que decirnos adiós y que cada uno vuelva a su realidad y su vida.

La verdad es que Peach es un poco arisca, no me ha acabado de caer bien. Es como un cuarto de la maldad de Alexia y tres cuartas partes de: me importa todo una mierda mientras me den de comer y pueda viajar de vez en cuando.

Supongo que es más casera que yo, y lo entiendo. No hay nadie como yo... El que nace perfecto y sexy, muere perfecto y sexy. Qué le vamos a hacer...

A la vuelta a España tengo una sorpresa de Pablo. Me van a hacer una sesión de fotos para un anuncio de comida para perros. Por fin reconocen mi belleza y quieren mostrarla a todas y cada una de las casas del mundo. Estoy más que preparado para ser una estrella.

Cuando llegamos al estudio, yo en brazos de Pablo, por supuesto, le ofrecen un café y a mí me arrancan de sus brazos para ir a otra sala donde me pasan un cepillo por los dientes hasta dejarlos de un blanco nuclear y cepillarme el pelo.

Cuando veo quién me está cepillando el pelo me encuentro a la chica que trabajaba en la clínica veterinaria. No, por dios, que acabo de recuperar el pelo hace poco como para que la loca esa me lo rape de nuevo.

Salgo por patas, nunca mejor dicho, y vuelvo con Pablo, casi temblando. Los que están allí trabajando no entienden mi reacción, pero cuando la chica del veterinario se acerca a Pablo, este ata cabos.

—Yoda le tiene miedo a ella porque lo esquiló cuando lo llevé a que lo desparasitaran. Digamos que le da pavor que le pueda pasar de nuevo, por eso ha huido.

—Por favor, otra peluquera canina que pueda atender al perro, por favor – dice, ¿el director de todo esto?

Pronto viene otra chica y me lleva a la misma sala, me lima las uñas, me corta las puntas del

flequillo para ponerme más sexy, si es que eso es posible, y me deja hecho un pincel. Ahora mismo soy como un Jason Statham, pero en perro. A excepción de que él es calvo y yo tengo más pelo que un oso. Bueno, quizá exagero un poco.

Me colocan sobre unos sacos de pienso con un hueso en la boca. Estoy haciendo equilibristas por parecer una ricura, como quiere el director, mientras intento que no se me caiga el pedazo de hueso que me han metido en la boca, que más que un hueso parece una mazorca, de lo grande que es. Eso no me cabe bien en la boca ni de coña.

Esa frase se la he oído decir más de una vez a las chicas cuando intiman con Pablo, por eso lo sé, más que nada, no por mí, que soy un macho men. Me hacen doscientos millones de fotografías y cuando creo que ya no puedo más y me flaquean las patas por el agotamiento los cuatro o cinco sacos que hay debajo se resbalan y desploman y yo me meto un guantazo que ni los de las novelas venezolanas.

Pablo corre a socorrerme y me examina con detenimiento. Me he roto un diente, y yo a mi edad ya no tengo de leche para que se me caigan y vuelvan a salir, bueno, es que nosotros de eso no tenemos.

Así que ahora parezco el risitas. Ya nada volverá a ser igual. Mi belleza solo perdurará en ese anuncio y esas fotos. ¿Quién va a querer a un mellado?

Volvemos a casa. Estamos enfadados por lo ocurrido, sobre todo yo, que ahora tengo un piño menos para comer o morder. Es lo que tiene ser una estrella televisiva y no tener dobles, que a veces hay accidentes.

Me acuesto un rato. Estoy bastante cansado, sobre todo por el esfuerzo que he tenido que hacer con las patas para mantener el equilibrio, que para lo que ha servido... Aun así, Pablo me prepara un plato de leche caliente y algo me reconforta.

Me lo tomo enterito, como un niño bueno y salgo de mi cama para subir al sofá y acurrucarme en el regazo de Pablo mientras este ve la televisión y me acaricia con ternura. No puedo quererlo más, si no explotaría. Marchando sesos de perro a la brasa.

—Siento que la sorpresa haya acabado tan mal colega, pero no te apures, recuerda que para mí siempre serás el semental más guapo de todo Madrid. Te quiero, mi Yodita – le paso la lengua por la cara a modo de beso.

—No pasa nada Pablo. Te quiero, hermano. Palabrita de Yoda.

DE LA TRIBU

Han pasado más de dos años desde el anuncio, desde que al salir a la calle algunas personas me reconocen. Ahora soy algo famosete. ¿Tendré que llevar gorra y gafas de sol para que no me reconozcan los paparazzi?

La verdad es que no ha cambiado mucho mi vida, aunque ya me considero parte de la tribu. A las chicas les encanta saber que Pablo es el dueño del perro del anuncio de Purina Pro y hay bastante fotos mías desperdigadas por la página. Es más, me siento parte del grupo, al igual que lo hace Pablo.

Lo único bueno que le dejó Alexia fue el grupo, porque en él hemos conocido personas maravillosas y alguna que otra perrita de toma pan y moja, aunque yo estoy intentando concienciarme de que debo ser asexual para evitar más niños indeseados.

¡SOY DE LA TRIBU!

Pablo está saliendo muchísimo más de fiesta con sus amigos para conocer gente y con gente quiero decir chicas. La verdad es que se merece ser feliz, pero espero que sea con alguien que lo merezca y no cualquier pelandrusca.

Ahora ya no me lleva siempre a todos los sitios a los que va como antes, como si fuera una prolongación de su ser, pero es normal. No lo culpo. Además, yo ya no soy el de antes, no por nada, pero empiezo a hacerme mayor.

Pronto seré el sex symbol mellado en tacataca y no mola. La vida empieza a ser un poco más aburrida de lo normal. Creo que necesito amigos de mi especie o de cualquier especie o, al final, aquí encerrado y aburrido acabará pasándome factura y me volveré loco.

Me asomo al balcón, que siempre deja abierto Pablo cuando se va a trabajar para que pueda pasear un poco por los exteriores y respirar aire puro, y veo a una paloma reposando en la baranda.

Me relamo sin decir nada. Vale, que es un ser vivo, que podría ser mi amiga, que no vale la pena, que hay que ser buen samaritano y blablablá, si todos esos discursos ya me los conozco, los he oído todos, pero es que una paloma como ofrenda para mi estómago o para Pablo es un regalo del señor (perruno, claro está).

Salto para atraparla entre mis dientes (cuenta uno menos que se fue a comprar tabaco y nunca volvió), pero la paloma sale volando y yo con ella, pero en dirección contraria, caída en picado, hasta caer sobre el techo de uno de los coches. Puta paloma...

Me despierto medio mareado y en el veterinario, también conocido como la casa de la muerte rapa perros sexys. No, por favor, otra vez no. ¿Estoy soñando? ¿Esto es una pesadilla?

No puedo moverme y cuando miro a mi alrededor y me veo a mí mismo entiendo el por qué: tengo todo el cuerpo enyesado, no puedo mover ni el rabo, bueno, los rabos. Me parezco un poco al de Mar Adentro, que solo podía hablar y pestañear. Mierda. Me lo voy a hacer todo encima, ya lo estoy viendo.

Al menos esta vez Pablo no se ha olvidado de mí. Está a mi lado y cuando ve que me despierto, me coge, o coge al pedazo de yeso que ahora soy y me abraza con lágrimas en los ojos.

—No me vuelvas a hacer esto nunca más, Yoda. No te imaginas el miedo que he pasado, pensé que te habías muerto. Al menos por un tiempo no vas a poder hacer de las tuyas tal y como te han puesto – me acerca a su rostro para achuchar nuestras caras y le lamo la cara.

—Prometo ser bueno y no querer comer palomas. La parte positiva es que ahora no puedo salir corriendo ni tirarme por el balcón, modo suicida (sé que no me entiende, pero tenía que desahogarme).

Volvemos a casa y me deja sobre el sofá antes de sentarse a mi lado y mirarme. Se le ve un poco más serio de lo normal. ¿Algo más puede pasar hoy? ¿Y si me dejas dormir y mañana me cuentas por qué esa cara tan seria? (Parezco el Joker preguntando eso).

—Yoda, tengo que contarte algo. He conocido a una chica. Llevamos un tiempo juntos, pero no revueltos. Me gustaría que la conocieras y me dieras tu visto bueno. Usa ese olfato tuyo detector y me dices qué te parece, aunque me temo que ya sé cuál va a ser tu respuesta. Dale una oportunidad, ¿vale?

Pestañeo, porque no puedo ni asentir. Me alegro de que Pablo haya conocido a alguien y que quiera intentar ser feliz de nuevo. Solo espero que no sea una perra como Alexia. Me quedo dormido un rato, la verdad es que estoy cansado.

Abro los ojos cuando alguien acaricia mi cabeza y veo que es Pablo. Se le ve feliz y sonriente, demasiado. ¿Se habrá fumado un porrito y yo no me he enterado? Inhalo bien por la nariz a ver si huelo algo, pero no hay rastros de maría en toda la casa.

Me alegro de que Pablo haya sido bueno. Alguna vez lo he visto con los ojillos rojos, vamos a dejarlo ahí, pero podrían contarse con los dedos de una mano. Era joven, se le perdona todo, hasta que se fume la hierba de las vacas.

—Despierta Yoda, Virginia ya está aquí. La chica a la que estoy conociendo, como te dije. Está subiendo las escaleras. ¿Listo para conocerla?

Parpadeo todavía despertándome un poco. Yo creo que este me mete pastillas en los musedos esos que me prepara de carne, porque voy todo el día drogado y juro por todos los dioses perrunos que no he esnifado polvo blanco por el hocico.

Me deja en el sofá y va a abrir la puerta. Yo espero algo tenso, no lo voy a negar, a que llegue la nueva chica de Pablo. No sé si me va a gustar, pero si no es así, cómo voy a ganar una guerra contra ella si apenas le gano la guerra a la vejiga ahora que estoy lisiado. Al final con sonda en el pito, tiempo al tiempo.

Una chica entra con gafas de sol y una pamea enorme, muy playera. ¿Acaso viene de Hawái Bombay? ¿¡Es Maddona!?! Ay, que me da un parraque aquí mismo y me explota la patata. ¿Mi madre postiza va a ser una famosa?

Y entonces se quita la pamea y después las gafas y me quedo congelado. No es posibles, esto no puede estar pasando. ¿Acaso estoy en una pesadilla de Freddy Kruger? Es la esquiladora de la clínica veterinaria. ¿Es que Pablo se está riendo de mí? Miro a todos lados, pero no hay ninguna cámara oculta.

Intento moverme, pero no puedo, maldito yeso. Desvío la mirada hasta Pablo y hago el lloriqueo de lástima para que entienda que no me gusta para nada antes de gruñir a la tal Virginia (¿acaso es la dueña de los limpiadores de superficies?).

Otra de la tribu. Esto parece ya irónico. Me recuerda ligeramente al día de la marmota. ¿Cuándo coño voy a despertar?

A calentar motores, porque hay que iniciar una nueva guerra. Y como dijo un viejo amigo que salió en la tele y al que nunca conocí: QUE LA FUERZA ME ACOMPAÑE.